



5443

5448



Subsec.

①
1021

20 4

HISTORIAS DEL DIA.



1700.

HISTORIAS DEL DIA,

ESCRITAS EN SERIO Y EN BROMA

POR

SALVADOR MARIA DE FÁBREGUES.

VALENCIA.

ADMINISTRACION, CALABAZAS, 12.

1871.

(Es propiedad del Editor.)



IMPRESA DE JOSE MARIA AYOLDI.

AL JÓVEN POETA

DON JOSÉ F. SANMARTIN Y AGUIRRE.

Ha deseado usted, mi querido amigo, que su nombre fuera al frente de una obra mia, y hoy que ha llegado la ocasion de dar esta á la prensa, satisfago su deseo dedicándosela, como una prueba de sincera amistad y de la consideracion que siempre me han merecido sus delicadas y sentidas composiciones. Recíbala, pues, en ese concepto, y así corresponderá á la estimacion que de todas veras le profesa su buen amigo y compañero

Salvador María de Fábregues.

Valencia—Julio—1871.

PROLOGO.

El título de este libro llamará á algunos la atención, y para otros quizá pasará desapercibido sin encontrarle significacion ninguna. Los primeros se alarmarán sin motivo, y los segundos tal vez estén en lo cierto de que la obra no tiene significacion particular, ni alude á determinadas personas, que no obstante de estar dentro de los dominios de la crítica, consideraciones sociales hijas de la buena educacion hace que se les conceda mayor respeto que el que de derecho les corresponda. Pero como esas personas ya tienen bastante crítica en ser como son, las abandonamos á la murmuracion del vulgo como objetos impropios en que un escritor bien nacido emplee su pluma.

Otra causa ó motivo justifica hasta cierto punto el título que hemos puesto á este libro. Pocos ignoran que nuestra sociedad, considerada bajo el punto de vista de las costumbres,—y dejando aparte las personalidades,—tiene mucho de censurable por lo vicioso, mucho mas de risible por lo altamente cómico, y un poco de loable porque entre el vicio y la corrupcion descuella tambien

la virtud como la brillante estrella que rodeada de negros nubarrones luce en tempestuosa noche cual presagio de un día de bonancible calma. Presentar un cuadro siquiera sea toscamente dibujado, es el objeto de esta obra. Para trazarlo recogimos los materiales que la casualidad ó el azar nos brindaron oportunamente. Historias del corazón, de esas que tienen un desenlace casi siempre triste; misterios sociales, de esos que no se hallan términos hábiles para explicarlos; episodios bufos que promueven la risa de la persona mas grave; semblanzas de ciertos tipos; bocetos de determinadas situaciones; perfiles de escenas culminantes en la farsa social: hé aquí lo que viene á ser este libro.

Y como por otra parte las lecturas del día, para llenar el gusto de nuestra culta sociedad, han de tener cierto sabor filosófico,—aunque el lector no entienda una jota de filosofía, que eso acontece con harta frecuencia,—de ahí que es preciso considerarlo todo de cierta manera para presentarlo revestido con un traje que de todo tenga menos de español. Por eso Leon Gozlau, Mery y Edgard Poe, han tenido tantos admiradores, mientras vemos relegados al olvido á autores dignos por muchos títulos de que les rindan culto los amantes de las letras por.... aficion.

Pero, en fin, no es posible sin correr grave riesgo marchar contra la corriente. Aceptemos la sociedad tal cual es, que siempre nos quedará el

recurso de hablar mal de ella. No hablemos tampoco contra el crítico estado de la literatura patria; pudiera suceder que lo poco bueno que queda fuese contagiado del estranjerismo que hoy lo invade todo.

Terminemos. Razones que los lectores comprenderán cuando lo lean, me inclinaron á dar al libro el título que lleva. Si por otra parte leéis cada dia ó cada noche, si así os place, un capítulo de este libro, vereis confirmada la legitimidad de las *Historias del dia*, y el autor tendrá eso mas que agradeceros.



HISTORIAS DEL DIA.

UNA PRUEBA DE TALENTO.

¡Diplomacia! moneda de gran valor en el mercado de la mentira.

(TALLEYRAND.)

I.

Se ha dicho que el talento no existe en el siglo de la electricidad y del vapor.

¿Y por qué se ha dicho?

Porque hay muchos pobres; porque solo una cosa tiene valor en el dia, una sola; y el que la posee, lo posee ya todo. ¡Oro, oro, mucho oro! Eso es tener talento.

¿Cómo nos juzgarán las generaciones venideras?

¡Ah! grima causa solo el imaginarlo.

Me dirá el lector, ¿y á propósito de qué vienen esas reflexiones?

Sirven como cabos sueltos á la historia que me ha ocurrido contar.

Es una historia que algun dia tendrá su valor. Hoy no lo puede tener, porque es un hecho que resuelve el problema que estudia todo el mundo, y que para realizarlo no encuentro ningun medio bajo y despreciable.

Todos son buenos como conduzcan al fin. La cuestion es hacer oro, y así adquiere uno la celebridad de un hombre de talento.

Empiezo mi historia.

II.

A la capital de una de las provincias de España, cuyo nombre no viene al caso publicar, acudió un jóven, hijo de padres honrados, aunque de muy humilde condicion.

Lisardo era un buen mozo, pero como era pobre, no tenia mas remedio que seguir la carrera que sus padres con no poco desvelo y privaciones le destinaban. Lisardo tenia que ser cura.

En ese concepto, Lisardo fué á estudiar á un seminario como esterno, entrando durante el curso de mancebo en una botica, para ganar la comida, pues sus padres no podian pagarle ni el pupilaje mas económico.

Lisardo no descollaba entre sus condiscípulos por su aplicacion ni por su talento, nada de eso; pero ya hemos dicho que era un buen mozo, y convencido de esta cualidad, la esplotaba á su gusto, haciendo rabiarse al pica-rillo del angelito ciego.

Aunque seguia la carrera de la iglesia, Lisardo era un galanteador incansable, un Lovelace que hacia conquistas detrás del mostrador vendiendo jarabes y ungüentos.

Desde la boticaria, su principal, hasta la última *doncella de labor* del barrio, no habia muger que resistiera á cuatro frases de efecto que el mancebo tenia muy estudiadas, á algunas miradas liernas acompañadas de suspiros cromáticos ó por escala, y de ciertas actitudes

académicas de esas que hacen sentir á las.... tontas.

Sin embargo de la envidiable dicha de que disfrutaba el escolar-farmacéutico, su ambicion no estaba satisfecha. Se miraba al espejo, se veía buen mozo y decia para su coletó.

—Ningun hombre con mi figura puede dejar de ser millonario.

Lisardo decia la verdad; pero no tenia presente que para conseguir eso es preciso venderse, y que el hombre y la muger que se venden, son una mercancía despreciable que nadie compra mas que una vez.

El bello ideal de Lisardo era ser rico por su figura.

III.

Doña Eduvigis era una vieja, que empezó á figurar como muger cuando juraron príncipe de Astúrias al señor rey D. Fernando VII; es decir, á fines del siglo pasado, cuando ella contaria ya lo menos 25 primaveras, pues sabido es, que las mugeres del siglo anterior, á los 20 años aun eran consideradas como niñas.

Doña Eduvigis era inmensamente rica, sentimental como una Corina, romántica como una Atala, y enamorada como una Saffo.

Doña Eduvigis habia sido muy hermosa en su tiempo, y gracias á su hermosura habia tenido tres maridos, que á fuerza de amor, despachó en breve tiempo para el otro mundo.

Doña Eduvigis no estaba satisfecha; necesitaba un cuarto marido, pues en su *corazon apasionado* aun habia amor para otro cónyuge.

Lisardo lo supo, y empezó á *hacerla el oso*, como se dice.

Tan buena fortuna tuvo en su magna empresa, como la habia tenido en sus conquistas farmacéuticas.

En poco tiempo se vió trasformado. Del lóbrego chirivital que le servia de nido en la botica, pasó á vivir á un palacio. Tuvo caballos, carruajes, criados, mesa de estado y oro, mucho oro, con el epílogo de una vieja por muger, que se acordaba de las mocedades de Carlos IV.

Todo eso por tener diplomacia. ¡Oh! la diplomacia es.... Talleirand lo ha dicho.

Por la diplomacia llegó Lisardo á ser una persona decente, á pesar de su bajo nacimiento; un jóven de talento, á pesar de haber cosechado algunas calabazas cuando estudiaba en el seminario, y un *lion* de buen tono, aunque vestia exageradamente y sin ningun gusto.

La alta sociedad le abrió sus puertas, porque paseaba en carretela, tenia lacayos con galoneada librea que le guardaban las espaldas, y tiraba algunos miles de reales al año tontamente.

Por la diplomacia, Lisardo llegó á ser un gran personaje. Pero por el oro fué un infame.

IV.

Su vieja consorte tenia una infinidad de parientes que, muy lejos de vivir en la opulencia como ella, lo pasaban con bastante escasez.

Qué cosa mas natural era que Doña Eduvigis socorriera á sus deudos, como el rico Epulon al pobre que recogia las migajas de su mesa. Así lo hacia ella, pero apenas Lisardo fué su dueño, plantó de patitas en la calle á la famélica parentela, y no se acordó de cuando él tenia hambre.

Es mas, su bolsillo estuvo siempre cerrado para socorrer miserias, y si hacia limosna solo era por ostentacion, para que dijeran los que antes ni siquiera se habian ocupado de él:—Lisardo ha hecho treinta limosnas de á duro.—Así practicaba la caridad el ex-manco de bolica.

Los que no veian su vida mas que por el exterior, le envidiaban; pero aquellos que por una rendija podian columbrar á Lisardo, teniendo que dar pruebas continuadas de amor á su vieja consorte, comprendian lo que es el suplicio de Tántalo. Ser jóven y buen mozo; poseer oro; llamar la atencion á mugeres bonitas, y tener que fingir amor á una vieja, eso es el suplicio de Tántalo; porque la vieja era celosa, exigente, irascible y voluntariosa, y no queria que su bello esposo se separara de ella ni un segundo. Lisardo habia logrado su anhelado objeto. Estaba atado con cadenas de oro; pero á una vieja. La prision era muy hermosa, un palacio casi, pero el carcelero era una Matusalen, capaz de ahuyentar solo con una mirada cualquiera mala tentacion.

De la bajeza al crimen no hay mas que un paso muy corto. Los años postraron á Doña Eduvigis en la cama, y Lisardo se vió amenazado de una nueva miseria á su muerte, que todos auguraban próxima.

Se tanteó el terreno para arrancar á la vieja un testamento que resolviese la cuestion en favor de Lisardo, y se negó rotundamente. Sin duda queria reparar con eso los perjuicios que su casamiento habia ocasionado á sus parientes pobres. Pero Lisardo no desistió. Un agente suyo, uno de esos que tienen siempre habitacion preparada en Ceuta ó en Melilla, se encargó de la comision, y

obtuvo, merced á sus buenas mañas, un resultado el mas favorable.

Doña Eduvigis murió al fin, y su viudo, el bello Lisardo, se encontró poseedor de un gran caudal, al que ningun derecho tenia, cuando algunos de los parientes de su muger no podian ponerse luto por ella, por no tener dinero para comprarlo. ¿Qué importaba eso, si Lisardo conservaba su título de hombre de talento, porque por medio de una infamia ó quizá de un crimen se apoderó de unos cuantos millones que no le pertenecian? La sociedad elogiaba las cualidades de Lisardo, y se reia de las pretensiones de los parientes de Doña Eduvigis, que calificaba de ridículas y ambiciosas. Todo porque Lisardo era rico y los otros pobres. ¡Qué sociedad es la nuestra!

V.

Reasumamos.

El oro es el todo. En tiempo de Quevedo se decia que era omnipotente. ¿Pero en qué sentido? En el sentido material; no habia llegado aun á invadir su contagiosa fiebre las nobles regiones de la inteligencia. Entonces podia ser un simple mercader respetado como un gran señor si tenia muchos talegos, mas nadie lo entronizaba como hombre de talento si no habia dado pruebas de él.

Hoy, el que tiene oro, lo tiene todo. Consideraciones, dignidades, talento, aunque sea un zote; nobleza, aunque sea hijo de un cortante, y puede aspirar hasta emparentar con un marqués. En cambio el noble que no posee mas que pergaminos, es un *pobre hombre*, aunque descienda de reyes; el escritor que tiene talento y lo ha probado en repetidas ocasiones, si no tiene oro

con que comprar elogios, es un soñador, un loco como lo fué Cervantes, cuando en una pobre guardilla componia su *Quijote* para entretener el hambre.

Oro, oro, y siempre oro, es el sueño de los *hombres de talento* del siglo XIX. Y si el oro que tanto ansian, sirviera para remediar los infortunios de la humanidad, seria hasta cierto punto dispensable su codicia. Pero vemos lo contrario. Las riquezas que adquieren esos codiciosos, van á perderse en el Leleó de los vergonzosos vicios de una sociedad que corre frenética á su ruina. ¿Volveremos á los tiempos antiguos? Quién sabe.

Si los esclavos de Roma adquirian el derecho de patricios reuniendo ciertas condiciones, hoy, cualquier *quidam* es hombre de talento si tiene oro.

¡CORAZON FRIO!

A....

I.

Para el triste en la tierra no hay ventura;
Para el pecho infeliz ningun consuelo;
Para un alma que llora su amargura,
Ni el sol alumbra, ni le basta el cielo.
Güell y Renté.—NOCHES DE ESTIO.

Voy á contar una historia triste y sentimental; tan triste, como el fúnebre canto del bardo que, sentado entre las ruinas de un viejo castillo, evoca el recuerdo de generaciones felices de otro tiempo, tal vez en el mismo teatro de su dicha; tan sentimental, como una balada alemana, de las que impregnan de melancolía el alma de la casta doncella que vive de amor: una de esas historias arrancadas á los misteriosos pliegues del corazón humano, que el mundo recibe con una carcajada de desprecio ó con un bostezo de fastidio; una de esas historias que el vulgo lee con indiferencia, porque en su necia presuncion no comprende que aun en las mismas amarguras de la vida, que cada dia presencia impasible, hay mucho que estudiar, hay provechosas lecciones que aprender para combatir eficazmente el predominio que ejercen en la existencia pasiones nobles y generosas, que, á pesar de su bondad, suelen ser el tormento, el infortunio del que, por su excesiva sensibilidad, llega á ser dominado por ellas. Esas historias, que tan frecuentemente vemos ocurrir, no son estudiadas con el deteni-

miento que merecen, porque casi siempre suelen vivir encerradas en un corazón acibarado por amargas decepciones, ó van á ocultarse entre el polvo de los sepulcros. Esas historias, páginas del alma, escritas las mas veces con sangre en los anales de la vida, deben ser conocidas, deben ser públicas, para que sirvan de espejo á los que no tienen suficiente fuerza para combatir un sentimiento que, imperando en el alma cual tirano, mata corazones á los que ha dotado pródigamente el Supremo Hacedor. Aun así y todo, no pueden evitarse el sinnúmero de catástrofes morales que vemos sucederse diariamente.

Poco importa saber dónde y cómo el autor se ha hecho con esta historia: lo que interesa, y á ese fin la escribe, es que pueda servir de alguna esperiencia, y abrir los ojos á los que lo ven todo por la óptica de la ilusion.

II.

Fernando era un jóven de 28 años, ni guapo ni feo; uno de esos tipos simpáticos, mas por su amable carácter que por su figura. Fernando tenia mucho corazón, porque tambien tenia mucho talento; era poeta, era escritor, y en el primer concepto, enamorado cual ninguno, y en cuanto al segundo, filósofo, y no de los vulgares. Fernando amaba, pero amaba ese bello ideal que constantemente sueña el hombre; ese afán inesplorable de *un mas allá*, que precipita sus ilusiones en un insondable abismo.

Un día tropezó Fernando con una muger. Aquella muger era un sér especial, en el que podia creerse se hallaban reunidas todas las cualidades de la que él se

habia forjado en su imaginacion de poeta. Aquella muger era una muger de historia; su pasado estaba lleno de amargura, era uno de esos dramas á los que la codicia de hombres miserables dá origen algunas veces. Fernando sabia su historia, y antes de conocerla la compadecia con la compasion propia de las almas nobles y elevadas. Cuando el acaso la interpuso en su camino, fascinado por su hermosura, la amó como ningun hombre era capaz de amar, porque vió en ella una criatura débil y sin proteccion de nadie, que estaba espuesta á los embates de un destino por demás adverso.

Vamos á referir la historia de la muger, que inspiró á Fernando una de esas pasiones que, por rayar en la locura, no pueden ser calificadas.

III.

Natalia era una jóven huérfana, que en temprana edad perdió á sus padres, los que al morir la dejaron dueña de un pingüe capital. Un tutor avaro administraba sus intereses, y fué tal la ruindad de su alma, que para disponer siempre de ellos, concibió un horrible plan, que puso en práctica sin pérdida de tiempo. Esparció la voz de que su pupila habia perdido la razon, y provisto de una declaracion facultativa comprada á peso de oro, llevó á Natalia á Lóndres y la encerró en la casa de enagenados de Kessighon. Los amigos de la familia de la pobre Natalia protestaron de un proceder tan inicuo, y muy pronto los tribunales entendieron en el asunto. Despues de un ruidoso proceso, en el que se evidenció la infamia del tutor, al que se condenó á la pena que merecia, Natalia fué rehabilitada públicamente en la

integridad de sus facultades intelectuales, que nunca habia perdido. Regresó á Madrid, y estableció su residencia en la córte, de la que habia sido uno de sus mas notables ornamentos. Mas aquella jóven, que habia tenido siempre gran séquito de adoradores, que aspiraban á su mano y á sus millones, no pudo volver á ser la reina de la hermosura y de la elegancia de otro tiempo, porque la envidia, que se ceba siempre en todo aquello que se distingue, clavó su envenenado diente en el concepto público que sobre Natalia habia hecho formar la calumniosa imputacion de su tutor. Todos los que habian sido desairados por la jóven huérfana, sostenian á voz en grito que Natalia estaba loca, y las mugeres, cuyo vano orgullo habia ella humillado, hacian coro á las aseveraciones de aquellos hombres menguados. En los altos círculos de Madrid, dos encontradas opiniones sostenian acalorada discusion á costa del buen concepto de Natalia. Fernando, que desde un principio habia seguido con curiosidad primero, despues con interés el célebre proceso, opinaba en contra á la generalidad, y sostenia en todas partes que Natalia poseia un juicio completo y cabal, como lógicamente se deducia de las pruebas que arrojaba la causa, que tuvo proporcion de estudiar. Tal era la posicion de Natalia, cuando Fernando la conoció para sentir prácticamente una amargura mas.

IV.

Trascurrieron dos años. Fernando no habia olvidado á Natalia, aunque su carácter bastante irresoluto no le dejó aproximarse á ella, además de que tambien las circunstancias por las que habia pasado la jóven, no le

permitian hacerlo. Sin embargo de esto, no la perdía de vista, seguía sus huellas paso á paso, esperando el anhelado día en que pudiese declararla su pasión. Ese día llegó al fin.

Un amigo de Fernando le presentó en casa de la muger, por la cual latía su corazón, y aquel jóven, lleno de vida, con un alma ardiente y enamorada, sintió circular por sus venas el hielo de la muerte, cuando Natalia acogió con una hechicera sonrisa su presentación. Era tal vez que su corazón presentía que iba á salir destrozado del combate; era quizá que la hermosura de aquella muger le deslumbró, y fascinado, aunque estremeciéndose, marchó á su encuentro como vá el indio á caer entre los fuertes anillos de la boa que le atrae con su magnética mirada.

Natalia estuvo amable, finísima con Fernando, probándole con una gracia encantadora su claro talento, su privilegiada imaginación. El poeta estaba frente á frente de la muger, que por espacio de dos años fecundara su númen, y á pesar de eso temblaba como tiembla un niño á quien amenaza la férula del pedagogo. Extraña situación de la vida, aquella en que al ver colmados parte de nuestros deseos, no sabemos identificarnos con ella. Indescifrables arcanos del alma; el amor y el temor, la síntesis de la sensibilidad, la antítesis del sentimiento. Y ello es indudable; así acontece cuando se ama de veras.

V.

En un gabinete elegantemente amueblado se encontraban al caer la tarde de un hermoso día de verano, dos personas. Eran Natalia y Fernando.

Ella, bella como siempre, y vestida con sencillez, aunque con gusto, yacia recostada en un cómodo sofá, golpeando suavemente con un pié diminuto como el de una china, la alfombra que tenia bajo su planta. El, embebido en contemplarla, apenas acertaba á dirigirla alguna que otra frase, en las que se dejaba traslucir el amor de que estaba poseido, y del que acababa de hacerla una elocuente descripcion.

—Tengo que pedir á V. un favor, dijo Natalia sonriéndole dulcemente.

—Pida V., balbuceó Fernando.

—Sé sus buenas relaciones con el ministro de..... y quisiera utilizarlas en favor de una persona.

—Puede V. disponer de la mia para todo.

—¿Sí? pues oiga V.

Y Natalia, con un entusiasmo que llamó vivamente la atencion de Fernando, hizo grandes encomios de las cualidades de un funcionario que dependia del ministro amigo del poeta, y éste, con gran asombro, empezó á ver claro en aquella cuestion.

El, que hacia algunos minutos que habia declarado su amor á aquella muger, y que con vivos rasgos le habia pintado su ansiedad, su sufrimiento, tenia que abogar por un rival, y por un rival que mas tarde averiguó despreciaba á la muger que con delirio le amaba, para que ella á su vez hiciera sentir su insensible desden al hombre que la adoraba.

Fernando puso una mano sobre su corazon, como conteniendo sus latidos, y contestó:

—Haré cuanto esté de mi parte por complacerla á V.

Y al decir esto, sentia que la pena destrozaba su corazon, y ahogaba su voz en la garganta.

Natalia nada de esto comprendía.

Fernando salió aquella noche de casa Natalia con el corazón destrozado por la amargura, torturado por los celos, y agitado por el dolor y la desesperación. Andaba por las calles como un ébrio, y su cabeza, manando abundante sudor, era presa de mil ideas diversas, que aumentaban su agitación. Maquinalmente se dirigió al Prado, y al poner el pie en él, un amigo que se fijó en sus alteradas facciones, lo llevó hasta su carruaje, en el que le hizo entrar, y lo condujo á su casa. Una vez en ella, y encontrándose en la soledad de su gabinete de estudio, Fernando prorumpió en copioso llanto, que desahogó un poco su oprimido pecho. ¡Había sufrido tanto en tan pocas horas! ¡Cuán cierto es que las lágrimas son el rocío del alma que como la brisa á las flores, que vivifica sus agostados pétalos, dan valor en los infortunios, y consuelo en las amargas decepciones de la vida! Con razón decía Md. de Sevigné, *«que el llanto es un placer, un goce al que el alma se entrega cuando el dolor ha invadido sus dominios.»* Eso solo puede comprenderlo el que ha sufrido y ha llorado. *Bienaventurados los que lloran*, dijo el Divino Maestro, con lo que quiso demostrarnos, que el llanto es un consuelo. ¿Para qué, pues, se han de avergonzar los que han llorado? Fernando no se avergonzó de confesárselo á Natalia al día siguiente. Ella lo oyó impasible. ¿Es posible que existá una muger que oiga sin conmoverse que un hombre ha vertido lágrimas por ella? Sí, las que tienen el corazón de hielo. Y esas mugeres, llega un día que sienten amor, y ese día, agotado ya el sufrimiento del hombre, son despreciadas por éste, que las hace sentir el mal que causaron; eso, cuando como Natalia, no es-

pian su insensibilidad , suspirando por un hombre que se rie de su amor , mal decimos , de su costumbre de tener amante.

VI.

El autor de estos desaliñados apuntes vá á poner término á la historia , copiando un fragmento de una carta que Fernando dirigió algun tiempo despues á un amigo suyo.

«He vivido soñando en la felicidad , como dice Calderon , y al despertar de mi hermoso sueño , he visto que esa planta rara que todos ansian poseer , no puede subsistir en nuestro tiempo , porque la atmósfera , viciada de miasmas sociales que se respiran en el siglo XIX , la mata antes que produzca un simple capullo.

«Pero la felicidad , al morir tan prematuramente , deja su nombre , que se ha generalizado y se aplica ya á todas las cosas. El que tiene oro *es feliz* ; el que dispone de poder lo es tambien , y lo mismo se conceptúa el que reune honores , el que alcanza gloria , el que conquista muchas mugeres. La muger , ¡oh! la muger , ¿quién es capaz de comprenderla nunca? Ama y aborrece sin causa ni razon , y las mas veces sus encontrados sentimientos la presentan como decia muy bien Quevedo , como *el animal mas bello , pero tambien mas inconsecuente de la creacion*. He sido feliz mientras no he abierto los ojos á la realidad. Hoy no lo soy , no puedo serlo ya , porque mi dicha era esa planta exótica que no puede tener vida en el hemisferio en que habitamos. Amé una vez inmensamente ; amé con el corazon en la mano , y el aire viciado que se respira me lo ha muerto. Nada me resta ya mas que ese filon que nunca estará bastante

esplotado; el estudio, la ciencia, hé ahí lo único que puede alimentar á un alma muerta para el amor, porque el que crea hoy en él, é impulsado por su creencia lo busque con avidez, corre el inmenso riesgo de encontrar un desengaño mil veces mas cruel que el vacío que experimenta el alma, que carece de un amor verdadero que la sostenga en sus contratiempos.

«Los objetos terrenales, de efimera duracion, no son merecedores de que nadie ponga en ellos sus afecciones, porque es seguro que el que bien ansía halla solo mal al fin de la jornada. Canten los poetas en buen hora á la muger y al amor: ni la primera me conmueve, ni me impone el segundo. He roto las cuerdas de mi lira, y de ella ya no brotarán esas falaces armonías con que la mentira y el dolo ha de ser divinizado por los vates que cantan al amor, si han de merecer aplauso. Vivó automáticamente, porque he sustituido el corazon por la cabeza, es decir, soy un *corazon frio*, como se dice en el dia, y así no llegaré nunca á inspirar la compasion despreciativa que la humanidad tiene por ella misma. Ruégote que no pronuncies mas un nombre, cuyo recuerdo aun hace daño á la parte sensible que le queda á mi corazon. Natalia no es una muger; es un *corazon frio*, y como tal no merece mi ódio sino mi indiferencia.»

VII.

Hasta aquí llegan los datos que pude adquirir. Mi historia por eso no queda incompleta. Habrá quizá quien no la comprenda; pero afortunadamente existen personas que adivinarán fácilmente lo que significa, y explicarán el resto á los que vean en estas páginas un sencillo boceto de las costumbres de nuestros dias.

LO QUE VALE UN JURAMENTO.

RECUERDOS DE CARNAVAL.

I.

¡Muger, escribes tus promesas en la arena!
(LORD BYRON.)

Eran las dos de la madrugada ; el baile estaba brillantísimo.

Federico Perales habia estado buscando desde su entrada en el anchuroso salon del Liceo á una máscara, que era la que motivaba su presencia allí aquella noche.

La bella Enriqueta de F..... era la única muger que habia hecho latir su corazón , ya gastado por la borrascosa vida de estudiante.

Efectivamente , Enriqueta era una de esas mugeres que , reuniendo una belleza fascinadora , un talento bien cultivado , no se las puede tratar sin amarlas , porque sus encantos y su amabilidad subyugan la voluntad del hombre mas escéptico.

Federico la habia conocido en una de las más aristocráticas reuniones de Barcelona , y desde el momento en que la vió la consagró su vida instintivamente , porque ante la magnética mirada de aquella muger , se sentia atraído como el acero al iman. Federico era jóven , tenia buena figura , era elegante , tenia talento y no estaba

desprovisto de bienes de fortuna. Era huérfano, y un tutor administraba sus bienes, porque era menor de edad. Federico, en una palabra, era un partido aceptable hasta para las mamás mas exigentes

Venciendo algunos obstáculos, logró por fin declarar su amor á Enriqueta, que lo aceptó con esas reticencias peculiares á las mugeres de talento.

Desde aquel dia se creyó Federico el mas feliz de los mortales, porque veia su amor correspondido, y á su amada orgullosa ante la sociedad de haber dado la preferencia á un jóven tan distinguido. Federico cambió de vida completamente. El, que hasta entonces habia vivido entregado á todo linaje de placeres, consagró toda su existencia al único amor puro que habia sentido, al amor de Enriqueta, en la que cifraba toda su felicidad. Tal suele ser el origen que tiene el cambio de vida en muchos hombres desarreglados.

Dulcemente trascurre el tiempo por los dos amantes. Federico estaba concluyendo su carrera de abogado, y solo esperaba tener el título para hacer suya á la muger que amaba, que por su parte deseaba impaciente llegase ese dia.

Era el último dia de Carnaval. Los bailes del Liceo eran aun en aquella época el centro de reunion de la mas escogida sociedad de Barcelona.

Enriqueta, que pertenecia á la clase elevada, mas por sus pergaminos que por sus riquezas, concurría á la mayor parte de ellos, acompañada de su cuñada y de algunas amigas íntimas.

En la noche que ocurrió la escena de que vamos á ser cronistas, verídica en todas sus partes, Enriqueta asistió al baile. Un lazo encarnado en forma de mariposa con un

corazon bordado de seda azul en el centro, colocado en su negro manto, era la señal para que Federico pudiera conocerla en medio del torbellino de provocativas mascaritas que poblaban los salones de baile y descanso del Liceo.

Federico, despues de buscarla con amoroso é impaciente afan mas de una hora, dió con ella al fin en uno de los corredores. Enriqueta iba con su cuñada, y ambas daban el brazo á dos caballeros altos y jóvenes, al parecer extranjeros. Apenas divisó á su amante, soltó el brazo del que la acompañaba, no sin apretarle antes la mano al despedirse, y se cogió del de Federico.

La conversacion de los dos amantes se la pueden imaginar nuestros lectores. Quejas, reconvenciones, reproches por parte de Federico; protestas, juramentos, tiernas y consoladoras frases por parte de Enriqueta. El baile se concluia, los dos amantes iban á separarse. El autor de estas líneas, que por un momento se halló al lado de la enamorada pareja á última hora, le oyó pronunciar á ella con amoroso acento estas palabras.

—Te juro por la salvacion de mi alma, que á nadie amo mas que á tí, y que anhele ser tuya, completamente tuya.

Un relámpago de felicidad brilló en los ojos del hombre al que se hacia este juramento.

II.

El baile habia terminado. Solo quedaba de él esa especie de anonadamiento que sigue á una noche placentera; ese dulce cansancio que adormece la sensibilidad real, para sustituirla con otra ficticia, que dura muy breves horas.

Federico, despues de dejar á su amada en su carruaje, se paseaba por la Rambla con el abrigo doblado sobre el brazo y el sombrero en la mano. Su sangre ardia en las venas, tenia fiebre, estaba intranquilo, á pesar del juramento que le habian hecho, y un vago presentimiento le atormentaba. Habia sufrido tanto con lo poco que habia visto, que no eran suficientes las esplicaciones de su futura, para compensar el horrible tormento que padecia. Federico no era celoso, de esos celosos endémicos, permítasenos la frase, amaba, y amaba de veras, con ese amor único de la vida, con ese amor que solo se siente una vez para decidir en ella la suerte de las criaturas.

Enriqueta vivia con su hermano y con su cuñada en una hermosa casa de la calle de la Merced, que, como todas las de la acera derecha de dicha calle, dan vistas á la muralla del mar. Su balcon caia á una calle situada bajo la misma muralla, calle de poco ó ningun tránsito, que era el teatro de sus amorosas entrevistas.

Maquinalmente se dirigió Federico á dicha calle, no con la esperanza de ver á Enriqueta, sino para procurar tranquilizar su espíritu encontrándose mas cerca de ella.

No bien hubo penetrado en el callejon que tantos momentos de felicidad le recordaba, cuando divisó un bulto negro al pié del balcon de Enriqueta. Aproximóse con cautela cuidando de recatar su sombra, y vió con sorpresa una escala de cuerda pendiente del balcon de su futura. Un hombre empezaba á trepar por ella.

Federico no pudo contenerse, y se avanzó al escalador. Su nerviosa mano sacudió la escala con fuerza, y el que subia por ella, faltándole el equilibrio, vino al suelo. Federico se encontró frente á frente con el extranjero que

llevaba á Enriqueta del brazo en el baile de aquella noche. Lo que medió entre ellos no puede decirlo el cronista ; solo sí que , mientras el desolado amante pedía esplicaciones al extranjero , una ruidosa carcajada sonó en el balcon , y en seguida un gran portazo indicó que lo habian cerrado.

Dos dias despues anunciaban los periódicos que habia sido hallado en el paseo de San Juan el cadáver de un caballero jóven , inglés , segun se desprendia de los documentos que con valores de consideracion se encontraron en su cartera. Tenia un balazo en medio del corazon , y todo inducia á creer habia sido muerto en duelo , pues se le encontró encima su reloj y cadena , y un repleto bolsillo de dinero.

Federico Perales habia desaparecido de Barcelona al dia siguiente del baile del Liceo , en el que Enriqueta le juró amarle á él únicamente.

III.

Trascurrieron ocho años. Enriqueta continuaba soltera y sin consagrar ni un solo recuerdo al hombre que habia jurado amar por lo mas sagrado , y cuya infelicidad habia labrado con su perjurio , tal vez con su liviandad.

En una tarde del mes de Setiembre se hallaban varias personas reunidas en el frondoso jardin de una de las mas elegantes casas de recreo de las inmediaciones de Gracia. Sentados al rededor de una gran mesa de piedra que habia en el centro de un verde cenador , escuchaban la lectura de un periódico , que uno de los concurrentes leia en alta voz. Eran noticias de Santo Domingo lo que

se leía. Enriqueta estaba entre las señoras que componían el auditorio, todas amigas suyas. El lector leyó lo siguiente:

«Una de las mas sensibles víctimas que ha experimentado nuestro ejército, lo ha sido el valiente y arrojado capitán D. Federico Perales, que de simple voluntario había conquistado su grado batiéndose con tan denodada bizarría, que casi parecía provocar á la muerte. Herido de un balazo en la espalda, en la parte inferior del omoplato derecho, ha estado luchando con la muerte por espacio de dos dias. Durante este tiempo, y á pesar de los atroces tormentos que debía causarle su herida, no se le ha oído ni una queja; solo sí se le veía besar con pasión un retrato de muger que bañaba con silenciosas lágrimas. Dicese que pertenecía á una jóven muy conocida en Barcelona, con la que tuvo amorosas relaciones en otro tiempo, y la cual correspondió ingratamente á su cariño. El capitán Perales, que no tenía herederos forzosos, ha dejado todo su caudal, que se cree ascienda á mas de ochenta mil pesos, á las familias de los seis primeros oficiales que hayan perecido en esta sangrienta lucha. Este último rasgo de generosidad enaltece por sí solo las nobles cualidades que adornaban á tan bravo como infortunado militar.»

Todos miraron á Enriqueta; empero ella ni se conmovió, ni dió la mas leve señal de haber comprendido que el capitán Perales era el infeliz al que su perjurio había cavado la huesa lejos de su patria.

¡Ese es el valor que tienen casi siempre los juramentos de la muger!....

IV.

Breves reflexiones por epilogo.

La historia que habeis leído es uno de los mil episodios que la sociedad nos presenta continuamente.

Vociferan los moralistas que defienden la autonomía de la muger; declaman porque el hombre la vende; sacude su yugo y burla su fé; le echan en cara el ser la única causa del trastorno social de la desmoralización. ¡Grosero error!...

Y si no, que me expliquen esos nuevos regeneradores historias como la que acabo de contar.

El autor dá fin á estas reflexiones, que podrian ser interminables, repitiendo lo que ha dicho ya en otra ocasion. La sociedad seria otra cosa con mugeres que tuvieran corazon solo para amar.

UN ESCRUPULO.

EPISODIO BUFO.

I.

La escena pasa en un gabinete lujosamente amueblado.

Junto á un velador de maqué, sobre el que se ven varios albones, libros, periódicos y algunas tarjetas de visita, se hallan sentadas en cómodas marquesitas dos elegantes, aunque no del todo hermosas jóvenes.

La una representa tener cumplida ya la edad que maldijo Espronceda: la otra, un poco mas jóven, es sin embargo mayor de veinticinco.

—¡Qué feliz eres, Luisa! exclamó esta última; te vas á casar con un hombre distinguido por su cuna; de posición oficial por el cargo que ejerce; de envidiado y notorio talento por las obras que ha publicado; rico y espléndido por las pingües rentas que disfruta; amable y complaciente por su carácter, en fin, ¡picarilla! eres dichosa. Dentro de poco un carruaje mas adornará la Castellana, y una dama elegantemente ataviada llamará desde su palco del Real la atención de todos los pollos y gallos que hay en Madrid.

—Sí, muy feliz, contestó la interpelada bostezando y cubriéndose al propio tiempo la boca con el abanico; tan feliz y tan dichosa que á ser posible un endoso te lo transferiría á tí que tan bien encuentras á mi futuro.

- No comprendo....
- Pues creo que me explico.
- ¿Es que no le amas?
- ¡Qué se yo!
- ¿Así estamos?
- Ahora soy yo quien no adivina adonde vá á parar tu pregunta, querida Elisa.
- ¿Repetiré tu frase, Luisa?
- No es menester. Mejor fuera que explicaras tus palabras.
- ¿Mis palabras? Nada tienen de ofensivas.
- Desde luego lo he supuesto así.
- Y voy á explicarte su intencion para que no te quede duda alguna.
- Eso deseaba.
- He querido decir que habia motivo de sospechar que tú amaras á otro, cuando tan indiferente te es un hombre de condiciones tan recomendables como Alvarez reune.
- Pues si no es mas que eso, vive tranquila, no amo á nadie.
- Entonces no me explico tu indiferencia.
- Lo bueno es, que no solo es indiferencia lo que por Alvarez siento, es repugnancia.
- Esta es mas gorda; ¡repugnancia! y ¿de qué?
- Invencible, que yo misma no acierto á explicármela.
- ¿Y te casarás con él?
- Me casaré.
- Y con esas condiciones serás desgraciada.
- Procuraré sufrir con resignacion mi suerte.
- Vas á sacrificarte para toda la vida.
- Mis papás tienen empeño en que me case, y no pue-

do ni quiero contrariarles, aunque arriesgue la felicidad de mi vida.

—Siempre te he juzgado buena hija, pero los deberes de obediencia y sumision que sobre éstas pesan, no alcanzan á labrar la infelicidad á sabiendas, por seguir puntualmente los mandatos de los padres.

—Yo los seguiré mientras tenga fuerza de voluntad para ello.

—Tú estás ofuscada, querida Luisa, y no comprendes bien las cosas. Vaya, te dejo, que ya es hora: Manuel no debe tardar en salir de la oficina, y no quiero que me encuentre fuera de casa. Entraré de paso á saludar á tus papás. Adios, Luisa. Y la dió un beso.

—Elisa, adios, respondió Luisa devolviéndoselo.

Y las dos amigas se separaron.

II.

—¿Qué me cuenta V., Elisa? Decia Doña Maria, ¿conque mi pobre Luisa vá á casarse sin amar al hombre que desea ser su esposo, y solo por complacernos á su padre y á mí?

—Eso me ha dicho terminantemente; que se casará aunque sepa que le aguarda la infelicidad de toda la vida, por no contrariar los deseos de ustedes.

—Nunca; no consentiré yo eso. Pero esa repugnancia que V. dice siente por Alvarez ¿de qué proviene?

—No me lo ha dicho. Quizá con V. sea menos reservada.

—Pues yo la interrogaré hoy mismo.

—Y debe V. procurar que desaparezcan de su imaginacion esas equivocadas ideas que sobre tan importantes puntos tiene formadas.

- Así lo haré y procuraré que me ayude su padre.
 —Adios, Doña María.
 —Adios, Elisa.

III.

Al día siguiente encontrábase Alvarez en casa de su futura. Hallábase congregada toda la familia, es decir, el padre, la madre y Luisa.

Acababa Alvarez de estipular las últimas condiciones del contrato, y se dirigió á Luisa para que fijase el día en que debía de firmarse.

- Nunca, contestó ella.
 —¿Habla V. formalmente? preguntó Alvarez sorprendido.
 —Sí señor.

Y corroboró el dicho levantándose de su lado y retirándose á su cuarto.

—¿Qué me dicen VV. á esto? preguntó el desairado novio á sus ex-futuros suegros.

- Que mi hija ha perdido el juicio, contestó el padre.
 —Pues si es así, no estrañen VV. que retire mi palabra y me conceptúe libre de todo compromiso.
 —Lo siento mucho, pero está V. en su derecho.

Alvarez se retiró sin comprender nada de lo que acababa de ocurrir. La Providencia le habia librado de ser víctima de una muger *escrupulosa*.

IV.

Aquel mismo día Doña María y D. Antonio tuvieron una larga esplicacion con su hija, sin que pudieran arrancarle el secreto de la causa que habia motivado su inesplicable resolucion. D. Antonio lo apuró todo, aun-

que infructuosamente. Ruegos, caricias, amenazas; nada pudo hacer revelar á Luisa el origen de la repugnancia que repentinamente le habia inspirado Alvarez, y que habia producido la ruptura de aquel matrimonio en ciernes.

—Mira tú si eres mas dichosa y puedes averiguarlo, dijo á su esposa; tengo gran curiosidad en penetrar ese misterio.

Y la dejó soñá con su hija.

Tanto instó Doña María á su hija, que ésta habló al fin en los siguientes términos, que indicaban una profunda conviccion de lo que decia.

—Yo deseaba un marido sano ante todo, y por lo que pude ver, Alvarez no goza de buena salud, y por eso se me hizo repugnante. El dia que comió en casa, observé en él una cosa que me llamó vivamente la atencion. Le pregunté qué causa motivaba en él aquello, y me respondió que él....

Luisa se quedó suspensa y sin atreverse á continuar.

—¿Qué, hija, qué?

—Que él habia bebido y bebia en toda estacion *el agua caliente*.

Al oír esto la madre soltó la carcajada, como no dejarán de hacerlo los lectores, y como lo hizo el autor de estas líneas cuando se lo contaron.

Debe tenerse en cuenta, que la señorita Luisa se habia conceptuado siempre como un *sprit fort*, de esos que quieren sobreponerse á lo que se llama ridiculo.

AMOR Y... MATEMÁTICAS.

EJEMPLOS DE CÁLCULO INTEGRAL Y DIFERENCIAL.

I.

Un tipo.

¡Encarnacion! Qué bonito nombre es el de Encarnacion; ¿no es verdad, lectoras mías?... Pues ese nombre, que puede significar mucho y también puede no significar nada, era el de la protagonista de esta historia.

Se llamaba Encarnacion, y en verdad tenía muy mala encarnadura para ser una viuda de cuarenta y pico de Abriles, con más pretensiones que una sultana, menos dinero que un cesante en tiempo de Figuerola, y más arrugas en la cara que una pasa de Málaga.

Encarnacion era, como hemos dicho, viuda, con tres pimpollos, dos de los cuales le había regalado de una vez á su difunto Jeremías, que así se llamaba su consorte, poco antes de que la parca cortara el hilo de sus días. Eso, y quinientos escudos que tenía consignados en nómina como pensionista del Monte-Pío, eran todos los haberes de Encarnacion, cuando su *debe* representaba una suma fabulosa de necias y ridículas pretensiones, pues era muy fuerte en partida doble, que había aprendido de su padre, administrador subalterno de lo-

terías. Hagamos ahora su retrato para que el tipo sea completo.

Era de pequeña estatura, algo zamba, morena con tendencias á lo trigüño. Sus ojos pequeños y hundidos, eran de dos colores como los de los gatos y rodeados de una prolongada circunferencia de arrugas, signo característico de la vejez. Su cabello aunque negro denunciaba también los años porque estaba poblado de canas. Su talle era imperfecto, tan ancho de arriba como de abajo. Sus dientes parecían de conejo; su boca de gorrion, porque tenía casi siempre á los bordes el correspondiente adherente amarillo que el vulgo suele llamar *boqueras*. Sus manos eran largas y huesudas y sus pies propiamente de gallega. Tal era Encarnacion.

Ya veis, lectoras mías, que no os he perfilado una muger bonita ni mucho menos, porque de todo ha de haber en este mundo. Sigamos, pues, el hilo de nuestra historia.

Con tal fecha y con tal facha tenía Encarnacion una cualidad muy buena: calculaba muy bien, aunque raras veces con éxito: de ello dió una prueba. Pero esto nos obliga á pasar á la segunda jornada.

II.

Piraterías de vecindad.

Encarnacion tenía un vecino; nada tiene eso de particular porque todos tenemos más de uno, me dirán mis lectoras, y yo replicaré que tenía mucho, porque el vecino de la viuda era el objetivo sobre el que giraban todos sus cálculos.

D. Cosme era todo un cumplido caballero, y viudo tambien por mas señas; de posicion holgada, es decir, poseedor de un buen caudal y desempeñando un importante destino en la administracion pública.

La amabilidad de D. Cosme, porque D. Cosme era excesivamente amable, le favoreció á la viuda para entablar relaciones con él, siquiera fueran por su parte de mera vecindad, aunque Encarnacion alimentaba la esperanza de convertir en amor lo que era simplemente cortesania y amabilidad de su vecino. El razonamiento que se hiciera para sostener su empeño, desarrollado matemáticamente, era el siguiente:

Encarnacion: *Haber*; 500 escudos. *Deben*; 0000

D. Cosme: *Haber*; 2,000 escudos. *Deben*; varios prógimos algunas sumas de consideracion.

Multiplicado el total por las necesidades y caprichos de la viuda, no le resultaba deficit como cuando tenia que redactar su presupuesto con su solo haber. Y aquí tienen esplicada mis lectoras la incógnita de la ecuacion, cuya resolucion se habia propuesto la viuda ejerciendo todo linaje de piraterías para que D. Cosme se dejara abordar. Miraditas, sonrisas, invitaciones, insinuaciones de todo género; eso y mucho mas empleó Encarnacion para que su cálculo tuviera feliz éxito. Todo fué en vano. D. Cosme era como aquel profesor de can-can tan conocido del público con el nombre de *Pascual Bailon*; era *carabiniero retirado*, y las asechanzas de la viuda no producian en él ningun efecto. Mas Encarnacion no cejaba. Se habia propuesto pasar á segundas nupcias aun cuando fuese civilmente, y D. Cosme era su bello ideal porque reunia doble haber y.... por otras circunstancias que seria prolijo enumerar.

D. Cosme tenia un amigo que le estimaba cordialmente, y gustando de su trato le visitaba con bastante frecuencia. Fernando, el amigo de D. Cosme, era bastante calavera, lo suficiente ducho en la táctica de las busconas, y por lo mismo fácilmente estuvo al tanto de lo que Encarnacion pretendia. Fernando era muy miope, y le sucedió que encontró regular á Encarnacion, cuando ésta era como aquel tipo que nos describe el malogrado Flores en una de sus obras, que por título lleva: *Doce españoles de brocha gorda*. La viuda, lo mismo que *Leonor Gamuza*, personaje fielmente retratado en la espresada obra, á veinticinco pasos era una cosa; á doce y medio, otra, y á boca de jarro, otra enteramente distinta de las dos primeras. De esto se convenció el amigo de D. Cosme cuando se puso al habla con Encarnacion, que aceptó sus homenajes por dar celos á su apático vecino.

Fernando casi se encontraba arrepentido de haberse dirigido á la viuda, porque ni por hermosura encantaba, ni por discrecion atraia; iba ya á tocar retirada, cuando se le ocurrió hacer un favor á su amigo D. Cosme, librándole de tanta importunidad con que continuamente le asediaba la vecina. Formada esta resolucion la abordó, pero contra lo que esperaba fué desechado su amor de una manera harto grosera, que hizo formar al pollo emprendedor el propósito de no dirigirse jamás á ninguna cursi que calzara tantos puntos de tontería como la viuda Encarnacion.

Pero aquellas calabazas tenian su causa; y esta no era otra que un nuevo prodigio del genio matemático de la viuda, que siguiendo su inveterada costumbre formó su cálculo sobre las relaciones amorosas que se le pre-

sentaban en lontananza. Pero nos parece oportuno pase-
mos á otro capítulo.

III.

Una en el clavo, etc., etc.

Encarnacion procedia en todo con cierto método. Aceptó el amor de Fernando incondicionalmente, interin tomaba informes sobre su posicion, porque lo demás no le importaba un ardite. Dijéronle que su pretendiente era algun tanto calavera, inconsecuente, veleidoso, y que no tenia un cuarto, pues aunque se le suponía una renta de doce ó catorce mil reales, no tenia bastante con ella para sus vicios. En su consecuencia, Encarnacion formuló el siguiente calculo:

$$X=14,000 : A=12,000 : \text{Resta} : 2,000.$$

Estaba visto; Fernando no le convenia, y como él no le habia dado ningun motivo para un rompimiento fino y decente, á pesar de que seguia aquellas relaciones para hacer favor á D. Cosme, la viuda les puso término de la manera que hemos dicho. En seguida continuó sus tentativas para conquistar á su recalcitrante vecino.

Pasaron dias y dias y llegó uno en que Encarnacion recibió la siguiente carta.

«Señora mia: de los informes que V. me ha mandado practicar, resulta que D. Cosme tiene relaciones amorosas hace ya muchos años con una dama muy bella y muy elegante. En cuanto á D. Fernando, las pruebas que he adquirido corroboran sus antecedentes sobre lo de calavera y derrochador. Sobre su posicion diré que paga de contribucion 427 escudos anuales, y que en re-

partos y amillaramientos, figura con una riqueza imposible de sesenta mil escudos.»

—¡Qué desgracia! exclamó Encarnacion, se me ha escapado un buen pájaro. Ese capital bien supone una renta de treinta mil reales que pierdo por haber obrado tan de ligero, pues ahora es seguro que no le atrapo aunque me convierta en guindilla

Y cogió la pluma, y escribió lo que sigue.

$$X=30,000 : A=12,000 : \text{Resta} : 18,000 + 5,000 \\ =23,000.$$

—Vamos, mi precipitacion es imperdonable, dijo Encarnacion, tirando la pluma desesperada. ¡Oh matemáticas! ¡oh ciencia infalible! ¿De qué me servis si mis cálculos salen las mas veces fallidos? *Integralmente* y con vuestro auxilio deseo hacerme con un segundo esposo que aporte á la sociedad conyugal el capital que yo represento; pero *diferencialmente* hay en todos mis cálculos una tercera incógnita que no atino á despejar.

Y Encarnacion quedó completamente abstraída por sus cálculos.

IV.

Corolario.

Perdon, lectoras mias.

Lo que acabais de leer no es una regla general, es una escepcion, pero denigrante, envilecedora, que desprestigia al sexo débil, metalizando su corazon que debe ser todo ternura; por eso la ridiculizo, y vosotras que no considerais el amor matematicamente, aplaudireis, no lo dudo, el que haya bosquejado el innoble tipo de la muger que obra por *conveniencia*, no por afecto al con-

sagar su mentido amor á un hombre que quizá no habrá sospechado que hay en el dia mas egoismo que amor hasta en las tiernas miradas y en las dulces sonrisas de esos ángeles de belleza , que en nuestra sociedad atraen todas las voluntades , y cautivan hasta los corazones mas insensibles.

Afortunadamente , repito , es eso una escepcion, que solo puede encontrarse en alguna *cursi* como la que nos ha servido de modelo para este lijerísimo boceto.

LA PIEDRA FILOSOFAL.

I.

Caminaba cierta noche por una de las calles menos transitadas de la villa y córte del oso y del madroño, cuyo nombre no viene al caso, cuando puse el pié sobre un objeto blando, que me hizo dar un brinco.

Paréme, y á la incierta luz de unos faroles, que el municipio de Madrid se ha empeñado en que sean de gas, cuando solo Dios y el contratista saben la clase de alumbrado que es, me bajé á reconocer el cuerpo flexible sobre el que involuntariamente habia fijado el pié.

El objeto en cuestion era ni mas ni menos que una cartera, que recogí con mano temblorosa, creyendo hecha ya mi fortuna, pues por su tamaño y volúmen la suponía de algun banquero ó bolsista de los que tienen el riñon bien cubierto.

—Esto me valdrá la proteccion de uno de esos semi-dioses que manejan los millones á espuestas, me iba diciendo á mí mismo, pues ni aun remotamente me ocurrió la idea de apropiarme lo que no era mio. Ese señor, en recompensa de volverle yo su perdida cartera, que bien puede contener un millonaje en billetes ú otros valores, me alcanzará un idem de esos que se llaman creenciales, para que yo pueda sentarme á la mesa del presupuesto, como otros muchos que quizá son menos aptos que yo para hilvanar expedientes ó para zurcir negociados.

Haciendo estas reflexiones, me dirigia hácia mi casa con la cartera muy guardadita en el bolsillo de mi gabán, para redactar el anuncio que pensaba mandar al *Diario de Avisos*, cuando tropecé con un amigo.

—¡Ho!a! chico, ¿donde se vá? me preguntó describiendo al mismo tiempo delante de mí un molinete con su roten á guisa de tambor mayor.

—No me detengas, que llevo prisa. Tengo que evacuar un asunto de suma importancia.

—¿Sí? pues, vete, vete, y me alegraré que lo hagas con toda felicidad y que no te suceda lo que á cierto filósofo, de cuyo nombre no me acuerdo en este instante, que evacuando echó los sesos ó cosa parecida.

Y continuó su camino soltando una ruidosa carcajada.

Yo seguí tambien el mio abstraído con mi hallazgo, y á paso mas que ligero, me dirijí á mi casa por el camino mas éstraviado para no encontrar ningún importuno mas.

Llegué al fin, con cuatro saltos trepé la escalera, y me colgué de la campanilla que hice vibrar como si tocara á somatén.

El gallego criado abrió la puerta y se quedó mirándome embobado.

—¿Qué tiene V. señuritu?

—Una luz, dije por toda respuesta.

—¿Y qué mal es ese? ¿Que es algun baile de S. Vitu?

—Te digo que me des una luz.

—¡Ah! ya entiendo. Lo que el señuritu quiere es una luz para alumbrarse.

—Claro está, zopenco, que para eso te pido la luz. Conque dámela en seguida y menos charlar.

El gallego fué por la luz y volvió con ella. Yo la tomé y me entré en mi cuarte.

Me encontraba solo al fin.

Cogí una cuartilla de papel, mojé la pluma y empecé á escribir.

—«Hallazgo.—En la calle de... la noche del... se encontró una cartera de tafilete de color de....»

—¿Y cuál era el color de la cartera?

Aun no la habia visto bien.

Saquéla del bolsillo y empecé á examinarla con detencion.

Su color era ... ninguno. No tenia ninguno. El roce se lo habia hecho perder.

Era una cartera ya muy vieja, casi ennegrecida de tan usada.

—Malo, me dije. Los banqueros y los bolsistas no gastan carteras tan viejas, por mas que esta sea del tamaño de la que esos señores usan. Salgamos pronto de dudas, abrámosla, y al saber su contenido tendré un dato mas que dar en el anuncio, puesto que no puedo decir el color porque no lo tiene.

Abrí la cartera.

¡Todo mi gozo en un pozo!

Lo que yo creia que eran billetes de banco no era otra cosa que un libro de memoria de unas ochenta á cien hojas, todas escritas con letra muy menuda aunque muy legible.

En ninguno de sus departamentos habia nada por lo cual pudiera venir en conocimiento de quién era su dueño.

Ya que no otra cosa empecé á leer el manuscrito, para ver si por el hilo sacaba el ovillo, es decir, si por

el contenido averiguaba quien fuera el dueño de la cartera.

Pero ¡quiá!

Ni por esas.

Despues de leer unas cuantas hojas, me quedé tan á oscuras como antes.

Salté algunas, y me detuve en una que estaba casi en blanco, pues que no habia mas palabras que las que sirven de epígrafe á este artículo.

Si yo hubiese de copiar, paciente lector, todo lo que leí en aquella vieja cartera, creo que sacarias los ojos, (que entre paréntesis, me harian mucha falta,) pues desde la primera página hasta la última, no contenia mas que verdades de esas que amargan tanto, pero dichas lisa y llanamente, como si las dijera el barquero, como dice el vulgo.

Para dar una muestra de ellas, voy á copiar á la letra y sin comentarios, un párrafo de los que rezaban las entrañas de la vieja cartera, (léase libro de memorias, si así acomoda mas,) y con él podrás formarte una idea, y si llegas á traslucir, siquiera sea soñando, quién fuera el autor, ten la amabilidad de comunicármelo, pues tengo la curiosidad vivamente escitada, y deseo conocer á tan estraño filósofo que á ninguna escuela pertenece.

II.

Solucion de un problema.

«Mucho se ha divagado sobre las causas y los efectos, sobre el objetivo y el subjetivo, sobre el *yo* y el *no yo*; pero por mucho que se baya pensado, dicho y hecho para sentar definitivamente cuestiones tan trascendenta-

les, es poco si se compara con los innumerables conatos que se han realizado para resolver un problema: *la piedra filosofal*. ¿Es posible hacer oro? se preguntaban los filósofos antiguos. Paracelso dice que sí; Cornelio Agripa lo confirma también, y por fin Alberto el Grande dió á entender que lo habia conseguido. ¡Cuántos locos y cuántos soñadores habia en los tiempos antiguos! ¡Insensatos, queriais sumir á la posteridad en un caos, pretendiendo admitiera como verdades inconcusas el producto de vuestra codiciosa fiebre de atesorar oro, cuando solo habeis logrado poner en evidencia la falsedad y el descrédito!»

«De nada sirve la química para resolver ese problema. La generacion del siglo XIX lo ha resuelto ya sin calentarse la cabeza ni perder el tiempo en vanos ensayos. Hoy se hace oro sin necesidad de combinaciones metalúrgicas. ¿Quereis que plantee el problema? Pues voy á hacerlo.»

«*Audaces fortuna jubat*. Miente el aforismo. Lo que se necesita es algo mas: lo que se necesita es *desvergüenza*.»

«Hé ahí resuelto el problema.»

«Veis á un quidam que de ropavejero del Rastro, por ejemplo, se eleva á funcionario público, chupando del presupuesto treinta ó cuarenta mil reales, que ostenta en su pecho una condecoracion y en el faldon de su casaca una llave dorada; pues ese ha llegado á tanto porque ha tenido desvergüenza.»

«Veis esa dama de lujoso porte, modales afectados, que ella quiere que sean aristocráticos, y despreciativo lenguaje con todos los hombres; pues era ni mas ni menos que una doncella de.... casa grande, que por tener

desvergüenza se pone hoy en las targetas una corona de marqués sobre un nombre plebeyo.»

«¿Sabeis de dónde procede esa otra vanidosa señora que se hace llamar Doña Carmen de P... y de G.?.. Pues solo os diré que en su familia ha habido estanqueros y otros personajes de alta posición social; que sus pergaminos no se los han comido los ratones ni la polilla, porque no han existido nunca.»

«En la sociedad actual se medra solo por ese camino. Riome de los que dicen que talento, cuna, honradez, virtudes y patriotismo elevan. Absurdos son esos que solo pueden pasar por verdades, cuando la fraseología social los viste y engalana con el lenguaje propio de la desvergüenza. El creer lo contrario es soñar, es ser tan miope, tener la vista tan corta, que no se alcance á ver ni á uno mismo.»

«¡Ah! la sociedad actual está fuera de su centro. Por el camino recto y seguro del pundonor y la nobleza no se alcanza nada. Por el sendero de la desvergüenza y del cinismo se llega á la cumbre de los honores y del poder. Hasta la gloria es hoy una mentira. Analícese su historia, y se verá entre la pompa y el oropel el mercantilismo menguado de la bajeza y de la adulación.»

«Desprecio merece la sociedad actual »

«Yo he sido grande, he tenido oro, honores, un título que me abría todas las puertas, que reunía en torno mio aduladores bajos y despreciables que prodigaban incienso á mi vanidad. Hoy nada de eso tengo. El frenesí, el vértigo de una sociedad que corre desalentada á un abismo insondable, me han dejado reducido á la miseria y á la desesperación. De mi pasada grandeza, solo me queda con un harapo, un título deshonorado, que heredé

de mi padre sin mancha, y que hoy ni aun me sirve para ganarme el cotidiano sustento. Mis antiguos conocidos, que se llamaban mis mas sinceros y adictos amigos, al verme caido me han vuelto la espalda. ¿Y eso por qué? Porque no he sido un parásito como ellos; porque la desvergüenza no es, no ha sido, ni será el camino por donde yo me eleve; porque á pesar de la abyección en que he quedado sumido, hay aun en el fondo de mi alma reminiscencias de los nobles sentimientos que fueron el principal patrimonio de mis antepasados. Jamás, antes la muerte que llegar por ese camino á reconquistar mi pasada posición.»

«Razon tuvo Byron cuando dijo: —Las aves mas amorosas no andan sino con una compañera; el águila levanta el vuelo sola; la gaviota y los cuervos se reunen en tropel sobre los cadáveres como lo hacen los humanos.»

«En el festin de la vida solo hay ricos manjares para el que tiene desvergüenza y se los toma... no importa cómo. La sociedad actual, sin saberlo quizá, ha resuelto el problema de hacer oro. Este, tenedlo bien presente, *es la desvergüenza.....*»

III.

A este tenor continuaba el filósofo autor del manuscrito de la vieja cartera. En la inexorable anatomía que hacia del cuerpo social, no perdonaba nada, y su escalpelo, penetrando con una cruel fruición hasta lo mas recóndito de la vida íntima, presentaba, cual asquerosa gangrena, ese sin fin de vicios ocultos, ese tenebroso tejido de crímenes que espantan á las almas generosas,

esos dramas del corazón en los que la codicia suele ser el instrumento que sacrifica víctimas interesantes.

Aunque pesimista en absoluto el desconocido filósofo, era justo el concederle que había mucha verdad en su extraña filosofía.

La lectura de su manuscrito conducía insensiblemente al escepticismo, y no podemos negar que si en la sociedad hay mucho de malo, de condenable, hay también algo bueno, algo que es digno de loor, digno de ser respetado. Aunque en corto número, los seres privilegiados por el Sér supremo, tienen gran valor y con él mantienen el equilibrio necesario, que es como una valla al desenfreno y la licencia que amaga continuamente una destructora invasión.

El mal va siendo ya crónico: quedan ya pocas fuerzas para luchar, y es muy aventurado el vaticinar que el siglo actual no tenga el fin que tuvo el anterior.

HISTORIA DE UNA ROSA,

CONTADA POR ELLA MISMA.

(APÓLOGO.)

Y la hermosa flor empezó así su historia.

«Nací en un hermoso jardín, propiedad de un gran magnate de la corte, y como habían sido todas las que procedían de la misma planta, fui bella, fresca, lozana, ruborosa.

Guardé mis más delicadas emanaciones para el que me demostrara más amor, y reconcentré en mi corazón las más puras gotas del matinal rocío que me daban brillo y esplendor.

Como todas mis hermanas, y como las mujeres hermosas, estaba orgullosa de mi hermosura, alimentaba en mi corazón esa ridícula vanidad que es las más veces nuestra ruina.

Yo era, empero, casta en mis pensamientos, en mis aspiraciones, y hasta en mi misma vanidad. Amaba mi belleza, pero mucho más mi castidad y mi pureza, que la garantían de todo profanador contacto, media docena de agudas espinas, que crecían en la parte exterior de mi cáliz.

Era yo, efectivamente, el más bello ornamento del jardín de mi dueño, y las demás flores, mis compañeras, bajaban la cabeza, humilladas ante el triunfo que obtenía mi purpurina belleza.

Cuántas personas visitaban el jardín, tenían galantes frases para mí, que aumentaban mi vanidad y la envidia de las demás flores que me rodeaban. ¡Qué feliz era yo entonces!

Pero debo poner punto á lo que tan en particular me atraía, para hablar de lo que me rodeaba, y que mas ó menos directamente estuvo en relacion conmigo.

Empezaré por el jardinero. Era éste un jóven robusto, de presencia agradable, tostado rostro, mirada franca y corazón honrado. Había sucedido á su padre en el cargo de cultivar el jardín y cuidar la gran variedad de flores que vivían en él; y en él también tenía su habitación rodeada de aromosos arbustos, y sombreada por un hermoso grupo de pinos de los Alpes. Era una casita blanca y muy bien construida, que hacía un efecto encantador entre tan espléndida vegetación, y teniendo á uno de sus lados una espumosa cascada, que formaba con los rayos del sol que se reflejaban en ella, una vista verdaderamente panorámica. Parecía un cisne que recién salido de las aguas de un estanque, tendido indolentemente sobre el verde césped, seca sus blancas plumas al calor del sol.

En aquella casita vivía el jardinero, pero no vivía solo, tenía una compañera, era casado.

Aurora era bella como su nombre, gentil como una Diana, esbelta como una náyade. Era una verdadera zagala, que enamorada de su pastor, gobernaba con él aquel rebaño de flores. Estas eran felices, porque Aurora las acariciaba y las mimaba, y Antonio, su marido, las resguardaba de los muchos peligros que continuamente amenazaban su existencia, las daba vida con sus cuidados, y las proporcionaba una placentera repro-

duccion con sus inteligentes trabajos. El jardin que estaba al cuidado de Aurora y Antonio, era un verdadero paraíso para las flores que moraban en él.

Un dia, digo mal, una mañana, Aurora, que todos los dias se levantaba con los pájaros, para pasear por el jardin, sueltas las hermosas trenzas de su negra cabellera, entreabierto su corpiño de damasco para recibir el suave frescor del aura en su blanco seno, se paró ante mí.

—Antonio, ¡qué hermosa flor! dijo, dirigiéndose á su marido que la acompañaba; ¿has visto otra flor mas perfectamente bella que ésta?

—Verdaderamente que no, contestó él.

—Pues, es preciso precaverla de la influencia atmosférica que puede hacerla perder su hermoso color y su fragante aroma. Vas á trasplantarla á una maceta, y de noche la pondremos en el invernáculo templado, para prolongar la existencia de un rosal de tan buena calidad.

Al oír mi nuevo destino, sentí un estremecimiento por todo mi sér. No sé si fué alegría ó tristeza lo que yo sentí.

Aquella misma tarde, arrancado el rosal mi padre, de la tierra que le sustentaba, fué trasladado á una maceta de barro cocido, convenientemente preparada para que el cambio no alterara lo mas mínimo la nutrición de la planta á quien yo debía el sér.

Loca de contento Aurora, me llevó á su casita, á su nido, mas bien dicho, pues la vivienda del jardinero tenia todas las proporciones de uno de esos artísticos nidos de tortolas silvestres, que se encuentran entre las espesuras de los bosques.

Allí empezó para mí un nuevo género de vida.

En un principio sentí, estrañé algo la atmósfera para mí desconocida que respiraba; pero poco á poco fuí acostumbrándome á ser la flor favorecida por la bella Aurora, que me prodigaba sus caricias mas apasionadas, dando mayor incremento á mi vanidad y á mis orgullosas aspiraciones, con los elogios que incesantemente hacia de mí.

Entonces medité bien mi posicion, y estudié la que en torno mio pasaba.

Aurora y Antonio se amaban con ese amor tranquilo, pero profundo, que no conoce las poéticas frases de los amadores de la culta sociedad del siglo XIX, que despues conocí, y las cuales son mas que el lenguaje del alma, el estudio de la falacia y del egoismo. El jardinero y su muger vivian allí rodeados de los mas brillantes encantos de la naturaleza, y sin habitar suntuoso palacio, vivian muy contentos en su pequeña casita, limpia, curiosa y modestamente alhajada.

No habia allí esculturas, ni muebles de talla, ni camas con colgaduras de seda y terciopelo. Solo se veian sillas de cuero, mesas de pino; una de ellas pintada y barnizada imitando el nogal, sostenia una pequeña urna con una Virgen; una cama de tablas dejaba ver sus tres jergones de paja con otros tantos colchones de lana encima. Blancas cortinas orlaban aquel lecho, formando pabellon á la puerta de la alcoba, y las de las ventanas impedian que el sol penetrara en la habitacion. La casa de los esposos constaba solo de patio, cocina, comedor, cuarto de dormir, y algunas otras dependencias indispensables en la vivienda de un hortelano ó jardinero. A pesar de eso, respiraba toda ella limpieza, y tenia un cierto no sé qué, que me causaba placer hacer todas

estas observaciones desde el alfeizar de una ventana donde me habian colocado.

Poco interésaba á la que como yo estaba envanecida de su belleza, y alimentaba locas aspiraciones, el estudiar hasta en sus menores detalles la vida íntima de un matrimonio que pertenecía á la mas ínfima clase de la sociedad. La verdad es, que yo me habia formado una idea equivocada de lo que se llama felicidad, y creia que estaba en relacion directa con la posicion social de cada individuo. Mas tarde, he comprendido que es un síntoma infalible de desavenencia entre dos esposos, la mayor solicitud y cuidado que mutuamente se prodigan.

Para un espíritu frívolo era monótono el ver el cariño con que se trataban Aurora y Antonio, contemplar sus frugales comidas despachadas con apetito, aunque servidas en bagilla de loza ordinaria y llevadas á la boca con simples cucharas de madera. Ahora que he visto otras cosas, comprendo el valor que tenian las caricias de mis cuidadores y la poesía que encierran su pobre mesa, su lecho sin colgaduras, su trato franco y sin fingimiento alguno, y los cuidados que les merecia. ¡Ah! en la brillante sociedad en que por mi desgracia he vivido, he visto tambien todo eso, pero no natural, espontaneo, sino estudiado, fingido; porque el que ha dicho que en la alta sociedad es donde se encuentra la mentira, ha dicho una gran verdad; porque en ella es donde se concede mayor lauro al que mas pruebas dá de ser un buen diplomático, es decir, un cómico de la escuela clásica. Permite que filosofe un poco, pues aunque mi existencia vegetal me tiene bastante separada de la ciencia de lo absoluto, me encuentro formando parte del herbario de un gran botánico, y mis relaciones

con un sábio me hacen filosofar, sin conocer ni mas ni menos filosofía que la generalidad de los que en la sociedad actual blasonan de tales.

Pero no prosigo en hacer mas digresiones, y sí en mi tarea de contar lo que he visto y oido en mi viaje, que bien puedo llamar de circunnavegacion alrededor de varios personajes.

Por mi desgracia, antojósele una tarde visitar su jardín, al dueño del que era mi patria, que ya he dicho era un alto personaje, un duque nada menos, que por su clase y riquezas estaba relacionado con toda la grandeza de la córte.

Acompañábanle gran número de damas y caballeros, que invadieron las frondosas y enarenadas calles del jardín, que talaron á su sabor.

La sencilla Aurora, creyendo hacer un obsequio al duque, le habló de mí, y una de las damas que le acompañaban, oyendo los elogios que de mí le hacia, quiso verme.

Pronto fui presentada á la curiosa, que con un verdadero entusiasmo alabó mi belleza, y prodigó algunas caricias con su blanca mano á mis purpúreos pétalos, despues de aspirar mi aroma con delicia.

El duque presenció todo esto sin despegar los lábios, pero al marcharse dió la orden á su jardinero, que al dia siguiente queria tener en su palacio el rosal que producía unas tan hermosas rosas.

Cuando por la noche oi que Antonio le participaba á Aurora la nueva, que ella oyó con tristeza, confieso que me alegré en extremo, porque veia satisfecho mi mas vehemente deseo, que era respirar la atmósfera de los salones de la córte.

En efecto, al dia siguiente Antonio cogió la maceda, y despues de haber recibido las últimas caricias de Aurora, fuí conducida á la régia mansion de mi señor, que sin dignarse mirarme siquiera, dió orden que me mudasen de alojamiento, es decir, que me trasplantasen; con lo que pronto abandoné el ordinario envase para ocupar una preciosa jardinera de bronce dorado.

No paró aquí el cambio. El duque dispuso me llevaran al palacio de la princesa *** que era la que habia quedado tan prendada de mí.

Aquella misma tarde descansaba mi móvil y elegante habitacion, sobre la repisa de marmol de una chimenea de uno de los lujosos salones del palacio de mi nueva dueña.

Mi nueva vida era en todo diferente de la que hasta entonces habia llevado. A la tranquila monotonia de mi vida vejetativa, que así puedo llamar á mi permanencia en la linda casita del jardinero Antonio, sucedió una vida de continuo movimiento, de incesante agitacion.

En el palacio de la princesa todo era entrar y salir, todo eran visitas. Una atmósfera impregnada de gases nocivos á mi salud, me hacia languidecer á mi pesar. Es verdad que yo veia continuamente damas hermosas y lujosamente ataviadas, caballeros vestidos con elegancia; pero tambien es cierto, que con tan gratas visiones recibia lentamente el tósigo que me causaba la muerte.

A los ocho dias de vivir en el palacio, dió mi ama un espléndido baile á toda la grandeza.

Cuanto el gusto moderno ha inventado para halagar la vanidad, acrecentar el orgullo ó dar pábulo á la envidia y á la maledicencia, se ostentaba en los espaciosos salones de mi ama.

En una pieza que daba a una galería, se arregló una especie de jardín inglés, en el que se colocaron gran número de flores, ora en grandes cajones de hierro fundido, ora en macetas de mármol ó en jardineras de distintas clases y materias. Allí fui yo trasladada.

Confieso que me regocijé cuando me encontré rodeada de compañeras y respirando una atmósfera mas pura. Aquella era ya otra situacion.

Empezó el baile. Multitud de damas y caballeros visitaron el improvisado jardín, que en verdad nada faltaba en él, pues tenia hasta su correspondiente surtidor de aguas.

Unos elogiaban el gusto de la princesa; otros criticaban su despilfarro, y otros, en fin, fijándose en mí y en la jardinera que me contenia, que tenia el escudo de armas del duque mi antiguo señor, comentaban harto maliciosamente sus relaciones con la princesa.

Hacia la madrugada ó poco mas, entró en el jardín la princesa. Daba el brazo á un jóven que vestia un uniforme lleno de bordados, cubierto el pecho de condecoraciones y cruzado por bandas de todos colores.

La conversacion de algunas parejas que cerca de mí habia, me puso al corriente de quien era él.

Era un general cuyo nombre estaba entonces en gran boga, y que segun las predicaciones de algunos hombres políticos no tardaria mucho en ser ministro.

Mi ama y su caballero dieron la vuelta al jardín, y éste, admirándolo y fijándose en todo, se paraba de cuando en cuando. Así reparó en mí.

—Hola, dijo, un rosal regalo del duque; y ¿luego pretenderá V. que aun crea en su amor, princesa?

—Siempre receloso y siempre desconfiado, respondió

ella. Ese rosal no tiene la importancia que V. supone, general; y para probárselo, desde ahora puede disponer de él, esceptuando la jardinera que V. no querrá, y que, como tampoco yo la quiero, devolveré al duque.

—Acepto el regalo. Mañana estará aquí un criado mio por él.

Y se fueron.

Yo sentí una convulsion por todo mi sér. Una gota de cristalina agua, que habia venido á refrescar mis marchitos pétalos, se desprendió de ellos.

Al dia siguiente tenia otro dueño.

El general era un hombre galante y tenia continuamente aventuras amorosas y desafíos, dimanados las mas veces de esas causas.

Me mandó trasladar á un hermoso jarron de mármol blanco y me colocaron sobre una consola.

Entre las mugeres cuya conquista habia logrado el general, se contaba una actriz célebre, que estaba perdidamente enamorada de él, y por lo mismo furiosamente celosa.

Aquella tarde le visitó.

Cuando me divisó á mí, llenó de reconvenciones á su amante, le amenazó con dar un escándalo, y él por evitarlo, porque no entraba en sus planes la publicidad de cierto género, me sacrificó, y desde aquel momento pasé á poder de una nueva dueña.

La actriz me hizo llevar á su casa é hizo las paces con el general, al que asediaba con su amor, porque esperaba que llegaria un dia en que engañado por la constancia de aquella muger, la tomaria por esposa.

Como se vé, el cálculo no abandona nunca á la muger, y sobre todo á la muger de teatro.

Mi nueva dueña, aunque tenía un amante oficial, tenía otro privado.

Era un poeta que le hacía el amor para lograr por su influencia se representara un drama suyo, que en ningún teatro habían querido admitir.

La primera noche que pasé en casa de la actriz, me convencí de que si el general se la pegaba á ella, ella se la pegaba al general, y con un hombre que era digno en todo del amor de una comedianta.

También el poeta aparentó tener celos de mí, y ella para darse importancia le prometió que el rosal sería suyo si improvisaba unos versos sobre la rosa.

El poeta que por nada se arredraba, fingió reconcentrarse unos cuatro ó cinco minutos, y en seguida recitó los siguientes versos de Safo, que me eran muy conocidos:

Si á las hermosas apacibles flores,
tal vez monarca Jove dar quisiera,
para este cargo la encendida rosa
fuera elegida.

Ella es el dize de la madre tierra;
ella es la gloria de las plantas todas;
como á sus ojos ámanla, y la quieren
ramas y flores.

Honra á los prados su luciente grana,
y de hermosura sin igual ceñida,
á los placeres amorosamente
llama las almas.

De verdes hojas coronada, ostenta
toda su pompa y vanidad suave;
y en su oloroso y delicado cáliz
céfiro rie.

La actriz aplaudió calurosamente y me adjudicó como premio al rapsodista trovador, que habia cantado en elogio mio, como de cosecha suya, lo que no le pertenecia, pero que estaba seguro de que el autor no tenia que disputarle los derechos de propiedad.

Como flor dada en un concurso de juegos florales, así pasé á poder del poeta.

—¿Qué haré yo de este rosal? pensaba el vate, cuando llegó á su casa.

—¡Ah! magnífica idea, dijo dándose una palmada en la frente.

En seguida se sentó en su bufete, y escribió una carta. Llamó á su criado y le encargó llevarla á su destino.

Al dia siguiente recibió el poeta una visita. Era un señor de cuarenta años, bajito, calvo, con el bigote cano, y muy corto de vista. Por la conversacion me enteré de quién era el visitante.

Era un famoso doctor, gran naturalista, un sábio, segun el vulgo le aclamaba.

—Magnífico ejemplar, dijo fijándose en mí y poniéndose los espejuelos. *Centifolia*, de las que á mí me hacen falta.

—Tuyo es el rosal, dijo el poeta, si me das aquel tomo de poesías antiguas que nunca has querido venderme.

—Porque no tenia gran confianza en tí, y me temia un plagio de las sublimes producciones de Juan de la Encina.

—Encina ó roble, deseo poseerlas. Ya sabes á qué precio es tuyo el rosal.

—Sea, contestó el doctor, comiéndome con los ojos; pero fio en tu probidad que no cambiarás, estractarás, ni imitarás, las únicas poesías que á mí me hacen sentir.

El poeta le ofreció todo lo que quiso, y algunas ho-

ras mas tarde estaba yo en un pequeño jardin de mi nuevo dueño , mientras que el poeta se quedó trabajando con abinco en falsificar una poesía antigua , para darla como original suya. Así eran todas sus obras. Y sin embargo , era poeta célebre , de quien se decia que una famosa academia iba á abrirle sus puertas. ¡Cuántos como ese habrá en el dia!

Esta reflexion es poco filantrópica , pero se le debe escusar á un vegetal como yo , que desconozca las *conveniencias sociales*, cuando son una farsa , una mentira , y un insulto perenne al verdadero talento y honradez , que viven oscurecidos y á veces en la miseria. Esta es la verdad , pero prosigo.

El doctor naturalista , mi nuevo señor , me aposentó en un pequeño jardin , en el que habia tambien muchas flores que él cuidaba con particular esmero.

Volvia á empezar para mí una vida tal como mi naturaleza exigia. Pero como no hay dicha completa ni duradera , pronto supe el porvenir que me aguardaba. Mis compañeras , con filosófica resignacion , me participaron el destino nuestro , bien ageno por cierto , de los mimos y cuidados que debiamos á nuestro dueño.

Este , entusiasta como era por la botánica , estudiaba en nosotras las circunstancias de la vida vegetativa , para conservarnos despues en su herbario , panteon en donde él guardaba sus mas queridas flores.

Inmenso fué el dolor que esto me ocasionó. Entonces se abrieron mis ojos á la realidad. Comprendí la verdad de mi existencia.

Nacida al albor de una mañana de primavera , brillando unos dias entre mil bellezas á las que eclipsaba la mia , profanada como presente hecho á una coqueta del

gran mundo, transmitida por ésta á un cortesano de intriga que tenia el privilegio de vestir un uniforme de general; propiedad mas tarde de una muger venal, que me entregó á un hombre que como otros muchos disfrutaba una reputacion usurpada, y venida por último á poder de un sábio, que me sacrificaba á su egoismo de saber: esa fué mi vida. ¡Cuántas y cuántas bellezas habrá que se me asemejen!...

La humanidad es un cancerbero de dos bocas, que devora indistintamente la virtud y el vicio. El mundo un caos en el que se pierde la belleza, la juventud y el talento, que solo brillan de una manera fugaz, como un metéoro.

Riquezas, poder, hermosura, todo desaparece de la escena, como voy á desaparecer yo. Queda solo el recuerdo, que tambien es transitorio, aunque lo alimenten algunas almas dotadas de esquisita sensibilidad.

Con la proximidad de mi fin, se despertaba en mí el espíritu de la filosofía. Quería dejar un recuerdo póstumo de mi existencia, y dicté mi historia á una camelia literata que se habia hecho muy amiga mia en los dias que viví en el jardin del doctor.

Poco es lo que me resta decir sobre mí. Nací bella, tuve vanidad y ambicion, que engendraron en mí otra pasion que no conocia; el orgullo. Brillé en el vergel, en los salones de la córte, en el gabinete de una actriz, en el despacho de un poeta rapsodista, para venir á poder de un sábio que me daba una segunda vida; la del herbario.

Si por lo que á mí atañe he concluído mi historia, no quiero sin embargo hacerlo, sin esponer mis impresiones en mi corta peregrinacion social.

Segun las ideas ficelcias que yo tenia de lo que en el

mundo se llama felicidad, hubiera creído siempre que los placeres, las riquezas, la gloria que dá la posición social elevada, entrañaban esa cualidad. En ese concepto, la actriz, el general y el aplaudido poeta, tres notabilidades, deberían serlo más que los jardineros que habían cuidado de mi infancia.

¡Cuán engañada vivía!

Ninguno de ellos tenía su conciencia tranquila, y á pesar de que su exterior satisfecho demostraba otra cosa, tenían una verdadera tempestad en el alma, porque ésta no es nunca vencida sin luchar; y lo que en la sociedad se llama amor, amistad, abnegación, filantropía, patriotismo y desprendimiento, solo son voces huecas, despojadas completamente del sentimiento que quieren significar.

Hay, sin embargo, excepciones, empero no se dán á luz para la generalidad de los seres que en el siglo figuran por su importancia, las más veces adquirida indecorosamente.

Los seres que se exceptúan de la regla general, es decir, que no siguen la corriente del siglo que lo deprava todo, adquieren su celebridad en otro mundo, en donde solo brilla la luz de la verdad y de la justicia, y no el escandaloso tráfico de mezquinos sentimientos que hoy usurpan un título de que no son dignos.

Mors última línea rerum: en esto se reasumen todos los afanes de la humanidad, y aunque diariamente puede convencerse de ello, continúa ciega trazándose el plano del panteón que ha de encerrar sus vanidades degeneradas, en ¡un puñado de cenizas!

¡¡ Misera humanidad! ¡»

Este era el contenido de unos papeles amarillentos y ajados que un amigo mio me facilitó para su revision.

Dijome que procedian del equipaje de un jóven oficial de Sanidad militar, que formando parte de la expedicion española á Conchinchina, falleció en tan lejano pais, legándole como recuerdo una porcion de cuadernos manuscritos y cuartillas sueltas, que formaban una carpeta, cuyo título, por su originalidad, me llamó la atencion. Era el siguiente: *Desde el otro mundo.—Historias que un muerto cuenta á los vivos.*

De ellas he dado una muestra á mis lectores. Quizá otro dia, si continúo su exámen, les proporcione otra.

Sin comentarios, aunque la *Historia de una rosa* se presta á ellos, la entrego al público, porque respeto mucho á los que se debe respetar.

Eso no obstante hago mias las apreciaciones contenidas en la misma, porque no temo que nadie me dispute su propiedad.

LAS PERSONAS DECENTES.

I.

Mi amigo Ernesto es uno de esos tipos que en ideas, costumbres y figura, tanto abundan en nuestra época.

Es un joven de buena cuna, lleva un apellido ilustre y posee una regular fortuna que le usufructua la mayor parte del tiempo un centenar de acreedores, que por moda mas que por otra cosa, se ha procurado.

Aparte de esto, Ernesto tiene un talento claro y un buen criterio, aunque no se dirige por él, pues siguiendo la misma senda de otros muchos, sostiene siempre precisamente lo contrario de lo que su razon le dicta, obra contra sus propias convicciones, y hasta aplaude los errores que confidencialmente reconoce despues. Esto hace que en ocasiones de pruebas de ingenio, razon como un dialéctico, y sentando su filosofía especial como él dice, se convierte, aunque por poco tiempo, en un joven sensato y digno de los elogios de toda persona razonable.

Pero esas intermitencias son en él poco duraderas, porque apenas se ha separado de la persona ó personas con quienes ha sostenido una conversacion seria, cuando ya no se acuerda ni aun de aquello que ha sostenido con mas calor.

Su conversacion es amena y grata en algunas ocasiones, y de ella pueden sacarse verdaderas máximas de

sana filosofía, que en boca de un atolondrado como él, son mucho mas curiosas y dignas de meditarse.

II.

Un dia Ernesto vino á verme. Venia vestido con arreglo al último figurin y con un junquillo de esos infinitesimales como los medicamentos homeopáticos: empezó á sacudir los libros y papeles que cubrian mi mesa.

—¿Qué haces? le pregunté.

—Sacudir el polvo, ya lo ves, no podria apoyar el codo en tu mesa sin recoger una carga de él, que estropearía mi traje á la *dernier*. ¿Qué te parece mi sombrero?

—Admirable.

—¿Y mi traje Bismarck?

—Elegantísimo.

—Vamos á ver, ¿qué tienes entre manos?

—Un libro.

—Hombre, ya lo veo; ¿pero qué libro es?

—*Las Meditaciones* de Lamartine.

—¡Oh! Lamartine, un gran poeta, un buen historiador. Pero se me ocurre una cosa: ¿tienes humor de discusiones?

—Contigo siempre.

—Pues vamos á discutir. Y, á propósito, dame un cigarro, porque ya me ves media hora y aun no has tenido la amabilidad de ofrecérmelo.

—Tienes razon, dispensa.

Abrí un cajon y saqué dos cigarros, de los que di uno á Ernesto. Este sacó del bolsillo una carta, la rolló entre sus manos y aplicó un extremo á la cerilla que yo

habia encendido. Me fijé en esta operacion, y ví que el sobre estaba escrito, al parecer, por mano de una muger.

—¡Hola, hola! billetitos amorosos, gran invencion, sorber las protestas y los juramentos de alguna beldad con las bocanadas de humo de una riquísima breva; dije al ver que lo empleaba para encender su cigarro.

—Te equivocas, no es nada de eso, es un anónimo que me han dirigido. Y á propósito de esto, á tí como á mí y como á todo el mundo, te habrán espetado veinte mil veces la frase sacramental de *persona decente*, con que generalmente se bautizan los que menos tienen de eso. ¿Qué te parece del autor de este anónimo?

Y apagó un resto de la carta que la llama iba consumiendo, la desdobló y me hizo leer su contenido.

A las dos primeras líneas rechacé el papel medio quemado. Era un escrito grosero, soez, tabernario, escrito digno solamente de personas de baja estofa.

—Esto es una indecencia. ¿Y sabes quién es su autor?

—Lo sospecho.

—¿Y qué piensas hacer?

—Despreciarlo.

—Harás muy bien. Es la respuesta que merecen los cobardes, porque el que escribe un anónimo insultando, no es otra cosa que un miserable y un cobarde.

—Pues ese además es *persona decente*, á lo menos así lo dice él á todo el mundo y lo repite hasta la saciedad.

—Nuestra sociedad está llena de anomalías. Ese individuo será un quidam que con ínsulas de marqués tendrá buena acogida en todas partes, porque vestirá un traje elegante como tú, y como tú tendrá humos de calavera.

—Siempre has de estar hecho un censor.

—Qué quieres, hijo, desengaños.

—Y por eso estás siempre en contra mía como un inquisidor.

—No sé por qué dices eso, cuando sabes soy tu amigo, y aunque no necesitas de mí para nada, me tienes siempre dispuesto á tu servicio. Si eso es ser severo como un inquisidor, confieso que tu calificacion me cuadra perfectamente.

—Gracias, gracias, dijo Ernesto estrechando mi mano con efusion; pero olvidamos nuestra proyectada discusion. ¿Te parece buen tema el asunto de que estamos tratando?

—No me parece malo. Un punto eminentemente social, que deberia ser dilucidado por todos los que llamándose á sí mismos filósofos, critican las costumbres de antaño, cuando para las de ogaño no tienen ni una palabra de censura.

—Pues se abre la discusion, dijo Ernesto con énfasis.

—Tiene la palabra el señor.... añadió yo.

III.

Y Ernesto empezó á hablar en estos términos.

—Hemos visto sucederse unas tras otras las sociedades, como se suceden las estaciones, como se sucede el tiempo, y lo único que las ha distinguido unas de otras es en su forma, las costumbres, el lenguaje, los trajes, las maneras; porque en el fondo todas las sociedades poco mas ó menos han venido á ser la misma cosa. Sin detenerme á analizar las distintas clases de que se compone una sociedad, porque en ese particular soy de los

que tienen la convicción de que en toda sociedad bien organizada ha de haber clases, como las hay, las ha habido y las habrá, á pesar de la iracundia de ciertos hombres que no saben lo que desean ni lo que piden, me limitaré á un punto dado; al lenguaje, que es el que constituye la esencia típica de nuestra época.

En nuestra sociedad ilustrada se usa de una fraseología, que hoy está ya en boca de todos, y ese lenguaje figurado, metafórico, es una verdadera hipérbole, una exageración que ni siquiera, á veces, tiene forma de sentido comun.

La lógica que preside las relaciones de la sociedad actual, es acomodaticia, de goma elástica, diré mejor aunque me valga de una expresión vulgar; porque en algunas ocasiones las faltas son méritos, perfecciones, y en otras las buenas cualidades defectos. Un ejemplo.

El condesito B.... es un necio forrado de millones, juega en el casino, gasta su dinero en caballos, carruajes, apuestas, banquetes, en una palabra, derrocha el sano caudal que le dejaron sus padres; y eso que no le conduce á otra cosa que á la ruina mas ó menos próxima, pero segura, es aplaudido por los infinitos parásitos á quienes mantiene su prodigalidad. Todo lo que hace el condesito está bien hecho, *es lógico*; todo lo que dice tiene *chic* aunque sea una sandez; todo lo que lleva es elegante, es de buen tono aunque á veces vista al igual de su picador. En todos los círculos se le cita como un tipo de nobleza, esplendidez y generosidad; en una palabra, hasta para el vulgo es una *persona decente*. El joven vizconde de S.... es juicioso, metódico, arreglado. Gasta lo que su clase exige y nada mas, y si algun

extraordinario hace es para instruirse, pues es estudioso y amante de las artes y de las letras, que cultiva por placer. No tiene distracciones, no juega en el casino, no dá banquetes, no derrocha en carruajes ni en caballos, y su claro talento lo pone á cubierto de primos, á los que sabe esquivar de una manera muy política. Pues bien, todas esas apreciables cualidades son defectos; la crítica sandia de los que se llaman hombres de moda, le califican de mezquino, miserable, tacaño, y hasta le llamarían usurero si prestara dinero á alguien aunque fuera graciosamente. Para todos, aunque el vizconde es sociable, amable en su trato, fino, obsequioso y tiene maneras de buena sociedad sin esa afectación chocante, para todos el vizconde es *cursi*, porque ó bien sus trajes no son todo lo exagerados que admiten los *liones* que ponen la moda, ó porque fuma cigarrillos de papel y no beben ni ponche, ó en fin, porque lleva siempre guantes blancos como su lacayo.

Aquí tienes dos frases usuales que están muy en boga, que todos pronuncian, que nadie sabe explicar sin embargo. Fulano, por ejemplo, es una *persona muy decente*, oirás decir en cualquier sociedad. Fijate en quien lo dice, averigua los antecedentes del elogiador y del elogiado. Resultado: el primero es uno de esos entes que son en la sociedad una especie de alabarderos; debe una cantidad algo crecida al que es objeto de sus elogios, que éste no le pide. El otro, es decir, la *persona muy decente*, es hijo de un sastre que hizo un fuerte capital cortando pantalones y chalecos y cobrando á sus parroquianos el importe con sus intereses; vive completamente á la moda, y por eso es merecedor del calificativo con que sus *amigos* le honran. Volvamos la

hoja, presentemos á los personajes por distinta faz.

El *persona decente* necesita dinero y se lo pide á su deudor, el que le pone en los cuernos de la luna.... Cayó de su pedestal el que recibia incienso; solo es un ídolo, un ídolo de despreciable barro, un usurpador, un intruso. Todo ¿por qué? Porque ha reclamado lo que era suyo. Ya no es persona decente, ya es un cursi, y si tiene puños, es solo por consiguiente respetado por los hacedores de reputaciones; no le faltarán anónimos, caricaturas y burlas de todo género. Esa es la aplicacion que se hace de la frase tan usual que en todas partes habrás oido.

Yo que tambien en algunas ocasiones he borroneado cuartillas, como decís vosotros los escritores, tengo un pequeño trabajo hecho sobre el asunto que ha motivado nuestra discusion, que someteré á tu fallo por si lo consideras digno de que vea la luz.

Calló Ernesto, y despues de una breve pausa le contesté:

—Nada tengo que objetar á lo que llevas dicho, porque estoy muy conforme con tus apreciaciones, y si algo podria decir sobre tu juicio, seria siempre en sentido ampliativo, pues es una verdad incontestable que la sociedad actual no juzga á los hombres por sus buenas cualidades, sino por sus defectos, y como los vicios están en alza, de ahí que la reputacion de *persona decente* proclamada hoy por la trompeta de la adulacion, sea poco honrosa, poco envidiable. Veré con el mayor gusto tu trabajo, que no dudo será digno de tí, y te daré francamente mi opinion sobre él. Solo siento que nuestra discusion termine hoy tan pronto. Pero tú mismo comprenderás, que donde hay conformidad de pare-

ceres, es inútil la discusion, y que la nuestra sobre este asunto no nos conduciría á nada.

Ernesto estuvo conforme á mi dictámen, y despues de conversar un poco mas, se despidió de mí, ofreciéndome que me traería su trabajo.

En efecto, cuatro ó cinco dias despues, volvió Ernesto con su manuscrito, que despues de leerlo detenidamente, me pareció á propósito para continuarlo á nuestra conversacion, que tenia escrita en forma de artículo.

Si alguna de las ideas que espresan los siguientes capítulos le parecen exajerados al lector, responsable hago de ello á mi amigo Ernesto, que me ha pedido con grandes instancias no variara ni siquiera una coma de su manuscrito, si es que el lenguaje me parecia decoroso y digno. En ese concepto vamos á insertar la obra de nuestro amigo.

COSAS DEL DIA.

I.

En un taller.

Se ha pintado la sociedad en globo, es decir, clases, costumbres, maneras y lenguaje.

Pero no se han estudiado detalles importantes, porque los pintores de costumbres se han desdeñado descender de su trono y confundirse entre la *plebe*, como llaman algunos á la clase proletaria.

Vamos nosotros á hacer lo que solo llama la atencion á algunos pocos. Vamos á bosquejar un cuadro de

costumbres de nuestros días ; asunto que hemos tomado de la vida real, y que cualquiera que se tome la molestia de estudiar la sociedad, verá palpablemente reproducirse las escenas que nos proponemos describir.

Dicho esto , empecemos....

Estamos en un taller de modista.

Cinco jóvenes oficialas cosen al rededor de una mesa, sobre la que se ven en confusion cintas, ovillos, tijeras, dedales, etc.

De las cinco jóvenes una es morena, otra rubia, dos pelinegras y la otra roja como una alemana del Norte.

Las cuatro representan una edad, que puede fijarse entre los diez y nueve á los veinticinco, y la otra es una niña de catorce años, desarrollada como una muger de veinte.

La morena se llama Juana, la rubia Manuela, las pelinegras Dorotea y Cristina y la roja Isabel. Entre ellas media el siguiente diálogo:

—Os digo con toda formalidad, decia Cristina, que el coracero pasa por mí.

—No sé qué motivo tengas para abrigar semejante creencia, respondió Dorotea, pues á mí tambien me mira mucho.

—Las dos os equivocais, repuso Juana, á mí me ha requereado dos veces en la Puerta del Sol.

—Qué presuntuosas sois, dijo Manuela; á mí me ha entregado un billete declarándome su amor, y sin embargo no creo en él.

—Haces muy bien, Manuela, en no creer eso, añadió Isabel con énfasis. El hijo de un general no puede amar mas que á una persona decente como yo, y demasiado

sabeis que la hija de un intendente que hoy por el rigor de su mala suerte se vé precisada á trabajar en casa de una modista, se ha criado en buenos pañales y ha paseado en coche. El coracero conoce á toda mi familia, que hoy me desprecia porque soy pobre, era mi prometido desde la niñez, me ama como yo le amo á él, y á pesar de su padre que se opone porque mi posicion de hoy no es como ayer, nos casaremos en cuanto sea capitán. Con que hacedme el favor de no ocuparos mas de mi novio, pues aunque aquí seamos todas iguales, fuera del taller ya veis que soy yo la única persona decente á quien ya veis que distingue sobre todas la maestra.

Callaron las cuatro modistillas, porque efectivamente Isabel tenia superioridad sobre ellas, y no era otra que el despejo natural de un talento medianamente cultivado entre los bastidores del teatro Real, al que en otro tiempo habia pertenecido en clase de corista.

—¿A qué tanta charla? dijo la maestra que habia oido la conversacion desde la trastienda; menos hablar y mas lijereza de manos quiero. Tú, Isabel, vas á llevar la cuenta á la marquesa del Viento, pues quiero cobrar antes que se marche á Biarritz.

Y le entregó un papel á la consabida, que se levantó, ahuecó su traje, cogió el manto, se lo puso delante del espejo, tomó el papel y salió á la calle.

—Veamos esto, se dijo cuando se encontró lejos del taller... *Tres mil treinta reales*. Magnífico. Ya tengo trescientos de ganancia. Vamos á ver á Gerónimo.

La *persona decente*, que así llamaremos á Isabel, se dirigió hácia la calle de Barrio Nuevo, y entró en casa de un memorialista que ocupaba un oscuro portal.

—Presto, Gerónimo, le dijo, dame una prueba de tu habilidad.

Y le dió la cuenta.

—Buena entrada, dijo el memorialista, que era un hombre alto y seco como un esqueleto, y con toda la facha de un pillo redomado. Trescientos reales; con unos cuantos golpes como este tendremos los tres mil duros. Dí, ¿y cuándo nos casamos?

—Calla imbécil, ¿quieres que lo hagamos con solo tres mil duros?

—Ya se vé que sí. Nunca podíamos aspirar á tanto una inclusera y un ex-pensionista del gran colegio de Ceuta.

—No digas esas cosas, ahora somos dos personas decentes; tú eres un calígrafo pensionado por las Córtes, y yo....

—Una hija de cierto intendente que sirvió á D. Carlos y murió en la emigracion.

—Bien, bien hablado, pero despacha presto.

El memorialista cogió la pluma, y cinco minutos despues la suma total de la cuenta de la marquesa del Viento era la de tres mil trescientos treinta reales.

—Muy bien, cada dia mejor; progresas, Gerónimo, progresas, dijo la modista examinando el trabajo. Me voy, hasta la noche en el sitio de costumbre.

—Adios, dijo el memorialista, y se quedó liando tranquilamente un cigarrillo de papel como si acabara de hacer un milagro.

La modista fué á casa la marquesa, presentó la cuenta al mayordomo, y éste le entregó su importe en hermosas onzas de oro.

A su regreso, la *persona decente* dejó quince duros

en poder de cierta preñera que era su administradora.

Las demás oficialas del taller tenían á Isabel cierto respeto porque blasonaba de *persona decente*.

II.

En el teatro.

Dos corpulentos señores ocupan otras tantas butacas del teatro Real.

—¡Qué insoportable es el marqués! dice el uno; ¡porque tiene una antigua ejecutoria se figura que solo él es caballero!

—Tienes razon, respondió el otro, y al fin y al cabo es un marqués tronado. ¿Y cómo estás de tu negocio? ¿Te has convenido con él para la compra de su título?

—Por cuatro mil reales está la diferencia tan solo.

—¿Y por esa bicoca tardas en ser marqués?

—Qué quieres; ¿no vacilas tú por mil para obtener la gran cruz?

—Es verdad, y cree que me parece que en esto no procedemos como dos personas decentes.

—Pues si tú te decides, yo tambien, dijo el marqués en ciernes, en un arranque de desprendimiento.

—Decidido, respondió el futuro escelencia, tiraré mil reales.

—¿Palabra?

—Palabra de.... Ya se me iba á escapar.

—Ten cuidado, hombre, ten cuidado que te comprometes. Es preciso que cada uno se haga cargo de su posicion.

—Tienes razon, pero si nuestros amigos del Casino supieran que tú has hecho el capital capando gallos en

Nueva Orleans, y yo confeccionando letrinas mecánicas en la Habana, no querrian saludarnos, ni aun á trueque de que les estuviéramos convidando todos los dias.

—Calla, imprudente, que alguien puede oírte, y tu lenguaje no es propio de persona decente.

Y el futuro escelencia y el marqués en ciernes, continuaron su conversacion *soto voce*.

III.

Entre amigos.

—Digo á V., D. Higinio, que me es imposible dar á usted ni un real más por su alhaja.

—Pero, amigo D. Heladio, V. no se hace cargo de que esta magnífica tabaquera, es un regalo que le hizo al primer marido de mi difunta esposa el generoso y espléndido príncipe de la Paz. Repare V., aquí está su cifra de brillantes bajo una corona de rubíes.

--Todo eso está muy bien, pero esas alhajas hoy no tienen valor alguno, y si yo las adquiero, es únicamente con el objeto de formar un museo de antigüedades. Además, que yo creo que me supone V. su amigo, y soy demasiado persona decente para ir á especular despues con una antigualla. Daré á V. los diez mil reales, pero ni un céntimo más.

—Pero, hombre de Dios, ¿no repara V. que estos diamantes valen la mitad? ¿Si me los devolviera, como hizo con los de las hebillas?

—No tengo inconveniente, pero se convencerá V. despues que no le dan nada por ellos, como sucedió con los primeros.

—Es verdad que no me daban nada, por eso se los regalé á una antigua amiga mia que se ha mandado hacer un aderezo con ellos.

—Conque cuando V. quiera firmarme el recibo...

—Pero, D. Heladio...

—Es verdad, V. dispense... Soy tan formal en mis cosas... procedo siempre con tanta delicadeza, que, créame V... no quiero abdicar mi rango de persona decente por todos los tesoros del mundo.

—Hace V. bien; lo mismo hago yo, y además entre amigos...

—Sí, eso es, entre amigos. Conque tome V. los diez mil reales, cuente los diamantes que hay en la tapa de la tabaquera, y mañana á esta hora venga V. por ellos, que ya estarán desengastados.

—Bien, Sr. D. Heladio, mañana volveré por las piedras, y doy á V. un millón de gracias por el favor.

—Desde luego que puede V. estar persuadido que á no ser por un amigo, no haría yo el sacrificio de desprenderme de esa cantidad en las actuales circunstancias de escasez metálica.

—Repito las gracias, D. Heladio.

—Adios, D. Higinio, contestó aquel, estrechándole la mano que el otro le tendía.

Y se separaron.

—¡Hola! Pietro, sal pronto.

Una pequeña puerta se abrió, y un mozancon alto y desgarbado apareció en el despacho donde acababa de tener lugar el anterior diálogo.

—*Signori che comanda.*

—Pronto, desengasta esos diamantes, busca en la colección de piedras francesas que tenemos, otras tantas que sean exactamente iguales, y tráelas.

—*Subito.*

El mozancon, que no era otra cosa que un lapidario italiano que D. Heladio tenía como ayuda de cámara á su servicio, tomó la tabaquera y fue á cumplir la orden de su amo.

Al día siguiente D. Higinio recojió sus piedras, que él creía los verdaderos diamantes.

—Qué buen hombre es este D. Heladio, decía al retirarse; me dá diez mil reales y los diamantes, por una antigualla que nadie ha querido.

—Qué infeliz es D. Higinio, decía el otro; me ha vendido una alhaja de mucho mérito, creyendo que yo le hacia un gran favor comprándosela, cuando aun no le he dado la cuarta parte de su valor. ¡De cuánto sirve guardar la verdadera circunspeccion de una persona decente!

IV.

En un café.

—Es V. un grosero.

—Y V. un indecente.

Un bofeton fue la contestacion.

—Caballero, ahí tiene V. mi tarjeta; nos batiremos á muerte, ¿lo oye V.?

—Como V. quiera, contestó el otro, calándose el lente para leer la tarjeta.

—Sí, señor, á muerte... Las personas decentes no promueven escándalos en los parajes públicos, y con la espada en la mano vindican su honor.

—¿Qué está V. hablando de honor; ni cómo tiene V. vergüenza de creerse persona decente?

—¡Pero, caballero! ¿acaso rehusaria V. batirse?

—Con V., sí. Responda V. ¿Su nombre es Angel Lopez?

—Así me llamo.

—Pues celebros encontrarle. Caballeros, dijo volviéndose hácia el grupo que el altercado habia formado alrededor de los contendientes. El señor, y señaló al abofeteado, fue cajero de la casa de comercio que mi padre tie-

ne establecida en Bilbao, durante una ausencia mia á las Antillas. Aprovechando la ilimitada confianza de su principal, que le creía un jóven laborioso y honrado, alijó diez mil duros, y se largó con ellos. Mi padre no ha querido que se le persiguiera, y aunque yo he practicado algunas indagaciones para encontrarle, no he podido conseguirlo hasta ahora. Respetando la voluntad del autor de mis dias, no le entregaré á los tribunales, pero queria quitarle la máscara que lleva, y creo que con el bofetón que acabo de sacudirle lo he conseguido ya. Vaya V. á otra parte donde no le conozcan y no vuelva por aqui hasta que haya aprendido á ser hombre honrado, que entonces podrá llamarse con razon, persona decente.

El abofeteado escurrió el bulto, como vulgarmente suele decirse, y diez minutos despues no se notaba ya en el café, ni la más leve señal de lo que habia ocurrido.

V.

Corolario.

Tal es nuestra sociedad, tales son, pintados á grandes rasgos, el *inter vobis* de sus grandes escenas. El no querer confesar ciertas cosas hace que acumulándose circunstancias y circunstancias, compongan un todo, cuya descomposicion y análisis estén al alcance de cualquier observador.

No se llame pesimista al que pinte las cosas con sus verdaderos colores. La verdad debe sobreponerse á las consideraciones, que por otra parte solo son una farsa. La perfectibilidad humana es imposible; pero al menos que la verdad no tenga que vivir entre nosotros como una forastera perseguida por todos. En una palabra, creemos que es ya tiempo que eso no sea un contrabando.

¿De qué sirve aparentar una cosa y ser otra? ¡Si al menos no hubiera de descubrirse el engaño! Pero en el supuesto que nuestro siglo sea el de las luces, ¿cómo se comprende que haya tantos ciegos y miopes de inteligencia que vivan con la ilusión de que no se les conozca como al célebre asno de la fábula, cuando se cubrió con la piel del león? A una vanidad tan desmedida, corresponde una franqueza inusitada. Esto es consecuencia de aquello. Con que paciencia y barajar, ó de otro modo, quien no sea cofrade que cirio no tome. He dicho.

Hasta aquí llegaba el manuscrito de Ernesto. Ya dije en un principio, que mi amigo era un escéntrico en toda la estension de la palabra. Por lo tanto, el discreto lector dará á sus juicios el valor que crea oportuno; aunque no se podrá menos de convenir en la exactitud de algunos detalles que el buen observador podrá ver en accion si estudia nuestra sociedad actual.

MEMORIAS DE UN ESCÉPTICO.

(APUNTES PARA UNA NOVELA.)

Luis del Valle era un jóven de noble corazon, elevados sentimientos, recto juicio, pero de una imajinacion por demás volcánica y de un alma escesivamente impresionable.

Luis era poeta, no solo de corazon y de sentimiento, sino porque hacia versos, pero unos versos tan dulces, tan impregnados de ese suave y misterioso aroma que emana de las creaciones de un alma grande, que cuantas personas amantes de la poesia leian u oian leer los versos de Luis, no podian menos de esclamar llenas de entusiasmo á la vez que de pena:—¡Pobre jóven! En vano buscarás la realidad de tus creaciones, en vano creerás haber encontrado ese ideal que sueñas, amarga ha de ser tu decepcion. En el planeta en que vives solo se encuentra miseria, ruindad y orgullo.

Y era cierto. Luis vivia soñando. Cual otro Petrarca habia concebido una Laura, que con afan buscaba su corazon, ávido de amor y rebosando ternura. Así llegó á los treinta años.

Espronceda ha dicho:

. treinta años,
funesta edad de amargos desengaños.

Y funesta fue esa cifra para Luis. ¡Tropezó con una mujer! ¡Pero qué mujer!... Su rostro era el de un ángel, pero su alma era una verdadera encarnacion de Satan. Luis la amó, digo mal, la adoró como se adora á Dios, y

cuando la esencia de su corazon, su vitalidad habia sido absorbida por aquel vampiro con faldas, el idolo del pobre poeta descendió del pedestal para patentizar lo despreciable de su sér. Aquella mujer era una coqueta, nada más que una coqueta que cegaba á los hombres con la mágia de una hermosura robada al genio del mal. ¡Pobre Luis! Despertó de su sueño, pero despertó escéptico. El, que habia sido un alma cándida encerrada en el cuerpo de un hombre de talento no comun, se convirtió en un áspid que do quiera dejaba huellas de la hiel de un corazon envenenado, por la que impunemente lo habia destrozado fibra por fibra... ¡Pobre poeta! Dulce fue el ensueño de tu juventud, cruento y desolador el despertar de esos ensueños de pasion y ternura.

El oculto poder que destruye las más robustas naturalezas, el fuerte vendabal que troncha el altivo cedro, el bramador torrente que arrastra las inmensas moles de granito que á su paso encuentra, son causas menos prepotentes que la que mató la fe de tu alma, apagó el faro de la esperanza que guiaba tus pasos, y ahogó en el mar de amargura que inundó tu corazon la cristiana caridad que antes habia sido tu emblema. ¡Y todo por una mujer!... ¡Ah! ¡las mujeres!... Insondable abismo, en el fondo del cual se halla más bien la desventura que la felicidad...

Luis no paró en escéptico, á la vuelta de un año estaba hipocondriaco, y á los dos su familia lloraba su pérdida. Desde que Luis sintió emponzoñada su vida por el hálito embriagador de una mujer, sufrió una completa trasformacion. De amable, cariñoso y complaciente que era antes, se convirtió en hosco, retraido y poco servicial. Pasaba sus dias sumido en triste meditacion. De vez en cuando brillaba en sus pupilas una ráfaga de inspiracion, pero pronto una lágrima apagaba ese fuego y corría diáfana por sus pálidas mejillas. Entonces suspiraba

y sus lábios murmuraban un nombre, el de la mujer que moralmente le habia asesinado.

La anciana madre de Luis, que sabia que otro de mis defectos era el de borrar cuartillas para el público, me entregó un dia un cuaderno manuscrito; eran las memorias de su hijo.

Su lectura ponía de una manera evidente á la vista del menos diestro en sondear eso que se llaman misterios del corazón humano, la causa de la irreparable pérdida que habían sufrido las letras, una apreciable familia y el corto pero escogido número de los que se honraban con la amistad del malogrado joven. Esa causa mis lectoras la adivinarán, esa causa era el amor.

Dejaré al infeliz escéptico que revele sus impresiones, que comunique sus esperanzas y que exhale su dolor. Empero resumiré el diario de Luis, porque hay confidencias de tal naturaleza que sin tener nada reprehensible sonrojarian al mismo que las confia en el papel si posible fuera que otro que él pudiera comunicarlas.

I.

Lasciate ogni speranza.

DANTE.

«¡Maldita seas!... ¡Oh! ¿qué digo?... ¡Infame!... ¡Infame! ¿Qué mal te habia hecho yo que te adoraba como si fueras el ángel de mi vida?... ¿Por qué embriagarme de amor para arrojarme despues al ludibrio de una sociedad menguada y descreída, que aplaude tu hermosura para escarnecer despues tu nombre? Tú me robaste la vida, devuélvemela, que ya no te pertenece. Tú me quitaste la voluntad, y, hoy á pesar mio solo sé amarte, cuando mi dolor me hace maldecirte... Tú te apoderaste de mi memoria, y esta solo sabe hoy evocar tu recuerdo, que

yo quisiera condenar á un eterno olvido... ¡Ah! ¿por qué te he visto? ¿por qué te he conocido? ¿por qué tus ojos mintieron un amor que no puede sentir un corazón como el tuyo, desprovisto de todo generoso sentimiento, de esos que en la mujer son cual la tabla que salva al infeliz náufrago que lucha con las olas embravecidas del furioso Océano?... Tú no eres mujer, tú eres una de esas hermosas boas de mil colores, que, enroscadas en los finos troncos de la frondosa acacia, atrae con sus brillantes colores y su magnética mirada al ignorante indio que la contempla fascinado, para ser despues presa de su voracidad... Así eres tú... Hermosa mujer, abortada por el infierno, cruzas los floridos senderos de la vida para hacer víctimas con tu incitante hermosura, que cual cebo de una felicidad propia del reino de las tinieblas, empieza por un mentido amor que sabes hacer sentir á los que te propones sacrificar... ¡Ah! ¡por qué te habré amado yo!»

II.

«¡Oh! sí, la amo... La amo como la flor en la estación canicular ama al rocío de la mañana, como la abeja ama la flor que le dá vida, como se ama la luz, como se ama la gloria... ¡Y cómo no amarla si es tan hermosa! Tienen sus negros ojos tal encanto, que la misma Venus se los envidiaría si á contemplarlos llegara. Su cabello, negro como las alas del cuervo, cae en pequeños rizos sobre su frente espaciosa. Su tez, blanca y suave, parece el hermoso rosicler de la aurora, esos nacarados arreboles con que nos anuncia su nacimiento el astro diurno. Sus cejas arqueadas sirven de perfecto cornisamiento á dos no menos perfectos alvéolos que encierran dos ojos negros como el azabache y encubiertos por magnificas pestañas. Su nariz de severo perfil griego, y su boca pequeña y

sonrosada como una fresa partida en dos mitades iguales, encierra dos rastras de perlas engarzadas en coral rosa. Su seno mórbido y palpitante esconde tesoros de belleza que el profano no puede admirar. Su mano encanta y su pié seduce. Aquella es de forma perfecta, este hechiza por su pequeñez y por su forma bellísima, estéticamente irreprochable.»

«Si ríe, con su risa mata... Si llora, con sus lágrimas conmueve á las piedras... Si habla, es de una manera muy discreta y oportuna... ¿Cómo es posible no amar á una mujer así?»

III.

*¡Maldito corazón! de amor no cesa
por más que el desengaño te condena,
y logras solo en tu obstinada empresa
de la hiel apurar la copa llena.*

«Si; yo la amé, la amé como me había enseñado mi madre á amar á los ángeles cuando en mi infancia me adormecía sobre su regazo oyéndola describir su belleza. Ví á esa mujer, y la juzgué un ángel como los que velaban mis sueños de la niñez. En mi fe, en mi entusiasmo por lo bello, no concebía que puede suceder que la mentira tome las formas incitantes de la belleza; que la mujer de cuyos ojos irradia ese dulce magnetismo que adormece el alma de placer, pueda tener el corazón seco, pueda ser uno de esos soles apagados de que nos hablan los astrónomos. No creía eso posible, y luego tuve que decir cuando mi alma rebotaba amor.»

. lástima grande
que no sea verdad tanta belleza.

«Ya era tarde. Llevaba en mi corazón el hielo de la muerte, que no era suficiente con su destructor poder

á apagar el volcan que habia hecho estallar aquel *ángel caído*. ¡Oh! Espronceda, comprendo tu escepticismo!»

IV.

*Hermoso es el amor, de dicha un cielo,
si en una funde dos almas á la par,
mas si se encuentra un corazon de hielo,
entonces en suplicio conviértese el amar.*

«Y es la verdad. El amor, delicia que al mortal rara vez le es dado disfrutar, se rige por misteriosas leyes impuestas sin duda por quien se goza en proporcionar á las criaturas todo linaje de contrariedades. Sucede con frecuencia que se ama instintivamente, y por recompensa á una pasion que nace sin saber de qué, se reciben desengaños, decepciones. Yo creia en el amor, y, *ella*, que lo alimentó en mi alma con sus dulces miradas, me ha hecho ateo sin extinguir por eso la pasion que me consume. ¡Cuán triste es vivir sin la risueña esperanza de que el corazon que ha hecho latir la vívida mirada de una bella, no ha de encontrar la reciprocidad que únicamente puede darle vida! Para vivir así es cien veces preferible la muerte... A ese extremo se llega cuando se tropieza con un corazon de hielo... Se pierde todo, todo, hasta la esperanza de vivir...»

V.

*Sin amor, sin esperanza,
¿de qué aprovecha el vivir?
Es preferible el morir,
que así al menos se descansa.*

«Necio fuera vivir relegando las facultades del alma

á una completa pasividad; pues poco menos que eso es vivir sin esperanza y sin amor. Hay afectos que nacen y no satisfacen, y hay tambien sentimientos tan encarnados con la vida del mortal, que despojar á este de tan grato consorcio, es quitar á la vida el principal elemento de conservacion. ¿Dónde, pues, dirigirse cuando muerto el corazon se vive automáticamente? Al templo de la gloria, á la inmortalidad. El sér á quien sus semejantes matan el gérmen de sus nobles aspiraciones, tiene un deber; el de morir por su patria.»

VI.

*Por la patria morir solo le es dado
á aquel cuyo pecho empedernido
al dulce sentimiento está cerrado
de ser hijo, ser padre, ó ser marido.*

«¿Creeis en el patriotismo?... El patriotismo no existe, es un mito. Se concibe el amor á la patria, porque existe la familia, existe el hogar doméstico, existen esas dulces y tiernas afecciones que forman de la vida una interminable cadena, cuyos extremos jamás se pueden unir. Quitadle al hombre todo eso, y no amará ni su propia existencia, á pesar del instinto de conservacion peculiar á todo lo perecedero. Leonidas y sus espartanos fueron héroes, porque peleaban por sus padres, por sus esposas ó por sus hijos. Era cuestion resolutiva, y no habia más recurso que vencer ó morir. Si se hubiera conocido la diplomacia no hubieran dado tan espontáneamente su vida por la patria. Por eso en el siglo XIX, el siglo de los patriotas, es el patriotismo ambicion, y nada más que ambicion. Satisfaced las exigencias de todos los que chillan y se llaman patriotas, y estoy seguro de que al fin hasta se olvidan del pais que fue su cuna, ó les

será indiferente vivir en él ó en otro cualquiera... ¿Cuál será, pues, el refugio del que vive sin esperanza y sin amor?... La ciencia.»

VII.

*Astro brillante que nuestros pasos guia,
diz que la ciencia es;
por eso el que á ella se confia
suele tambien perderse alguna vez.*

«Responded á mi pregunta, sábios de todas las edades; ¿habeis encontrado ese inapreciable tesoro que se llama felicidad en vuestras elucubraciones científicas? ¡Aterrador silencio!... He registrado los anales de todos los países y de todos los tiempos, y mi curiosidad no ha podido satisfacerse. Podria citar un centenar de nombres que representan mucho, pero que suponen lo que se les quiere atribuir. Solo uno, un genio, cuya doble celebridad es aun á través de los siglos la admiracion del mundo inteligente y apreciador de lo bello. Ese brilló como un metéoro, su fugaz existencia fue empero feliz porque amó y poseyó el amor de un ángel, cuya divina hermosura es todavía el encanto de todas las naciones. Sus dos nombres solo son la sublime epopeya de ese *quid divinum*, al que aspira el mortal desde que su razon despierta al sentimiento ó la exuberancia de este adormece, aletarga la razon. Rafael... La Fornarina... Breve fue vuestra dicha, pero al fin gozasteis. Si pudiéramos escrutar el corazon humano, seguramente no encontraríamos otros dos que les hubiera cabido más porcion de felicidad.»

VIII.

*Creo en Dios solamente, y en mi pecho
á otra creencia entrada no daré,
que por crédulo, á ver solo logré
mi propio corazon pedazos hecho.*

«Fuente de redencion, yo te saludo; sin tu amparo divino se hubiera estrellado mi vida en los arrecifes de la amargura, como se estrella la débil barquichuela en las rocas de la costa, cuando el embravecido mar juguetea con ella. A ti debo ese destello de luz que infundió en mi alma la cristiana resignacion de que fuiste sublime modelo. Amé, y el desengaño vertió en mi alma la ponzoña que envenena la existencia del sér que sufre, y amo aun... pero creo... solo en ti... y espero en tu misericordia, en tu justicia que brilla más que el sol de la felicidad... Diré, Señor, lo que el Rey-Profeta:—*Júzgame segun tu misericordia, no segun mis iniquidades.*— Mi vida se estingue. ¡Oh! tú mujer á quien tanto amo, tú que laceraste mi alma con la ingratitud mayor, recibe mi perdon con mi último suspiro... Yo te amo... yo te amo... Perdonadla, Dios mio, y caiga sobre mi cabeza el rayo de vuestra indignacion destinado á ella... era mi vida... que sea yo al menos ahora su salvacion, y su alma, que rechazó á la mia acá en la tierra, pueda en la mansion de la eterna felicidad disfrutar de la dicha de los escogidos.»

.....

Cuando llegaba aquí el manuscrito de Luis del Valle, cambiaba completamente de forma y de estilo. Era una continua plegaria á Dios, y, no por él, por la mujer que empujaba en hora temprana su juventud á la tumba.

Postrado en el lecho, próximo á su fin, Luis, sin perder del todo su escepticismo, sin dejar de ser lo que habia sido, era un fervoroso creyente. El nombre de Dios era para él un néctar de consuelo que dulcificaba su agonia. Poco á poco su alma, remontándose á las celestes rejiones, se iba identificando con el ángel que habia sido su perpétuo ensueño. Aquella mujer concluia donde empezaba Dios. Sus dos nombres unidos fueron las dos últimas palabras que pronunció. Luis murió como habia vivido, delirando.

Quizá habrá entristecido á mis lectores, pero amigo de todo el que sufre, porque yo tambien he sufrido, no he podido resistir la tentacion de contarles á grandes rasgos, la vida de un hombre que vivió padeciendo porque tuvo demasiado corazon. ¡Quedan tan pocos, que va siendo cosa rara hacer público el ejemplar del hombre del sentimiento, como decia Horacio al que demostraba tener corazon!

UN PACTO CON MEFISTÓFELES.

RECUERDOS DE UN SUEÑO QUE TUVE YO.

Pocos de mis lectores habrá que no hayan oido pronunciar, aunque no sea más que una vez, el nombre de Goethe; así como algunos de entre ellos que tengan noticia ó conozcan el poema que ha inmortalizado su nombre; ó cuando menos el moderno *spartito* que ha estado haciendo las delicias de los *dilettanti* del teatro Real y del Liceo de Barcelona. El poema de Goethe tiene bellezas que no es dable imitar por lo mismo que no es fácil comprenderlas, del mismo modo la partitura de Gounod tiene armonías que hacen sentir á los amantes de la bella música emociones difíciles de analizar. Uno y otro sumergen el espíritu en una vida ilusoria, fantástica, digámoslo mejor, al presentar á nuestra vista cuadros, producto de una imaginacion brillante, escesivamente fuerte, vigorosa, para la vida de un pobre mortal.

Era más de media noche y aun me hallaba leyendo, á la clara luz de una lámpara de petróleo, el poema de Goethe. Procuraba analizar el fondo del pensamiento del autor, al presentarnos la envejecida figura del doctor Fausto, acompañado siempre de su perro *Prestigiarius*, en el retirado aposento de un gótico castillo. En aquel hombre, que despues de tantos estudios, de tantas vigili-
as y de tantos trabajos, duda de todo, niega la filosofía, la jurisprudencia y la teología; maldice la medicina y la alquimia, y desconociendo el poder del Hacedor Supremo, busca la luz en el ángel de las tinieblas, solo pue-

de verse la fría y despreciable encarnación del ateísmo.

Meditando me hallaba sobre esto, cuando se abrió la puerta de mi gabinete y un extraño personaje se presentó á mi vista.

Era un hombre que repugnaba mirarlo frente a frente, vestido con un traje de la época de Enrique III de Francia, llevando altas botas con espuelas que, como su traje, eran negras. Por entre sus piernas asomaba una cosa larga y delgada, que por su flexibilidad me pareció un látigo.

II.

—¿Qué se le ofrece á V., caballero? le pregunté.

—Acudo á tu llamamiento, contestó.

—¡Cómo! ¿yo he llamado á V.?

—Ya se ve, sino, no acudiría.

—¿Pero por qué me tuteais? ¿Quién sois?

—Soy Mefiistófeles.

Al oír este nombre me santigué maquinalmente.

—Despacio con lo que haces, dijo retrocediendo dos pasos, vengo solamente como amigo, para darte á conocer mi poder.

—No lo deseo.

—Si tal, tú quisieras dar un paseo por el mundo como mi amigo el doctor Fausto.

—No tengo humor de viajes.

—¿Quisieras más conocer algunos misterios de la sociedad en que vives?

—Quién sabe...

—Pues firma esto, y desde luego serás invisible y podrás entrar y salir sin ser visto ni incomodado por nadie, y de este modo tendrás el gusto de ver á tus semejantes sin careta.

—¿Pero eso, á qué me compromete?

—A nada, ya ves que está en blanco, y para garantirme más mi buena fe, te daré un seguro en que renuncio á cualquiera reclamacion que pueda hacerte en pago del pequeño favor que te concederé.

Mefistófeles iba siendo muy amable y demostraba además la mayor candidez que hizo desvanecer las dudas que aun me quedaban. Tomé los documentos, eran dos pedazos de pergamino; el uno estaba en blanco y el otro escrito con estraños caracteres y firmado y sellado.

No vacilé más. Firmé el uno y se lo devolví guardándome el otro.

—Eres ya invisible, dijo, hasta más ver.
Y desapareció.

III.

Quedéme algo confuso y turbado, aunque pronto me repuse, y para probar si Mefistófeles tenia el poder de hacer invisible, me lancé á la calle.

La noche estaba serena. Por todas partes reinaba la tranquilidad, todo era silencio. Las calles estaban desiertas. Alguno que otro coche cruzaba á escape por ellas, llevando á sus dueños en busca del lecho del que ya anticipadamente disfrutaban.

Abalancéme á uno de ellos que no iba tan aprisa, y resuelto á todo abri la portezuela y me metí dentro. Una mujer envuelta en un blanco abrigo de cachemir, dormitaba en el testero. Yo me senté en frente.

A la ténue luz de los faroles, pude ver su cabeza reclinada en un ángulo del carruaje. Parecia fatigada, pues dormia más con el sueño del cansancio que con el de la pèzeza.

A los pocos minutos el carruaje paró. Sonó un aldazo en una puerta y en seguida se oyó rechinar ésta al

abrirse. La portezuela del carruaje se abrió á su vez y un lacayo sombrero en mano dijo desde ella:

—Señora condesa, cuando vuesaencia guste, hemos llegado.

La dama abrió los ojos y se incorporó. Yo salté del carruaje en seguida. El lacayo no se fijó en mí.

La condesa, recojiéndose su largo vestido, se apeó, exhibiéndome al hacerlo un diminuto pié, calzado con una elegante botita de raso blanco, con lazos y adornos del mismo color.

—Ramon, mañana el coche á las dos, que no falte, dijo, y se entró en la casa. Yo la seguí, sin que al parecer se fijase en mí. Verdaderamente era invisible.

Deseaba saber quién era aquella mujer á la que llamaban condesa y daban el tratamiento de escelencia. No sabia si era jóven ó vieja, fea ó bonita; la curiosidad me agujoneaba más que otra cosa.

Llamó al primer piso y una doncella bastante regular salió á abrir con una palmatoria en la mano.

La condesa entró, y precedida por su doncella, despues de atravesar dos ó tres piezas amuebladas con lujo, me encontré en su dormitorio.

Allí se despojó de su abrigo y pude verla bien. La doncella encendió un candelabro de tres bugías, y á la claridad de esta triple luz, empecé á hacer el exámen de mi desconocida.

IV.

La condesa estaba ya en el otoño de la vida, aunque ataviada elegantemente y con todos los recursos que presta el tocador, aparentaba menos edad de la que en realidad tenia; era una de esas mujeres que caminando ya para la respetable cifra que representa medio siglo,

alaviadas y compuestas con todo lo que la moda inventa para disfrazar los años, se les puede echar á lo más treinta ó treinta y cinco.

Pronto conocí en ella á una de las beldades que hacían furor en la corte y tras la cual había siempre un numeroso séquito de gallos y pollos que se disputaban su conquista. La condesa era una de esas mujeres á las que dedican los poetas tiernas endechas, porque su hermosura deslumbra á primera vista.

Mas á medida que la doncella la iba desnudando, perdía gradualmente su belleza aquella renombrada hermosura.

Las almohadillas de los pechos y caderas, el pelo de muerto, como dice Castro y Serrano, la crinolina y otra infinidad de cosas subtersticias, constituían la belleza de aquella mujer.

Eché una mirada á su tocador y entre una porcion de elegantes botes de pomadas y esencias descubrí dos pocillos de pintor con sus pequeñas brochecitas conteniendo carmin y albayalde. Un tarrito de cristal tallado tenía esta etiqueta: *Grasa de Microcebe para teñir y fortalecer el cabello*. Otra botella de un liquido blanco decía: *Agua de Barcelona para blanquear y suavizar el cutis*; tampoco faltaba la esencial caja de *Poudre de riz* que empezó por servir para quitar la irritacion que producen las navajas al rasurar nuestras barbas, y concluyó por ser el artículo obligado en todo tocador elegante.

La condesa era una mujer rejuvenecida artificialmente; es decir, una mentira estética. Como esos edificios en los que los años imprimen el sello de inservibles, y que los avaros caseros, en combinacion con los arquitectos, revocan de manera que encubren sus faltas, así era la condesa. Se presentaba en sociedad ostentando encantos que no poseía y que debía sólo á la habilidad

de la modista y al furor especulativo de los perfumistas.

Despojada de todas sus galas, era una mujer ya muy pasada, que indudablemente habria sido hermosa, pero que no conserva ni vestigios de lo que fue.

Sus pies, que yo habia concebido blancos y finos como los de Niobe, al descalzarse los vi con juanetes bastante pronunciados y llenos de callosidades y duricias.

Sali de su dormitorio por donde habia entrado haciendo para mí esta reflexion:

La belleza de la mujer es ahora más que nunca una mentira. ¡Ojalá no lo fuesen tambien su amor y sus juramentos!

Para estudiar á la humanidad debe uno mezclarse en la vida privada, porque en la sociedad, quién más quién menos, todos representamos un papel en la comedia de la vida.

V.

Me encontré otra vez en la calle, y andando andando llegué á la de Alcalá. Un coche entraba por una de las puertas laterales de la Aduana; yo entré detrás. De él se apeó un caballero vestido todo de negro que llevaba una gran cartera debajo del brazo. Seguile y me guió hasta un despacho amueblado con lujo. Dejó la cartera sobre la mesa y se sentó en el sillón despues de quitarse el sombrero y los guantes.

Al poco rato revolvía un legajo de papeles, de los que tomaba notas que apuntaba en otro que tenia delante.

Yo habia permanecido algo separado hasta que me cercioré de que no notaba mi presencia, porque era invisible para él. Entonces me aproximé hasta colocarme

detrás de su sillón. Lo que escribía en el papel era lo siguiente:

SOBRANTES PARA REPARTIRSE.

Obvenciones del cargo.

Guano de las islas Chinchas.	40 millones.
Impuesto sobre ferro-carriles.	10 »
Emolumentos varios.	4 »
Economías en general.	26 »
	<hr/>
Total.	80 millones.
	<hr/>
Corresponden á cada uno.	10 millones.

No quise ver más y me salí. Había descubierto la base del patriotismo de que se hallan animados los buenos servidores del Estado.

VI.

Otra vez en la calle, ¿á dónde iré?

Un coche que pasaba al mismo tiempo me sugirió la idea de hacer una nueva escursión á domicilio. Practiqué la misma operacion que la primera vez y me ví instalado en la bigotera de una elegante berlina ocupada por un hombre y una mujer.

Por la voz de él, conocí que era un íntimo amigo mio que hacia pocos meses se habia casado con una hechicera niña que le amaba con pasion.

Pronto llegamos á su casa y yo me subí detrás de ellos y con ellos me entré en su dormitorio.

Mi amigo tiene una salud muy delicada, casi siempre está enfermo; pero como tiene veinte mil duros de renta, no le faltan médicos ni personas que le protestan grande interés y que le dan abundancia de consejos higiénicos. Su esposa es una lindísima rubia y la antítesis

de su marido en cuanto á su salud. No tiene más patrimonio que sus diez y ocho años y su hermosura, pero mi amigo se considera muy feliz porque ella le ama con delirio. Los esposos empezaron esta conversacion.

—Mira, Eduardo mio, vas á acostarte en seguida y te daré las pildoras y el jarabe para que esta noche no te repitan las palpitations. Te empeñaste en que nos retiráramos tan tarde, y yo, por no contrariarte, no me opuse, aunque ya me temí que te habia de perjudicar.

—No lo creas, Amalia mia, me encontré bien, porque tú has disfrutado en la reunion de la baronesa, y que Julia y Emilia miraban con envidia tu vestido y tus joyas.

—¿De veras? dijo Amalia quitándose el abrigo al propio tiempo y poniendo de manifiesto un escote, por el que se columbraba un seno blanco y turgente que hubiera podido servir de modelo á un estatuario. ¿De veras, Eduardo mio? Pero mejor será que te acuestes y así te daré el jarabe y las pildoras yo misma. Mira, ya son las dos, dijo mirando un precioso reloj de oro esmaltado y guarnecido de brillantes que con la cadena se quitó y lo dejó en el joyero que se veia sobre su tocador. Voy á llamar á Lucia, para que tenga preparada la leche y á Rafael para que te ayude á desnudarte.

Amalia llamó á su doncella y le dió sus órdenes. En el entretanto Eduardo se entró en la alcoba. Era un dormitorio elegantemente charolado y con un rico artesonado de oro. De un grupo de amorcillos que habia en el techo, partia un cordon de seda carmesi y oro del que colgaba una lámpara de alabastro oriental que esparcia en la alcoba su luz ténue y amortiguada. En aquel santuario del placer, se veian dos camas divididas por una mesilla de noche; que por lo blancas y mullidas convidaban al reposo.

Eduardo, ayudado por su ayuda de cámara, se des-

nudó y se zambulló en una de las dos camas arrebuñándose bien con los abrigos.

Amalia al mismo tiempo preparaba la medicina de su marido. Pero me llamó la atención que de una cajita muy pequeña sacó una pildorita y la echó en la leche cuando ya había echado dos de mayor tamaño y otras tantas cucharadas de un jarabe que tomó de una botella.

—Vamos, niño mio, dijo entrando en la alcoba con el vaso cuyo contenido removía con la cuchara. Vamos, niño, toma esto que te ha de hacer que pases bien la noche.

Eduardo se incorporó en su cama y empezó á beber la leche.

—Qué gusto tan extraño le hallo esta noche.

—Es del ponche que has bebido, dijo Amalia. Ya tendrás presente que me opuse á que lo tomaras porque me temí que no te había de ser bueno.

—Tienes razon, Amalia mia. Deberia comprender tu gran solicitud y cuidado por mí. ¡Soy un ingrato que no sé corresponder como se debe al grande amor que me tienes!

—Vaya, Eduardo, á dormir, mañana hablaremos de eso. Y Amalia dió dos besos á su marido, que ya había tomado la leche, le arropó bien y se salió de la alcoba.

—Luisa, vete á acostar, yo me desnudaré sola.

La doncella deseó buena noche á su señorita y se retiró enseguida.

Yo había estado presenciando esta escena con la calma y la tranquilidad del que tiene la seguridad de no ser visto. En un principio, cuando ví las tiernas miradas que Amalia dirijia á su marido, las cariñosas frases que le prodigaba y el interés que demostraba por su valetudinaria salud, confieso ingénuamente que tuve envidia; una grande envidia, y que de muy buena gana hubiera dado diez años de mi vida por cambiar mi posición por la de mi amigo; no por su dinero sino, por su mujer, á la

que conceptuaba un ángel capaz de hacer la felicidad del mortal más desventurado. Pero cuando observé el misterio con que vertió la pequeña pildora en la leche que tomó su esposo, no sé qué estraña sospecha cruzó por mi imaginación, y me detuve para conocer el desenlace que tendría el amor de la jóven pareja.

No habia trascurrido media hora, y ya Amalia, que habia permanecido recostada en una butaca, se levantaba á observar el sueño de su marido. Cuando se convenció que Eduardo dormia profundamente, sacó una llave y abrió una puertecita que habia en un ángulo de la alcoba á los piés de la cama que estaba desocupada.

A la opaca luz de la lámpara ví que era un ropero. Una porcion de vestidos de señora se veian colgados en perchas á uno y otro lado. Amalia entró dentro... Oí el estallido de un beso... y en seguida, volvió á salir llevando á un hombre de la mano que la seguia de puntillas. Yo estaba pasmado de lo que veia. Amalia, que aun no hacia un año que estaba casada con un hombre que la amaba con delirio, y al que ella manifestaba amar del mismo modo, que la habia dado posicion y nombre; Amalia que era reputada por una jóven virtuosa y buena, que habia recibido muy buena educacion; Amalia, en fin, cuya posesion envidiaba yo momentos antes á su marido, tenia un amante. ¿Y quién era él? Pronto le conocí.

Un pollo fátuo y como tal ignorante, que á pesar de sus grandes pretensiones de literato no habia pasado de redactor de... tijera de uno de los periódicos de la corte. Uno de esos entes empalagosos que se encuentran de sobra en Madrid en los cafés, ateneos, casinos y teatros; que intiman amistad en poco tiempo con cualquiera para saquearle la petaca, y el bolsillo si pueden; en una palabra, un *bon vivant*.

—¿Estás segura de que duerme tu marido? dijo él con recelo.

—Le he dado una de aquellas pildoras que tú me diste, y he procurado disolverla bien en la leche.

—Perfectamente, dijo él, con un grano de morfina tiene sueño para doce horas lo menos.

Amalia se echó en sus brazos y le colmó de caricias, á las que él correspondia con bastante frialdad.

Aquella mujer, que todos creían un ángel, como impúdica meretriz se sentó sobre las rodillas de su amante y ciñendo su cuello con sus brazos empezó á besarle con pasión.

—¿Me das aquello? dijo él entre dos besos.

Amalia se levantó, fue á su tocador, abrió un cajoncito, y sacó una cartera que le entregó.

—¿Está toda la cantidad? Y abrió la cartera y contó seis billetes de banco.

—Sí, respondió ella, y bastante me ha costado el poderse la sacar á mi marido, que decia que los seis mil reales de la cuenta de mi modista de París le parecían una cantidad exorbitante.

No quise presenciar más aquella repugnante escena y me salí, recordando la acertada definicion que, de la mujer, dá Espronceda en aquellos versos en que esprime toda la hiel de su alma:

Mas, ¡ay! que es la mujer ángel caído,
O mujer nada más y lodó inmundo,
Hermoso sér para llorar nacido,
O vivir como autómatas en el mundo!
Sí, que el demonio en el Eden perdido,
Abasara con fuego del profundo
La primera mujer, y ¡ay! aquel fuego
La herencia ha sido de sus hijos luego.

VII.

Continué mi escursión esploradora. ¿Qué ví? Mentira la belleza de la mujer que nos seduce y nos estravía de la

senda de nuestros deberes. Mentira el patriotismo y el desprendimiento de los grandes hombres. Mentira el amor y la virtud. Mentira la gratitud; mentira la amistad y el reconocimiento. ¡Mentira todo, todo mentira! ¡Dios mío! ¿Qué es la vida? Me iba yo preguntando.

—Una farsa, contestó detrás de mí una voz. Volvime y me encontré frente á frente con Mefistófeles.

—¿Qué te ha parecido? me preguntó.

—No quiero ser más invisible, le contesté. Quiero vivir creyendo en que queda algo de bueno, algo de noble y generoso en la humanidad. No quiero ver la miseria en toda su horrible desnudez; no quiero contemplar el podre que corroe los corazones, no quiero convencerme de la degradacion de la obra más perfecta de Dios; quiero alimentar ilusiones, aunque sean una mentira; no quiero apurar el acibar de la realidad; quiero creer, porque la vida sin fe y sin creencia es muy triste, muy despreciable.

—Pero tienes que cumplir tu compromiso.

—Nada te he ofrecido.

Una ruidosa carcajada me contestó.

—¡Imbécil! dijo Mefistófeles. ¿Y tu firma nada vale? Y me enseñó el pergamino que yo habia firmado, pero no en blanco como cuando lo firmé sino escrito.

—Lee, dijo.

Mefistófeles sopló y de su boca salió una llamarada azul, á la luz de la cual, pude leer el documento.

Era un compromiso en toda regla, una cédula de esclavitud, mediante la cual tenia obligacion de seguirle en pago de haber sido invisible una noche.

—Me has engañado y no tengo obligacion de seguirte. Voluntaria y deliberadamente á nada me he comprometido.

—Bien, pero tu firma te obliga.

Y Mefistófeles recojió su ferrerucllo y desplegó dos

alas grandes como las del águila y negras como las del cuervo. Me cojió por el cuello con su huesuda mano y se remontó por los aires, diciendo:

—Me perteneces, ven conmigo y te llevaré á que le hagas compañía al doctor Fausto.

El terror habia embargado todas mis facultades y me quitaba toda accion. Me sentía llevar por los aires bajo la presion de la férrea mano de Mefistófeles que me oprimía el cuello como un círculo de hierro. En un momento que pude respirar pronuncié el nombre de la Madre de los mortales á la que ya habia invocado fervorosamente desde el fondo de mi corazon. Mefistófeles profirió una horrible blasfemia y me abandonó al abismo que tenia bajo sus piés.

Un trueno retumbó en el espacio...

VIII.

Abri los ojos y me encontré en mi gabinete con la cabeza apoyada sobre el poema de Goethe.

La lámpara arrojaba ya los últimos destellos de luz. El tubo habia saltado hecho pedazos en aquél mismo momento.

Habia sido un sueño... Respiré libremente. Cerré el libro y coji la pluma para consignar en el papel las peripecias de mi pesadilla.

Cuando concluí, el alegre canto de los pajarillos me anunciaron que era ya de día.

LOS AMORES DE ADELINA.

HISTORIA LIJERA Y CASI SATÍRICA, ESCRITA Á VISTA DE PÁJARO.

I.

La protagonista.

Adelina es hoy una mujer hecha y derecha. Hace quince años era una polla de diez y ocho primaveras, que vista por detrás tentaba á un santo, pero mirada de frente tenia muchos peros su cara. No es decir que fuese fea, pues si se esceptúa una frente estrecha y deprimida, unos ojos de color indefinible, como suelen serlo los de gato, una nariz aplastada y al mismo tiempo arremangada hácia arriba como la de un podenco, una boca no muy grande, pero con una dentadura que estaba destinada á ser victima del escorbuto, si el mucho cuidado no la hubiese salvado; un cuello delgado y largo y unos piés no grandes, pero con juanetes principiantes; Adelina era bastante alta, tenia un talle de avispa, una figura amueñecada, y un cutis muy blanco, á veces por los demasiados mejunjes con que se lo embadurnaba. Era delgada, línfica de temperamento y filarmónica por aficion, como decia su mamá la buena de doña Brigida.

Tal era Adelina á la edad en que empezó á tener novio, porque antes su mamá no le habia permitido que frecuentara la sociedad para que no se corrompiera su inocencia, como ella decia.

II.

Conferencia paternal.

—Te aseguro Mamerto, que estoy muy satisfecha de Adelina, decía un día doña Brígida á su cónyuge.

—Pues yo nó, contestaba él que era un viejo demasiado tacaño para tener mujer é hija. Me cuesta demasiado dinero completar su educacion social, y entre ella y sus hermanos me llevan gastado ya un capital.

—Pero, hombre ¿no lo compensa todo la gracia con que toca el piano, el hechizo con que canta y la donosura con que polkea? Cuando la veo bailar algun rigodon se me figura que estoy contemplando á la reina Maria Amalia en aquel baile que le dieron en el año que nosotros nos casamos, cuando bailaba el rigodon con el conde de España. ¡Qué gracia y qué majestad es la de mi hijal! Vamos, yo me embobo cuando la miro.

—Sí, ya se vé, y mientras tanto ráscate el bolsillo.

—Hombre, no es mucho.

—¿Que no es mucho? Ve sumando: cinco duros el maestro de piano, seis el de canto, cuatro el de baile, cinco le de francés, tres el de italiano y tres el de dibujo. Total veinte y seis duros mensuales, salvo error de suma ó pluma.

—Pues aun tendremos que ponerle otro maestro, porque desde que la galantea Eduardo, que se hace indispensable el que aprenda á montar.

—Justo, sí, eso es, porque la señorita se enamora de un alferéz de caballería, ya la tenemos que comprar caballo. Pues si quiere montar que monte el de su marido cuando él la haya enseñado; ¡estamos!

—No seas tacaño, Mamerto, y gasta las peluconas que ganaste siendo tesorero, que con nuestras rentas tenemos

bastante para cubrir nuestro presupuesto ordinario.

—Brigida, tú acabarás por obligarme á hacer una barbaridad. Los estudios de Claudio, nuestro hijo, el mayor, me cuestan veinte mil reales anuales, y la pensión de Canuto, el segundo, veinte duros cada mes. ¿Cómo quieres que gaste en más superfluidades?

—Nada, nada, es preciso, y tambien si tenemos que seguir los consejos del doctor Carbon, nuestro médico, Adelina debería hacer gimnasia, pues ya ves qué delgada está, no tiene pecho, ni piernas, ni nada, y á su edad ya te acordarás tu cuán desarrollada estaba yo.

—Eso ya es menos supérfluo, y todo lo que sea por la salud de mis hijos no me duele nada.

—Conque quedamos con que Adelina tendrá maestro de equitacion y además hará gimnasia.

—Lo último sí, lo primero no. Ya te he dicho que si quiere montar que... Pero puf, me vas á hacer decir una barbaridad.

—¡Mamerto, por Dios!

—Con cien bombas, Brigida, déjame en paz.

—¡Uy! qué genio se te ha vuelto. No eras así cuando te conocí yo de alférez en el rejimiento de Baza.

—No me hables de la alferecía, ni de Baza, que demasiado presente lo tengo. Esta pierna que se me ha quedado seis dedos más corta que la otra me lo recuerda incesantemente. ¡Dichosa batalla de la Salud! En ella en vez de encontrarla perdí la poca que me quedaba. Entre Marte y Vénus aviado he quedado.

—¡Libertino!... ¿Y aun tienes el descaro de decirlo?

—¡Brigida!... Brigida, que voy perdiendo la paciencia.

—Me voy por no verte. Si yo me hubiera casado con mi primo el capitán del puerto de Mahon, no tendría que sufrir ahora á un carcamal.

—¡Brigida!

Y don Mamerto, que estaba sentado á su mesa de

despacho, hizo ademán de levantarse; pero su esposa no le esperó y tomó la puerta más que de prisa.

—En verdad que hago mal en negarle nada, se decía D. Mamerto cuando quedó solo. Llevo gastadas cuatrocientas onzas entre la carrera de mis hijos y la educación de mi hija, pues aun me queda la lata de las dos mil enterita. Casi, casi que debería acceder, porque al fin y al cabo, si Adelina se casa con Eduardo será nuera de una marquesa y cuñada de una brigadiera, aunque ella solo sea mujer de un alférez. Pero, qué diantre, guardemos, que el que guarda tiene.

Y D. Mamerto resolvió no aflojar más la mosca.

III.

El primer amor.

—¿Me amas?

—Más que á mi vida, ¿y tú?

—Más que al entorchado de mi hermano.

—Siempre me sales con lo mismo.

—Pues, ¿qué quieres que te diga? El deseo de un alférez que tiene un hermano brigadier, es llevar un entorchado como él.

—Sí, pero aquí no estamos en el ejército.

—No, pues aquí y en el cuartel soy un alférez desde los piés á la cabeza.

—¡Ojalá seas pronto brigadier! Si en mi mano estuviera ya lo serias á estas horas.

—¿De veras, Adelina?

—¿Lo puedes dudar?

—Sí, porque no eres para mí lo que yo quisiera.

—¿Qué quieres, dí?

—En primer lugar que me prestes tu reloj. ¡Es tan fas-

tidioso estar de semana é ir preguntando á todo el mundo la hora que es para acudir á tiempo al cuartel!

—Si no es más que eso, toma.

Y Adelina se quitó un gracioso reloj de oro que llevaba al pecho y con la cadena del mismo metal, lo entregó á su novio. Este lo cojió y empezó á jugar con él desdeñosamente.

—¿Qué más quieres?

—Que me hagas otro préstamo. He salido de casa sin dinero y necesito cuatro duros que tengo de entregar á un compañero más tarde, pero hoy mismo.

—Voy á dártelos.

Y Adelina fue á la cómoda de su mamá, abrió un cajon y sacó un porta-monedas y de éste una de ochenta reales que entregó á Eduardo.

—Debo, dijo este.

—Mil años, contestó su novia.

—Gracias, y que seas tú mi acreedora.

—¿Qué quieres más?

—Que me ames siempre.

—¡Ingrato! ¿Y me dices eso?

—Vaya, vaya, me voy, que estoy de pienso y ya es hora, dijo consultando el reloj que se habia colocado en la abertura de su casaca de uniforme. Las cinco. Tengo que ir á escape.

—¿Volverás á la noche?

—Sí, á las nueve. A propósito, dijo, palpándose los bolsillos, dame un pañuelo, he salido de casa sin él.

Adelina fue á buscar uno de nipsis preciosamente bordado en sus cuatro puntas y se lo entregó, diciendo:

—Es de los que yo uso habitualmente. No tengas aprension en usarlo.

—*Adio, bella*, dijo Eduardo tendiéndole la mano ceremoniosamente.

—Adios, hasta la noche, contestó ella estrechándose la tiernamente.

Eduardo se fue. Adelina salió al balcon á verle marchar. Su mamá, que habia estado presenciando la escena á través de los visillos de una puerta, salió al balcon con su hija.

—¡Qué guapo es Eduardo y qué bien le sienta la casaca amarilla! ¿Verdad mamá que haremos una buena pareja?

—Sí, bija mía, pero lo que importa, es que nos hable cuanto antes á tu padre y á mí.

—Sus intenciones son rectas, ¡ah! no lo dudo. Ha recibido demasiada buena educacion para que se burle de una señorita de noble cuna como yo.

—No grites demasiado, porque si lo oia tu padre vendria á recordarte enseguida que por parte de madre eres nieta de un soldado de marina. ¡Qué hombre, señor! Y no recuerda que su madre era mujer de un confitero.

—Pero papá tiene armas.

—Sí, pintadas por un brocha gorda francés que le sacó dos mil reales por ellas.

—Ya no se vé Eduardo, dijo Adelina mirando á la calle en la direccion que habia tomado su novio.

Este, al mismo tiempo que se dirijia al cuartel, iba examinando el reloj y la cadena de su novia.

—Precioso dige, guarnecido de perlas; aunque es cilindro lo menos se podrán sacar de él mil reales. ¿Y la cadena? Con sus diges y todo bien valdrá veinte y cinco duros. Efectivamente que me conviene la niña. Ella no tiene nada de Vénus, pero tiene ocho mil duros que dicen le dará su padre en metálico contante y sonante el dia que se case. Pues señor, envido; con ocho mil duros tengo para poner diez y ocho ó veinte bancas. Vamos al cuartel, y á la salida daremos un par de golpes con los cuatro duros que me ha dado mi novia. Bueno es acostumbrarla á que me dé dinero.

Y Eduardo siguió el camino del cuartel más contento que unas pascuas.

Escusado creemos decir que los amores de Adelina con el alférez de caballería tuvieron resultado deplorable para el guardajoyas de la niña.

Adelina se quedó sin reloj ni cadena, sin sortijas, sin pañuelos, y perdió además el tiempo bordándole una petaca y una cartera de terciopelo y oro para su novio, que éste vendió por dos duros á un sarjento de su escuadron. cuando su novia se habia gastado más de treinta en ella. Además de esto, el portamonedas de doña Brigida sufría continuos asaltos que el alférez dirigia y ejecutaba Adelina. El alférez convirtió la casa de D. Mamerto en un verdadero campo de operaciones bursátiles. Aquello fue verdaderamente un saqueo.

Cuando se habló de casamiento, el alférez se hizo el remolon, y como por otra parte D. Mamerto habia averiguado algunas de las *escelentes* cualidades de su futuro yerno, Adelina fue desahuciada. Sus risueñas esperanzas de boda se convirtieron en un amargo desengaño.

Eduardo era un pillo redomado, oculto bajo un uniforme militar que deshonraba.

El hermano brigadier se convirtió en un simple brigada de un regimiento de artillería montado.

El marquesado de la madre se reducía á ser la segunda esposa de un mariscal, y no de campo, que se llamaba Marqués de apellido.

IV.

A rey muerto, rey puesto.

El primer desengaño de la mujer forma época en su vida. Sin embargo de esto, y de la esperiencia que deberia enseñarlas, la generalidad recibe un segundo, un tercero

y aun á veces un cuarto y hasta un centésimo. Adelina se decia á sí propia que habia nacido para casada, y era tal su fe en su predestinacion interior, que puesta en campaña, pronto tuvo sucesor el alférez de caballeria, solo que al poner otro al puesto, Adelina ascendió, pues admitió los obsequios de un teniente de cazadores, que conoció en una reunion y al cual le llamaban *el teniente feo* todas las pollás que frecuentaban la casa de Adelina y se llamaban amigas suyas.

El teniente feo era picado de viruelas y muy cargado de espaldas, pero hombre de ingenio que la echaba de poeta. Amaba las mujeres por su base, es decir, por el pié, y era frenético adorador de las que lo tenian pequeño.

Adelina no lo tenia grande, pero sí feo y de mala conformacion, pues sus juanetes rudimentarios le deslucian el calzado mejor construido. A pesar de eso, Adelina llevaba los vestidos muy cortos, (aunque entonces no eran moda), para subyugar á su adorador con aquel imán. El teniente feo era algo míope, y encontraba encantadores los piés de Adelina, á los que dedicó un soneto y sobre ciento cuarenta seguidillas, que algunos murmuradores decian que era todo puro plagio.

Encontrábanse en una reunion. Adelina, con gran placer de su madre, que le caía la baba mirándola, polcaba con su novio.

—Te amo, Adelina, decia él entre dos compases.

—Yo tambien, Adolfo, contestaba ella, reclinándose indolentemente sobre su hombro.

—¡Oh! pié divino, cuya mirada encanta,
De la bella mujer que me enamora,
Si tanto es tu poder, tu fuerza es tanta,
Haz que yo pueda verlo á toda hora.

—¿Eso deseas? Dijo Adelina, cuyo corazon palpitaba de placer al oír la improvisacion de su novio.

- Eso ansío, mujer encantadora,
bella, ideal, aérea hermosura;
pues que á ti tan solo el alma adora,
no me caves, ¡cruell la sepultura.
- Jesus, Adolfo, qué létrico estás.
- Me matas con tu desden,
mujer, por quien vivo y peno;
no más desaires, mi bien,
que me saben á veneno.
- ¿Pero quién te desaira, hijo mio? Preguntó algo
amostazada Adelina.
- Tú, mujer cruel,
cuyo amor me mata,
pues tu pecho infiel
es el de una ingrata.
- Vas á hacer que me enfade, Adolfo, dijo Adelina en
tono mimoso, y queriendo ponerse triste.
- Antes morir que olvidarte,
es desde hoy mi divisa,
que yo vivo para amarte
y estasiarme en tu sonrisa.

Terminó la polka y con ella las improvisaciones del teniente feo, que no habia cesado de recitar versos al oido de Adelina, sin dejar por eso de bailar.

La enamorada pareja fue á tomar asiento en un confidente que habia á un extremo del salon.

Adelina llevaba aquella noche un traje de color de rosa, estremadamente corto, y para proporcionar la dicha á su novio exhibia completamente sus piés, que calzaban unas bolitas de raso blanco, lujosamente adornadas de lazos y pasamaneria del mismo color. Bajo el empeine campeaba un gran lazo con una hebilla de acero en el centro. Esto hacia que sus juanetes, algo pronunciados, fueran menos notables.

El teniente feo devoraba con sus miradas aquellos

piés que él había concebido como una cosa perfecta.

—Adelina, me amas, dijo en un arrebató de entusiasmo.

—Sí, y no puedes dudarlo.

—Pues dame tus piés, que me asesinan.

—Ya te dije que eso era fácil. Mañana te enviaré las botitas que llevo esta noche.—Afortunadamente son nuevas, dijo para su sayo.

—¿Sí, hermosa mia? ¡Me haces feliz! Y llevó su mano al corazón, miró al cielo y puso los ojos en blanco, como si le arrobases el placer.

Al día siguiente el teniente feo recibió una cubierta bandeja que contenía un par de botitas blancas, adornadas con mucho gusto.

Eran las que Adelina había llevado en el baile de la noche anterior.

El favorecido amante gratificó con los dos únicos duros que le quedaban de la paga de aquel mes, á la mensajera de su felicidad, que no era otra que la doncella de su novia.

—Viva el señor mil años, dijo la doncella recojiendo la bandeja, el pañuelo y las monedas, que guardó en el bolsillo de su delantal.

—Estimando, prenda, dijo otro oficial que vivía en compañía del favorecido teniente.

Y se puso á examinar las botitas.

—¿Sabes, chico, dijo cuando estuvieron solos, que tu novia tiene unos piés muy feos?

—¡Cómo! ¿Qué dices? exclamó alarmado el amante.

—Dime si este pié ancho, puntiagudo y con juanetes es propio de una niña aristocrática, como dices tú que es tu Adelina? Apostaría cualquier cosa que la doncella tiene mejores piés que su ama.

—Calla, asesino, que me matas.

—Y no es eso todo, continuó el implacable oficial, á la

niña le sudan los piés por suplemento. Mira y huele.

Y dobló la caña de las botas, que eran nuevecitas y de primera puesta, y le hizo ver su interior, que se había puesto de color de chocolate y olía queapestaba.

—¡Horror! ¡Abrete abismo y trágame! Dijo el desilusionado amante, dejándose caer trágicamente en una silla.

—¿Dónde tenias los ojos y las narices, desdichado?

—¡Y yo que le he dado á la doncella todo el dinero que tenia! Tendrás que prestarme.

—No tengo un cuarto.

—¿Pues qué hago ahora?

—Ya verás. Voy á buscar un remedio. ¡Ciutti!

Un asistente se presentó.

—¿Sabes la plaza de San Sebastian?

—Sí, mi teniente.

—¿Sabes los Encantes?

—Tambien.

—Pues allí compran y venden de todo. Toma estas botitas de señora, y á ver cómo sacas de ellas dos duros.

—¿Pero, chico, qué estás loco? preguntó el teniente feo.

—No. Ahora empiezo contigo. Siéntate y escribe.

—Pero...

—No hay pero que valga. ¿Cómo he de consentir, yo, continuador de Tenorio, que tengas amores con una mujer que tiene piés con juanetes y que además le sudan?

—¡Jamás! contestó el teniente feo, antes morir que tal vea. Dicta, que ya estoy escribiendo.

«Adelina: Una comision del servicio me obliga á partir precipitadamente, y sin darme tiempo para despedirme de ti de otra manera que esta. A mi regreso terminaremos todo lo pendiente. Mientras tanto te ama siempre...

ADOLFO.»

—Afortunadamente mañana vamos á relevar la guarni-

cion de Monjuich y estaremos dos meses sin bajar á la ciudad.

—Con ese tiempo hay bastante para que tu Adelina te olvide y hasta te reemplace por otro, contestó el continuador de Tenorio.

Al llegar aquí, entró Ciutti y puso dos duros en la mano de su amo.

—Toma, dijo este dándoselos á su amigo, ahí tienes tus dos duros; producto de una letra que has negociado sin quebranto. Aprende.

Así se desvaneció la segunda esperanza matrimonial concebida por Adelina.

V.

Un tercero en campaña.

Adelina paseaba por la Rambla acompañada de su mamá, un mes despues de la retirada practicada hábilmente por el teniente feo dirigido por su amigo. Un almirante pollo las acompañaba.

—No lo dudes, Adelina, hoy mismo te pido á tu papá, le decia el pollo.

—¿De veras? contestaba ella con mal reprimida alegría.

—Sí. Pero es el caso que no podremos casarnos hasta que realice un negocio al cual me he comprometido, y que me ha de producir pingües ganancias.

—¿Y qué necesitas para eso?

—Poca cosa. Una persona que ponga por mí la fianza de tres mil duros en metálico que me exigen.

—Eso podrá hacerlo mi papá á cuenta de lo que me ha de dar de dote, dijo ella en su afan de zanzar dificultades.

—No piensas mal. ¡Y yo que andaba perplejo porque no sabia á quién recurrir!

—Pues ya ves cuán fácilmente puede arreglarse. Pondremos á mamá por empeño, y es cosa hecha.

—Como tú quieras. Señora, ¿quiere V. que descansenos? Entremos en el café de *las Delicias*, y tomarán Vds. lo que gusten.

Entraron en el café y allí tomando un sorbete, Adelina y su novio enteraron á doña Brigida de la sencilla dificultad que se oponia á su casamiento. Propusieronla la intervencion de don Mamerto y sus tres mil duros, y la madre, que deseaba ver á su hija casada, accedió á todo.

Aquella misma noche doña Brigida presentó oficialmente á don Rafael Lanás como el pretendiente de su hija.

Don Mamerto quiso enterarse del negocio, que era la explotacion de unas cuencas carboníferas, y Rafael, que se daba á sí mismo el título de ingeniero industrial, informó luminosamente á su futuro suegro del negocio en cuestion, le presentó planos, informes, muestras del carbon, estados del cálculo aproximado de los productos, habló con tal fe y conviccion que llevó esta al ánimo de don Mamerto, el cual ofreció hacer el depósito.

Desembolsados los tres mil duros, Rafael anunció que iba á partir para emprender los trabajos, y que á su regreso se celebraria el casamiento tan deseado.

Un mes habia trascurrido y Rafael no volvía ni escribia siquiera. Esto alarmó á don Mamerto, que practicó algunas diligencias y supo la verdad del hecho.

El falso ingeniero don Rafael Lanás era un gran pe-tardista, que despues de sacarle el dinero al incauto don Mamerto, se habia largado con él á Buenos-Aires. Por más gestiones que se hicieron para rescatar los tres mil duros todo fue en vano.

El tercer amor de Adelina le costó á su padre doble que los dos primeros. Por no ponerse en berlina unos y otros callaron el chasco y dijeron á sus amigos que las

malas noticias que habian adquirido sobre el futuro de Adelina habia hecho que por su parte se opusieran al casamiento, y que el presunto marido, desesperado con su negativa, se habia marchado de España.

VI.

La cuarta tentativa.

Don Alejandro Padron era un profesor de la escuela de náutica.

Conoció á Adelina en una reunion, y por su genio abierto y especial mereció que ella empleara con él sus más poderosas seducciones. El profesor de náutica hizo como Fabio, se dejó querer, y pronto fue, sin haberle dicho una sola palabra de amor, el novio oficial de Adelina.

Padron tenia una hermana que se llamaba Lorenza, discípula de su hermano en natacion. Lorenza nadaba como un pez.

Adelina empezó por recibir lecciones teóricas del hermano y prácticas de la hermana, con la que iba á tomar baños fuera de la puerta de Santa Madrona. Adelina se hizo una furiosa nadadora.

Pero aconteció, que un dia braceando y pataleando le saltó un ojo á su cuñada en ciernes.

Lorenza tenia un novio comandante de carabineros, que al ver á su amada tuerta demandó ante los tribunales á don Mamerto para que pagara la cura de la hermana del profesor de náutica y la indemnizara de daños y perjuicios.

Despues de un ruidoso pleito que le costó al pobre don Mamerto diez mil y pico de duros, las relaciones entre las dos familias se cortaron por completo, y Adelina perdió las esperanzas de ser conducida al altar por el

profesor de náutica, al que en verdad tenia ya bastante mareado.

De resultas de este desgraciado suceso, Adelina cobró odio á la natacion, al mar y hasta los baños. Hizo las mayores demostraciones de dolor por la desgracia que habia causado á su maestra y amiga, y se vistió de hábito del Cármen por todo un año.

VII.

Antes mártir que doncella.

La situacion estraña en que la cuarta tentativa de casamiento de Adelina la habia colocado, la hizo pensar seriamente en el gran problema que por cuatro veces se habia propuesto resolver con éxito tan poco satisfactorio.

Adelina pensó hacerse célebre, y por medio de su celebridad conquistar un marido. Leyó muchas novelas, muchos dramas y muchas poesías y se hizo escritora.

Los escritos que salian de su pluma eran una especie de propaganda que hacia de sí misma y de las relevantes cualidades, tanto fisicas como morales, que ella se creia poseer.

Un poeta cabelludo de la escuela de Gerónimo Paturot, se acercó á la desconsolada Safo á brindarle el consuelo que en forma de macarrónicas trovas brotaba de las cuerdas de su destemplada lira.

Establecióse una intimidación grande entre aquella Corina y aquel cantor de rostro descompuesto y larga melena.

—Antes mártir que doncella, dijo ella un dia hablando con su amigo.

—Soy de su opinion, contestó él.

—¿Mas cómo llegar al tálamo con los hombres tan per-

versos que produce el siglo? Yo necesito un alma hecha espresamente para mí.

—Como yo, ni más ni menos, dijo él.

—Mi hija, señor Tancredo, (así se llamaba el poeta), dijo la madre que tomaba parte en todas las discusiones y habia llegado á su mayor grado de entusiasmo al ver á Adelina convertida en poetisa, mi hija tiene el *perólito* de las mujeres más célebres. Su grande inspiracion causa la mayor *oprimision* á su pecho sensible, y los más sublimes *epitretcs* bautizan todo lo que produce su pluma.

Doña Brigida queria elevar su lenguaje al estado de la más perfecta cultura, pues siendo madre de una poetisa se creia obligada á ello.

—Señora, no comprendo, dijo el poetastro anonadado ante aquella ráfaga de elocuencia.

—¿No comprende V.? Pues es muy sencillo. Continuamente le estoy diciendo á mi hija: niña, niña, no te introduces en el campo de *Helicon* ni bebas la *harpocreas* de Gateno. Es mucha cosa el magin de mi Adelina, tiene tanto *númen* en su prosa como *elucubracion* en sus versos. ¡Ah! ¡si V. supiera hasta dónde llega! Canta como el ruiseñor enamorado de la casta tórtola herida por el fiero cazador. Sus metamorfosis son superiores á las de Avellanada y á las de Coronado. Ahora está escribiendo una epopeya á don Juan de Serrallonga que ni *Troya* con su inmortal poema *Homero* podrá aventajarle. La introduccion pasa en Sebastopol.

—Señora, señora, estoy admirado del incomensurable talento de su hija y ya no me atrevo á aspirar á su mano.

—¿Cómo? ¿Pensaba V. en eso? ¿Y no haber dicho nada hasta ahora?

—Francamente, creí que yo podia competir con Apolo, y ahora veo que su hija de V. es la Erato en persona.

—Oiga V., caballero, la amistad no autoriza que V. compare mi hija al cerato, que es cosa que se vende en la

botica y que creo se gasta para los que están gangrenados.

—Señora, yo no he dicho tal cosa.

—Si señor que lo ha dicho V.

—Pues bien, si V. lo cree así, que se presente el paladín de su hija, que no tengo inconveniente en hacer campo con él.

—Mire V., don Tancredo, todo puede arreglarse. ¿De qué aprovecha que riñan los buenos amigos? Cásese V. con mi hija y todo quedará en casa.

—Señora, no puedo.

—¿Cómo que no puede V.?

—Que no puedo, he dicho.

—¿Es V. casado?

—No, señora.

—Pues, ¿qué es V.?

—Soy ordenado *in sacris*.

—Ahora le entiendo menos.

—Yo tenía que ser cura, señora, estudié teología y cánones, y me ordené hasta el subdiaconato; cuando llegué ahí me quitaron la capellanía. Tuve que colgar los hábitos por no morirme de hambre, porque era pobre, y me hice poeta de aleluyas y de abanicos de caña de los que se venden á dos cuartos uno por la Rambla y Paseo de Gracia. Ahí tiene V. mi historia en cuatro palabras.

—¡Desdichada de mí! prorumpió Adelina, cayendo en un profundo desmayo.

—Váyase V. de mi casa. V. mata á mi hija de amor.

—Señora, compasión, no he comido hoy aun, ni tengo de qué hacerlo. Deme V. aunque no sea más que una peseta.

—Sí, eso nos faltaba, alimentar á un famélico pirata de corazones. Tome V., pero váyase en seguida.

Y le dió dos reales.

—Adios, genio protector de la indigencia, yo te saludo con este bostezo.

Y salió bostezando.

Adelina volvió en sí, pero una tristeza mortal se apoderó de su alma, al ver desvanecida otra esperanza.

Rompió sus poesías, tiró las plumas é hizo juramento de no volver á escribir hasta estampar su nombre al pie de su contrato matrimonial.

VIII.

El Ancora del matrimonio.

Los desengaños no abatían á Adelina, antes por el contrario, cobraba mayores ánimos, sentía renacer sus esperanzas. Se había vuelto supersticiosa, y de eso tenía la culpa una amiga suya.

Doña Rufina era una solterona que pasaba de medio siglo, y que por lo tanto había perdido todas las esperanzas de salir del estado honesto. No pudiendo ser casada, quería casar á las demás, al contrario de otras muchas que aborrecen á todas las que llegan á casarse. Doña Rufina, pues, se había echado á casamentera.

—Desengañate, le decía á Adelina, el matrimonio es hoy un negocio mercantil; y el que no lo trate así, tiene grandes probabilidades de que le salgan mal todas las empresas. Tengo yo un plan vastísimo que te comunicaré si me ofreces auxiliarme.

—Cuenta con mi cooperación.

Doña Rufina quería que todas las pollas la tutearan.

—¿Si supieras qué infalible es mi plan para ganar dinero y casar á las incasables?

—¿Si? ¿Pero en qué consiste?

—En la creación de una sociedad que tenga por objeto el casar á las pollas que estén ya casi desahuciadas y á los solterones recalcitrantes.

—¿Mas cómo se realiza eso?

—Muy sencillamente. Contando con que presten su anuencia unas cuantas personas de arraigo, para hacer un uso muy decoroso de sus nombres, títulos y condecoraciones.

—¿Y cómo vamos á lograr eso?

—Por medio de tu papá.

—No querrá. Está muy escarmentado desde el negocio de Rafael.

—Es que no se trata de que desembolse ni un céntimo, antes al contrario, tendrá un 25 por 100 de ganancia, por figurar tan solamente como director gerente.

—¿De qué se trata? Preguntó doña Brígida, que entraba en aquel momento.

—De un gran proyecto que dará por resultado pingües ganancias, y el casamiento seguro de las tres cuartas partes de los solteros de Barcelona y tal vez del resto de España.

—¡Ah! muy bueno seria eso, dijo doña Brígida, que siempre que se trataba de casamientos sentia renacer su esperanza de casar pronto y ventajosamente á su hija. ¿Y cómo lograremos eso?

—De la manera más sencilla. Oigame V.

Y doña Rufina espuso su gran proyecto, la creacion de una sociedad casamentera y dotalicia para satisfacer todos los gustos y exigencias. Para el planteamiento de esa sociedad solo se necesitaba la cooperacion de personas de respetable crédito que prestasen su nombre, componiendo el consejo de vigilancia de la sociedad, pues en cuanto á la direccion y administracion de la misma corria todo á cargo de doña Rufina, que era muy fuerte en contabilidad y partida doble, á la que auxiliaria Adelina en calidad de secretaria, aunque apareciera para el público que todo lo hacia D. Mamerto, que seria nombrado director gerente *ad nomine*, para hacerlo todo decorosamente.

Doña Rufina habló tanto, y tales pruebas matemáticas presentó del infalible resultado de su proyecto, que doña Brígida entusiasmada aprobó todos sus planes, y ofreció lograr de su esposo se interesara en la negociación.

Algo costó convencer á D. Mamerto, pero al fin accedió cuando se le dieron todas las seguridades de que no tenía que desembolsar ni un céntimo.

Celebróse una junta magna, como preparatoria de la general de accionistas, compuesta de doña Brígida, don Mamerto, doña Rufina y la futura secretaria Adelina. En ella la iniciadora esplanó su proyecto, esforzando su elocuencia como un diputado de oposicion cuando por medio de tremebundos discursos pretende que el gobierno le compre con una buena dosis de turrón, equivalente á una direccion general, etc.

Doña Rufina sacó de su limosnera un cuaderno manuscrito que era el proyecto de estatutos y reglamento de la sociedad, y leyó lo siguiente:

EL ANCORA MATRIMONIAL.

Sociedad comanditaria española, para la concertacion y celebracion de casamientos legales con condiciones ventajosas para ambos contrayentes.

Capital social: 2.000,000 de rs. vn.

Divididos en participaciones comanditarias de á dos mil reales, que darán un 6 por 100 de interés anual, y el 10 por 100 de beneficios liquidados, segun el balance anual que se formará mediante la intervencion y á presencia de la junta general de todos los accionistas.

CONSEJO DE VIGILANCIA.

Excmo. Sr. D. Attilano Verdugo, duque del Poyo, grande de España de primera clase, etc., etc., etc. Presidente.

Excmo. Sr. D. Bruno Calzado, conde de Cueva hon-
da, gran cruz de varias órdenes, gentil-hombre, etc., etc.

Excmo. Sr. D. Policarpo Sangrado, gran cruz y co-
mendador de... banquero.

M. I. Sr. D. Teófilo Lanzadera, comendador y fa-
bricante de tejidos de algodón y papel de fumar.

Sr. D. Caralampio Tuétanos, ex-diputado y ban-
quero.

Sr. D. Ambrosio Aguaclara, propietario-capitalista
y banquero.

Director gerente: Sr. D. Mamerto Vallesolo, jefe
superior de Administración jubilado y propietario.

Abogado consultor: Dr. D. Serapio Calderon.

Secretario: D. Claudio Vallesolo, aprendiz de di-
plomático.

BASES DE LA SOCIEDAD.

1.^a Todo socio comanditario tendrá derecho á que
se negocie su casamiento, el de sus hermanas ó hijas
con persona que, reuniendo aceptables cualidades, per-
tenezca á su clase.

2.^a Si trascurrido un año, desde la petición formu-
lada por el socio para el objeto indicado, no le hubiese
proporcionado la sociedad lo que desee, será reintegrado
de su capital comanditario, considerándosele siempre
como socio, y con opción al interés señalado y al divi-
dendo de beneficios.

3.^a Cualquier socio ó socia que por las gestiones
de la sociedad verifique su casamiento, está obligado á
entregar el 1 por 100 del capital que aporte al matri-
monio el esposo ó esposa, proporcionada por la misma,
sin derecho á devolución.

4.^a La sociedad no contrae compromiso respecto á
las cualidades físicas de los esposos ó esposas que se le
pidan, y si solo responderá de las cualidades morales.

5.^a Los fondos de la sociedad serán depositados en casa un banquero elegido por junta general de socios, á propuesta de la direccion, ó de un número de socios que representen, cuando menos, la cuarta parte del capital social.

6.^a La direccion podrá emplear sus fondos en cualquier otro negocio, aunque sea ajeno al objeto especial de la sociedad, dando antes conocimiento á la misma en junta general.

7.^a La direccion podrá amortizar cada año el número de comanditas que crea conveniente, haciéndolo siempre por riguroso sorteo.

8.^a Tienen derecho á pedir los servicios de la sociedad toda clase de personas, aunque no sean socios, si bien los que se encuentren en este caso tendrán que aprontar una hipoteca de seis mil reales lo menos para gastos de gestion y demás, y verificado que sea el matrimonio, entregarán á la sociedad el 10 por 100 del capital que aporte al mismo el novio ó novia proporcionada.

9.^a y ultima. La cantidad que se asigna al director gerente y para gastos de negociaciones, etc., no podrá bajar de 80.000 rs. anuales. El reglamento y estatutos fijan más detalladamente los derechos y obligaciones de los socios comanditarios, y de cualquiera otra persona que utilice los servicios de la sociedad.»

Concluida la lectura, doña Rufina se dirigió á D. Marmerto, que la habia escuchado atentamente.

—¿Qué le parece á V.?

—Muy bien, en teoría; ¿pero y la práctica?

—De la manera más sencilla. Dicen Balzac y otros señores que de casamientos han tratado, que para arreglar casamientos no hay como las mujeres. Pues bien, contando con otras amigas mías muy sagaces, nos lanzaremos á campaña, y con nuestra diplomacia arreglaremos los casamientos que tenga pedidos la sociedad.

—¿Pero y el consejo de vigilancia?

—Todos son amigos de V., y mediante un beneficio de 6 por 100 anual, sin arriesgar capital alguno, se prestarán fácilmente á que nos sirvamos de sus nombres.

—Pues si lo cree V. todo tan fácil, por mí no hay inconveniente. Todo correrá á cargo de V.

—Qué bien vamos á estar ahora, dijo doña Brígida, palmoteando de alegría. ¿No te parece, Mamerto?

Y al mismo tiempo empezó á dar abrazos á su marido.

—Mujer, déjame en paz, que me mareas.

—Anda allá, soso, que tienes toda la economía gastada.

—¡Ojalá!

Adelina estaba que no cabía en sí de alegría, pero más circunspecta que su madre, se contenía delante de la solterona.

Celebráronse otras conferencias sobre el asunto de la sociedad, á las que asistió el abogado D. Serapio Calderon, presentado en casa de D. Mamerto por la fundadora, para que ilustrara al consejo con sus doctrinas.

D. Serapio Calderon era un hombrecillo delgado, pálido, de atiplada voz, nariz acaballada y movimientos de mono. Era, en fin, un gallo afeminado en palabras, obras, formas, costumbres, y hasta en los frecuentes ataques de nervios, que por darse importancia, simulaba, aunque su temperamento era pronunciadamente linfático.

IX.

Un pedimento amoroso.

El Ancora Matrimonial habia quedado definitivamente constituida en las reuniones preparatorias que habian celebrado la solterona, D. Mamerto y su familia, asistidos por el celeberrimo D. Serapio. Este, en su ca-

lidad de letrado, habia ilustrado al consejo directivo con todas las jurisprudencias habidas y por haber, que respecto á sociedades anónimas tenia dictadas el Tribunal Supremo. En este trabajo D. Serapio desplegó tal lujo de conocimientos forenses, hizo gala de tal elocuencia, que Adelina quedó prendida en las redes de aquel nuevo Justiniano; verdad es tambien que la niña no necesitaba gran cosa para enamorarse.

Adelina preparó sus baterias, dispuso su plan de ataque, y empezó á hostilizar al linfático D. Serapio, ora con tiernas miradas, ora con sonrisas, con frases de esas intencionadas que tan bien sientan á una mujer bonita y que llegan á enloquecer al hombre que es objeto de ellas, y en último caso se recurre á las exhibiciones estudiadas, de esas que parecen involuntarias, cuando una mujer enseña, *involuntariamente*, por supuesto, un pié diminuto, una mano alabastrina, unos dientes de perlas, una pierna hecha á torno, un seno turgente; ese es el golpe de gracia que no resiste el hombre más flemático cuando la mujer tiene suficiente talento para ejecutar esas estratégicas maniobras que dan por resultado la rendición de una voluntad rebelde, ó despiertan el sentimiento en un corazon marmóreo.

Todo eso se propuso Adelina, aunque no tuvo necesidad de tanto. Don Serapio era calculador, Don Mamerto pasaba por muy rico, de modo que á su hija todos le suponian una dote de doce ó catorce mil duros. El abogado Calderon echaba sus cuentas, y de ellas resultó que le convenia ser el yerno del director-gerente del *Ancora Matrimonial*, con lo que la sociedad empezaba á funcionar con tan buenos auspicios, como era el casamiento del abogado consultor con la hija del director gerente, cosa que no dejaria de llevar la confianza al ánimo de los participacionistas y aumentaria el crédito de la sociedad. Todas estas razones las pesó y analizó don Serapio en su

criterio matemático, y como entró también por mucho la dote de la niña, el abogado resolvió entablar su demanda arreglada á derecho.

Adelina había sacado á plaza sus conocimientos literarios, y aunque sus amores con el hambriento Tancredo le habían hecho perder algun tanto su afición á la literatura, para hacer alarde de sus conocimientos y de su talento, que ella creía podía competir con el de Calderon, en las reuniones que habían celebrado, para amenizar la árida materia que habían tratado, Adelina leyó sus poesías y sus artículos, que obtuvieron los más calurosos aplausos de don Serapio, y aun de la solterona, que á pesar de ser envidiosa, como todas las de su clase, halagaba la vanidad de Adelina porque le convenia tenerla contenta.

Con esto, el calculador Calderon tuvo ya armas para combatir la plaza, que él creía bastante bien pertrechada para la defensa. A una mujer literata se la ataca por la literatura, así es, que don Serapio, que era ducho en todo, escribió su demanda amorosa en renglones desiguales, como hoy se ha dado en llamar á los versos.

Don Serapio se había hecho asiduo concurrente á casa de don Mamerto. Una noche que Adelina estaba sentada en el piano preludiando un wals y dirijiendo lánguidas miradas al abogado, este se acercó radiante de júbilo.

—¡Oh! bellísima Adelina, ¿será V. tan justiciera como buena?

—No comprendo lo que V. me dice, Calderon.

—Que á su tribunal de V. acude un pobre litigante en demanda de posesion de un corazon que ansia poseer.

—¡Ah! exclamó Adelina, rebotando alegría.

—Tome V., prosiguió don Serapio dándole un papel, ese es mi escrito de demanda. ¿Merecerá contestacion?

—¡Si hay razon en la demanda!

—El cielo dotó á V. de hermosura; creo que ese hecho es uno de los más incuestionables del proceso.

—Pues bien, tampoco encuentro yo nada reprochable en el litigante. De todos modos no dude V. que seré justiciera.

—Así lo pido y espero.

—Así será.

Y Adelina, al tomar el papel que don Serapio le entregaba, le apretó dulcemente la mano, correspondiendo á la presion de la del abogado.

Terminada la tertulia, y retirada Adelina á su aposento, sacó del pecho aquel documento que tanto habia deseado, y trémula aun de emocion lo desdobló. Era un pliego de papel de oficio y su contenido era el siguiente:

Señorita:

*Como mejor en derecho
haya lugar, solicito
que como prueba del hecho
dareis lectura á este escrito.*

*En autos sobre el oficio
y en un papel baladí
hoy, en juicio aunque sin juicio
yo comparezco ante tí.*

*Esta mi demanda espongo
para pedir sin esceso
tu mano, y esto lo pongo
por cabeza del proceso.*

—¡Ah! ¡gracias á Dios! Creí que de todo hablaria menos de eso. Respiro, dijo Adelina. Prosigamos.

*Tengo un derecho inconcuso
á ver tu letra, alma mia;
si no contestas, te acuso
la primera rebeldía.*

—¡Admirable! ¡Qué talento! No puedo evadirme de con-

testarle! tambien en verso. ¿Y qué metro elejiré? Me parece el verso alejandrino. No, el sáfico será mejor, pues el endecasilabo está ya demasiado zurrado. Pero, ¿á qué me apuro? Ya me quedará tiempo de decidirlo. Acabemos de leer este papel.

El corazon con que te hablo
me ocupaste sin sonrojo,
y será la accion que entablo
interdicto de despojo.

Que yo tu amor necesito
y de él aspiro á las glorias;
el *no* ó el *sí*; no te admito
escepciones dilatorias.

—Bien, así me agrada, piensa como yo, lo que se ha de hacer que se haga pronto. Dentro de dos meses habré salido de la prosaica clase de soltera. ¡Qué envidia tendrán todas mis amigas! ¿Y Rufina? Cómo rabiara al ver que su sociedad ha servido para afianzarme á mí un brillante enlace, y para ella que es la fundadora, y diga lo que quiera, rabia por casarse, nada, nada. Ja, ja, ja, ja, ja... Y Adelina soltó una alegre carcajada.

—Verdad es, prosiguió, que yo soy una polla aun, y Rufina es ya jamona. Pero dicen los hombres que el jamon les gusta mucho, y sobre todo, si es en dulce. ¿Qué querrán decir con esto?... Pero con mis reflexiones me olvido del doctor Calderon. Continuemos.

La ley es de enamorados,
y tú vives en mi pecho;
aquí tienes formulados
puntos de hecho y de derecho.

Yo hablo claro como amante;
no ando en verdades angostas,
soy curial y litigante,
y no pagaré las costas.

—¡Qué rasgos de ingenio tan sublimes! Este hombre

me conviene; no es guapo, pero tiene mucho talento, y dicen que su bufete le produce cinco ó seis mil duros anuales. Lo creo, porque hombres de su talento ganan el dinero á espuertas. Magnífico partido es el que se me proporciona. Seré la esposa de un grande hombre que brillará en el foro y en el Parlamento, porque yo haré que sea diputado, senador, quizá ministro. ¡Dios mio, Dios mio, y qué fortuna tan grande me habeis concedido!...

Y Adelina lloraba de alegría.

Trascurrieron algunos minutos. Adelina enjugó las lágrimas que empañaban sus ojos, y continuó la lectura.

Con que si en esa heredad
hay *propiedad* y hay *producto*,
renuncio la *propiedad*,
si otro tiene el *usufructo*.

—Eso, jamás, dijo Adelina muy grave, no te escaparás tú como tantos otros, yo te ataré muy corto. Estás demasiado enamorado, y soy yo bastante bonita, y tengo más talento que otras para que deje escaparse partido tan ventajoso.

Te envidiarán las mujeres
al ver tus satisfacciones,
si eres leal, y me quieres,
y *acumulamos acciones*.

—Ya se vé que así será. ¡Vaya si tiene discurso! ¡y cómo me ama! ¡pobrecillo! Mi corazon nada siente por él, pero procuraré ser buena esposa y amarle como es debido.

Mas si es ficticio tu encanto,
y fatal nuestro consorcio;
en juicio, pido al canto
la demanda de divorcio.

Y así en *justicia lo pido*,
y lo espera en conclusion,

sin que le acuse el olvido;
firma: el doctor Calderon.

—Bravo, á contestarle voy.

Adelina pasó la noche en claro para componer la siguiente contestacion en verso.

Vistos los autos, fallamos:
que debemos condenar y condenamos,
á la bella demandada que facina,
á que sin apelacion, de esposa dé la mano,
que en justicia reclaman de, Adelina.

Empezaba el sol á reflejar en los cristales del balcon de Adelina, cuando esta ponía el siguiente sobre á su contestacion:—*Interior. Al doctor D. Serapio Calderon, abogado del ilustre colejio de esta ciudad, calle de Mendizábal, núm... etc.*

Tal fue el fallo que recayó en el pedimento amoroso del doctor D. Serapio Calderon.

Dos dias despues el jurisconsulto, vestido rigurosamente de negro, y llevando en el dedo el anillo simbólico de su grado académico, pedia á D. Mamerto, con todas las formalidades de estilo, la mano de Adelina.

Tratóse la cuestion en consejo de familia, con exclusion de doña Rufina, á quien por miedo de que lo desbaratara, no quisieron dar participacion Adelina y su mamá, y D. Serapio fue aceptado por las partes como futuro esposo y yerno respective.

Desde aquel dia fue presentado D. Serapio como esposo prometido de Adelina, y ocupó en casa de D. Mamerto el sitio y preeminencias que habian disfrutado sus antecesores.

X.

Pleito perdido.

La sociedad anónima *El Ancora Matrimonial* marchaba viento en popa. Apenas conocida del público, cuando ya estaban pedidas por un gran número de solteros de ambos sexos las participaciones que representaban el capital social. Superando este éxito á las esperanzas de la fundadora, se acordó hacer una nueva emision de participaciones por otros dos millones de reales. Colocadas estas en las restantes provincias de España, los solterones y solteronas aspirantes al matrimonio formaron un núcleo, una especie de confederacion, de la que resultaron un gran número de casamientos que se habian creido imposibles, hasta por los mismos contrayentes. Esto acabó de acreditar la sociedad, y su papel se negociaba con una buena primã.

Doña Rufina, nombrada por ella misma administradora general y tesorera de la sociedad, daba continuas pruebas de actividad y conocimientos financieros, de que un Rostchild ó un Torlonia tal vez no hubiera sido capaz, á llevar faldas como ella.

D. Mamerto, como director gerente, firmaba todos los documentos, espedia las órdenes de pagos, hacia las convocatorias, en una palabra, toda la responsabilidad pesaba sobre él, aunque el infeliz creia que aquello era una canonjia que le producía cuatro mil duros, sin molestarse para maldita la cosa, amen de veinte mil reales que percibia su hijo primojénito, como secretario, y cuarenta mil su futuro yerno, como abogado consultor. Ante una realidad tan halagüeña, D. Mamerto prestaba su firma para todo, sin importarle nada que los trabajos que desempeñaba la administradora, que lo manejaba

todo, fueran más ó menos legales. El resultado era que se hacian muchos y buenos casamientos; que habia continuas demandas de participaciones, y que tuvo que hacerse una tercera emision de dos millones más; que doña Rufina se acreditaba, que teniendo en su poder los capitales, negociaba con ellos por otro lado, y se los hacia producir un doscientos por ciento, que metia en su gaveta como obvenciones licitas.

Pero la solterona doña Rufina, que aparentemente habia renunciado al matrimonio, á fuerza de hacer casamientos se despertó en ella una fiebre tal de marido, que por el mero hecho de ver contratado el de Adelina sintió un odio mortal por sus antiguos amigos, y particularmente por la pobre Adelina, á la que declaró una guerra á muerte en su interior. Sus frecuentes conferencias con don Serapio, el futuro de su antes amiga Adelina, al que sondeó hábilmente, la convencieron de que el abogado no amaba á la hija de don Mamerto, y que solo como un buen negocio se decidia á realizar su casamiento. La solterona, con mucho tacto, le espuso el estado de su fortuna, muy superior á la de don Mamerto, además de los seis millones del capital de la sociedad de los que ella disponia á su arbitrio, y el abogado, que ya hemos dicho era un gran calculador, empezó á encontrar perfecciones en la cincuentona de doña Rufina, que por su parte acoció con cierta reserva los obsequios del jurisconsulto.

—Digo á V., amiga Rufina, decia don Serapio una mañana que se hallaban reunidos en el despacho de la sociedad la administradora y el consultor, que nunca he tenido inclinacion por Adelina, pero esa coqueta me ha asediado de tal manera, y de tal modo me ha perseguido, que no he tenido más remedio que hacerle el amor, y caer en la emboscada que tan hábilmente me tenia preparada. Pero desde que he tenido el gusto de conocerla á V. á fondo, de apreciar sus buenas cualidades, de convenir con sus

escelentes ideas, que son las mias tambien, que aborrezco á Adelina y me abruma el compromiso que con su familia he contraido, el que por más que procuro romper no veo medio, pues están conmigo tan serviles y bajos, que hasta me indigno por mi ceguedad, en no haber conocido antes á esa familia tan despreciable. Créame V., Rufinita, V. ha roto el velo que cubria mis ojos, V. me ha hecho sentir el verdadero amor; V. es la que ha nacido para mí, como yo soy el hombre que á V. le conviene.

—Todo eso será muy cierto, no lo niego, ¿pero puedo yo competir en hermosura con una jóven de veinte y cinco años?

—¿Que si puede V.? Y con ventaja. La belleza de V. es una belleza perfecta, acabada, y la de Adelina ya no pasará de lo que es ahora.

—Dispéñeme V. un momento, don Serapio, vea V. el resultado que arroja el balance de mi capital amalgamado con el de la sociedad, dijo Rufina que no habia dejado de hacer números en un papel y sacar cuentas.

El abogado se aproximó á su mesa y echó una ojeada al papel.

—Ocho millones ochocientos mil reales, dijo, brillándole los ojos con codicia. Bonita suma.

—Que será del que me dé su mano al pié de los altares.

Don Serapio exhaló un profundo suspiro.

—Si V. creyera en mis juramentos, en mi amor, yo sería capaz de todo, dijo en tono meloso.

—¿Se atreveria V. á todo?

—Por V. á todo.

—Pues óigame V.

Y aquellas dos almas gangrenadas por la codicia celebraron una conferencia para ponerse de acuerdo en los ruines planes que ambos maquinaban.

Terminada, se separaron, él radiante de júbilo como

cuando espetó su pedimento amoroso á Adelina; ella satisfecha de si misma por su triunfo, que consumaba una venganza inmotivada.

Seis meses hacia que funcionaba la sociedad, cuando una mañana vió don Mamerto invadida su casa por el tribunal de comercio, al mismo tiempo que Adelina recibia una cartita por el correo interior. El tribunal de comercio iba á hacerle el embargo prevenido por el Código, por la manifestacion de quiebra que él mismo habia firmado dos dias antes. Don Mamerto la habia firmado sin saber lo que firmaba, como muchos otros documentos que para ese efecto le presentaba doña Rufina, en quien tenia completa confianza.

La carta dirigida á Adelina decia estas solas palabras, y era toda del puño y letra de la solterona:

«Presuntuosa niña, apura un nuevo desengaño, y aprende á no insultar á las que no sirves ni siquiera para descalzar.»

Bajo habia estos versos escritos por el poeta-abogado:

No sospechaba Adelina
quedarse así sin marido,
ni por su parte, ladina,
tener *el pleito perdido*.

Lo que habia ocasionado estos cambios, habia sido la fuga de doña Rufina con sus ocho millones y pico, su consorcio con el abogado D. Serapio Calderon, la presentacion en quiebra de la sociedad *El Ancora Matrimonial*, y el concurso de acreedores que por esa causa se habia formado contra don Mamerto, como director gerente y responsable de la sociedad quebrada.

XI.

Amor de cien mil caballos de fuerza.

Un año trascurrió. La situación de nuestros personajes continuaba lo mismo, si bien las circunstancias habia agravado algun tanto la posicion financiera de don Mamerto. Repetidas demandas de tercera impugnadas por los acreedores de la sociedad *El Ancora Matrimonial*, salvaron tres cuartas partes de la fortuna de don Mamerto, y los únicos que en esta cuestion salieron perdiendo fueron los socios de la quebrada sociedad, que tuvieron que contentarse con un cinco por ciento del capital desembolsado. Doña Rufina y su esposo, el gran abogado, despues de permanecer un año en el extranjero, regresaron á Barcelona, en donde hacian gala de su opulencia, hija del fraude y de la rapiña, si bien las cosas habian sido hechas de manera que ni á don Serapio ni á doña Rufina podia seguirseles el más insignificante perjuicio del lio en que habian envuelto á don Mamerto, á quien su propia inocencia no fue bastante á impedir se cercenara algun tanto su fortuna, dándose por contentos todos de salvar el resto.

Adelina, que habia apurado aquella nueva decepcion en la felonía de su amiga doña Rufina y las calabazas que don Serapio le dió, languidecia como una flor á quien el céfiro deja de acariciar con su soplo vivificante. Pero vino á sacarla de su abatimiento un nuevo individuo de su preclara ascendencia que por entonces aumentó la familia.

Ya sabrá el lector que doña Brígida tenia un primo marino que habia llegado á ser capitán del puerto de Mahon, que en su juventud fue pretendiente á su blanca mano. Pues bien, ese primo tenia un hijo guardia

marina, que formaba parte de la dotacion de un vapor de guerra que se hallaba de estacion en el puerto de Barcelona.

Temistocles era un jóven alto, delgado, negro de cara como un mulato, de pelo crespo y patillas de chuleta. Sus modales eran propios de un marino, su franqueza era ya libertad y rayaba en groseria, y su lenguaje estaba salpicado de términos náuticos. Temistocles tomó posesion de casa de sus tios, como pudiera hacerlo de su camarote á bordo.

—Aquí me tienen Vds., que he echado el ancla én esta rada, donde invernaré, para que el equipaje se reponga de sus fatigas, decia el guardia marina á doña Brigida su tia, que medio gozosa, medio absorta, le contemplaba.

—Bien, bien, sobrino, tendremos mucho gusto en que nos acompañes.

—¿Y mi prima?

—Ahora saldrá.

Salió efectivamente Adelina, pálida, ojerosa, conmovida.

—Buenos dias, primo, dijo tendiéndole la mano.

—Muy felices, Adelina. ¡Mil bombas! primita, que aunque tu proa no es de mucha fuerza, me has dado una andanada, que á tener menos quilla mi buque le haces zozobrar. Pero aguarda, que si me obligas á usar del espolon, te echo á pique.

—No te comprendo, Temistocles, contestó Adelina, entre ruborosa y corrida.

—Que tienes un bauprés á propósito para correr una borrasca.

—Usa de otras palabras, sobrino, dijo doña Brigida, que tu prima no entiende ese lenguaje.

—Pues creo que hablo castellano, y si Adelina tuviera algunos piés más de manga, comprenderia que la eslorá y el puntal son lo más corriente en todo buque.

Además ya iremos echando reparos en su obra muerta, y verá V. cuando pongamos el cañon en batería, qué fuego más nutrido haremos contra esos piratas.

—Sí, sí, eso debes hacer, hacer fuego á los piratas que insultan la virtud y el candor de tu prima, que si tú supieras, es un ángel.

—Calla, mamá, dijo Adelina, fingiendo avergonzarse de oír los elogios que de ella hacia.

—¿Conque esas tenemos? preguntó Temistocles, con autoridad.

—Sí, hijo mio, si tú supieras, pero ya te iré contando las desventuras de tu pobre prima.

—Calla, mamá, por Dios, que vas á fastidiar á Temistocles, dijo Adelina, tirando el vestido á su madre con mucho disimulo.

--Cuente V., dijo el marino.

—Otro dia, que hoy llegas cansado; tiempo queda.

—Bien, V. avisará cuándo zinglamos.

—Por ahora, á descansar. Esa es tu habitacion.

—Como V. quiera. Con que, orzo la banda, cargo juanetes, aprieto las mayores, y doy fuerza á los foques. Hasta despues.

Y el guardia marina se entró en su aposento.

Un cuarto de hora más tarde roncaba, como pudiera hacerlo un novicio. Adelina decia á su mamá.

—¡Qué buen mozo es mi primo!

—Y tiene un gran porvenir, hará una gran carrera, llegará á almirante indudablemente. Ya ves, tiene diez y nueve años, y ya está próximo á ser oficial.

Adelina quedó pensativa. Dispuesta á flechar á su primo, desde aquel dia su tocador fue más esmerado, volvió á tocar el piano, que su mal humor le habia hecho olvidar, cantó delante de él algunas romanzas, le leyó algunas de sus poesias, y finalmente, empleó tantas y tantas coqueterias, que el marino concluyó por confesar

á su prima, que la amaba con la fuerza de cien mil caballos.

—¿Es eso verdad, Temístocles?

—Por Neptuno y Anfitrite te juro que es cierto.

—¿Cuán feliz me haces!

Adelina tenía más expansion con su amante el marino, porque al fin y al cabo era de la familia.

Para no demorar más el deseado matrimonio, se arreglaron los asuntos de familia, consintiendo todos; se pidió la real licencia y la dispensa del parentesco, se hicieron cuantiosos gastos para el canastillo de la novia, ó el *trousseau* como ahora se llama, y para el equipo del novio. La boda tenía que celebrarse con gran solemnidad. Claudio, el hijo primojénito de D. Mamerto, que definitivamente acababa de entrar en la carrera diplomática, estrenaría su uniforme, de agregado de embajada, en la boda de su hermana.

El día señalado llegó. La más escojida sociedad de Barcelona se hallaba reunida en los salones de D. Mamerto, que celebraba la boda de su hija con una gran *soirée*. Se esperaba únicamente al novio para que recibieran la bendición nupcial los dos amantes. Adelina, vestida de blanco, con su corona de azucenas y su velo de desposada, paseaba de uno á otro lado, dando el brazo á su hermano el diplomático, que con su casaca bordada, estaba más hueco que un pavo real. Doña Brígida y don Mamerto iban de un grupo á otro de convidados, cuando un criado entró y puso en manos de Adelina una carta.

Abrióla ella, y apenas habia leído dos líneas, cayó desmayada en brazos de su hermano. Retiráronla á su habitacion. Leyó la carta doña Brígida llena de pena, y tambien se rindió á un desmayo. El diplomático la leyó á su turno, y estrujando el papel con una mano y llevando la otra al puño de su espada, la pasó á su padre. D. Mamerto se quedó como una estatua, al leerla á su

vez, pero llamando en su auxilio á toda la serenidad de que podia disponer en aquellos momentos, se dirigió á sus convidados.

—Señores: siento mucho haber molestado á ustedes, pero por hoy se suspende la boda. Un asunto urgente del servicio ha obligado al novio á partir. Asi lo manifiesta en este escrito. Mi esposa y mi hija no han podido resistir esa noticia, que aunque nada de particular tiene en si, es cruel para ambas. Yo mismo deploro la causa que me priva de tener el gusto de obsequiar á ustedes esta noche. Avisaré préviamente el dia del enlace de mi hija.

Y D. Mamerto, dando apretones de manos y haciendo saludos, fue despidiendo uno á uno á todos sus convidados.

Hiciéronse mil comentarios sobre aquel desenlace tan dramático de la boda de Adelina, y los más curiosos averiguaron lo siguiente:

Habia entonces en Barcelona una compañía coreográfica italiana, que contaba con un personal de bailarinas que volvian la chaveta al más flemático del público barbudo, y daban malos ratos á muchas pollitas. Temístocles frecuentaba el teatro con la familia de D. Mamerto, que tenia palco. El marino quiso cerciorarse de la realidad de los encantos de aquellas silfides, entrando en el escenario, y una de ellas le cautivó el corazon, y el bolsillo por apéndice.

En tan apurado trance el marino contó á su amada su critica situacion, y ella, que veia á su amador con el bolsillo bastante repleto, gracias á la munificencia de su tío, que no solo pagó sus trampas sino que le dió dinero para que obsequiara á su esposa como si fuera cosa suya, le propuso un rapto, y como la italiana era amiga de las situaciones dramáticas, despues de concertada la fuga, fijaron el dia, que era el mismo que se habia señalado para la boda de Adelina con su primo Temístocles. La

carta que este escribió á su prima era la siguiente:

«Adelina: Me hago á la vela con la bella Corina Calderini, de quien me has oído muchas veces los mayores elogios. Tú eres muy buena para un terrestre, pero un buen marino no se embarca nunca en un buque que, según todas las probabilidades, hará pronto agua. Te aconsejo que te dediques al servicio de pontones, pues no sirves para navegar. Te enviaremos dulces de nuestra boda, para que te consueles, si es caso tienes que entrar en dique.

Tu primo que te aprecia,

TEMÍSTOCLES.»

Este suceso causó tal efecto en Barcelona, que muy pronto Adelina, su madre y aun don Mamerto, fueron objeto de la burla más ó menos grosera, hasta de sus más íntimos amigos. Corridos, abochornados por el chasco que habían llevado, tomaron el partido de levantar la casa é irse á vivir á Gracia hasta que se olvidaran algun tanto las pasadas escenas.

Adelina, despechada, hizo en su interior el juramento de ser casada antes de un año, aunque tuviera que apachucar con algun viejo dotado de gota y reuma. Con tales propósitos fue á ocupar una linda habitación de la casa que su papá había tomado en Gracia.

XII.

Marte y Vénus.

Para aquellos de nuestros lectores que conozcan la hermosa villa de Gracia, nos escusaremos de hacer su descripción, y para los que solo por el nombre sepan su existencia, diremos, que Gracia es una Barcelona en pe-

queño, una linda poblacion que rivaliza con la ciudad condal, y, á la que estrechará ésta entre sus brazos, quizás antes de terminar este siglo.

La habitacion que ocupaba Adelina en casa de sus padres, que como ya hemos dicho habian trasladado su domicilio á Gracia, era un pequeño gabinete que tenia vistas á una calleja nada ancha. Enfrente de su ventana caia la de otra habitacion, ocupada por un cadete, que perteneciendo á uno de los batallones acuartelados en la villa, vivia en una casa de huéspedes.

La curiosidad instintiva de Adelina, y al propio tiempo su empeño en salir de la calamitosa clase de señorita, para lo que no perdonaba medio, le hizo tomar noticias acerca de la vecindad, y particularmente de la ventana que hacia vis á vis con la suya, en la que, si bien no habia visto aun á nadie, el fuerte humo de cigarro que por ella salia con frecuencia y cierto crujir de armas, le denunciaban que tenia por vecino á un militar.

La gente que tiene ocupaciones, generalmente no se entretiene en averiguar vidas ajenas, así es, que, de las personas á quienes se dirigió Adelina para satisfacer su curiosidad, solo pudo saber que en la casa de enfrente tenian huéspedes, y que entre ellos vivian algunos militares.

Bastante tuvo con esto Adelina para pasar todos los dias una hora más en su tocador, componiéndose y acicalándose para poder dar golpe al vecino. Despues de lavada, peinada y arreglada, tenia buen cuidado de cojer su bastidor y ponerse á bordar ó hacer como que bordaba junto á la ventana, cuyas persianas dejaba entreabiertas.

Muchos dias pasaron sin que lograra conocer al vecino, pero al fin, una mañana oyó un ruido de sable arrastrado por el suelo, y entonces inspirada por su propio deseo corrió al piano y empezó á tocar el dueto de

La Vieja. Tras los primeros preludios cantó, esforzando su voz, la letra:

¡Ay! mamá, qué noche aquella,
 en que el falso me decía,
 niña mia, por lo bella,
 tú serás la estrella mia.

Acabado apenas el canto, sonó un fuerte palmoteo: Adelina volvió de nuevo á su sitio. Tomó su bastidor, y aunque hacia como quien bordaba, á hurtadillas miró la ventana de enfrente. El corazón de Adelina latió con fuerza. Un rostro barbilampiño asomaba por ella, y de una boca negra como una carbonera se exhalaban torbellinos de humo, que la misma absorbía de una pipa incomensurable, cuya boquilla apretaban unos dientes completamente negros.

—Tiene V. deliciosa voz, vecinita, dijo el de la pipa.

—Mil gracias, es favor, contestó Adelina, contenta por haber logrado su primer objeto.

—No, señora, es justicia y seca.

—Es V. muy lisonjero.

—Ahora soy yo quien le dá á V. las gracias, pero me juzga V. mal. Soy militar, y como á tal acostumbro á usar con todos la ruda franqueza de la profesion. No sé mentir ni adular.

—Así me convienes, dijo Adelina para sí, y añadió en alta voz.—V. qué ha de decir, para escusar su amabilidad.

—Lo que pienso y siento, nada más.

—Dispéñeme V. que lo dude, pero ustedes los militares están acostumbrados á ser muy galantes con las señoritas.

—Aun no he tenido ocasion de serlo en tanto grado como V. dice, porque reservo esa galantería para la que me conceda su amor.

—¿No ha amado V. todavía?

—Tengo el corazon virgen, ó mejor dicho, lo tenia, porque conozco que voy empezando á amar.

—Dichosa la que logre las primicias de su alma.

—¿La tiene V. envidia?

—No, pero me alegraria conocerla.

—La conoce V., y mucho.

—¿Qué la conozco yo? No comprendo.

—Es V.

—¡Yo!

Adelina soltó una ruidosa carcajada, que el vecino creyó significaba duda, cuando era satisfaccion, alegría.

—¿Lo duda V.?

—Pues no lo he de dudar.

—No veo el motivo. Supongamos que es V. Vénus, con lo que no le hago ningun favor, pues es V. lo suficientemente bonita para compararla á la diosa de la hermosura...

—Mil gracias, interrumpió Adelina, continúa V. siendo lisonjero y amable hasta la exajeracion.

—No admito esas gracias, y, prosigo. V. Vénus; yo Marte, si no por la cualidad de dios, por la profesion; ¿qué particular hay que yo la ame á V. desde el primer momento en que he tenido la sin igual fortuna de verla, como Marte amaba á Vénus?

Adelina se dejó convencer, porque no deseaba otra cosa, y desde aquel momento se estableció entre ella y su vecino, el moderno Marte, una intimidad tal como si se conocieran toda la vida, y se amaran desde el dia en que se conocieron. Ese modo de hacer el amor es muy militar; así como el de dejarse querer, que empleaba Adelina y emplean otras desesperadas, suele tener cómicos desenlaces, cuando no son trájicos; que dicho sea de paso, suelen menudear esos accidentes, que las personas de recta moral deploran altamente.

César Teston, el nuevo novio de Adelina, amores que

ella se arregló de cuenta propia, era el hijo tercero de un pobre boticario de un pueblecito de la provincia de Soria. Su padre consiguió, por medio del diputado de su distrito, una plaza de cadete en un batallon de cazadores para su tercer vástago, que no habia querido ser eclesiástico, la única carrera que podia el boticario sufragarle con la ayuda del cura del pueblo. César habia leído muchas novelas, sobre todo de Dumas, y se conmovia de emocion al recordar la brillante figura del gascon Artagnan, de modo que cuando se encontró de la noche á la mañana convertido en todo un cadete, vió el cielo abierto, y aunque no entraba á servir en mosqueteros, porque ahora no los hay, se creyó alcanzar en poco tiempo la posicion de un Treville, ganada á fuerza de reparar tajos y estocadas. Pero la ocasion que él esperaba para conquistar gloria y ascensos no se presentaba, de modo que César tuvo que resignarse en conferirse gratuitamente el papel de Marte y hacer el amor á su vecina, á la que de autoridad propia calificó de Vénus.

A medida que Marte y Vénus iban adelantando en la conjugacion del verbo, Adelina comunicaba á su buena mamá los felices resultados de su nueva empresa. Doña Brigida, aunque algo escamada por los chascos anteriores, veia el cielo abierto porque se presentaba nueva ocasion de que su hija resolviera el árduo problema de la vida de la mujer. César, por su parte, desde que averiguó que su novia contaba con una dote regular, se hizo más solícito, más enamorado, hasta el extremo de hacer algunas indicaciones de matrimonio. Pero se tropezaba enseguida con la dificultad de que D. Mamerto no queria dar su consentimiento para que su hija se casara con un simple cadete. Además, este no habia abdicado sus pretensiones de conquistar, cuando menos, el empleo de capitán á tiros y á cintarazos. Ocasion propicia se le ofreció. Su batallon fue destinado á la guerra de Africa. Adelina

temblaba por la existencia de su novio. César la animaba, diciéndole:

—No temas, con tu amor y el nombre que llevo seré invencible. César peleó en cien batallas y de todas salió ileso, y fue dictador, generalísimo y señor de Roma y del mundo todo. Verdad que entonces hubo un Bruto, pero hoy, aunque hay muchos brutos, ninguno de ellos es capaz de asesinar á César. Volveré capitán ó comandante.

—¿Sí, de veras? preguntaba Adelina conmovida en extremo.

—Te lo fío por mi acero, contestó él llevando la mano á la empuñadura del sable.

—¿Y te acordarás de mí siempre?

—Sí; ¿y tú no me olvidarás?

—Jamás.

—A mi regreso te llevaré al altar.

Los ojos de Adelina se llenaron de lágrimas, lágrimas de alegría que hacia brotar la risueña perspectiva con que César lo arreglaba todo.

Partió Marte, y en Africa, antes que hubiera podido dar la menor prueba de valor, de esas que se premian sobre el campo de batalla, los sólidos proyectiles que salían de las largas espingardas de los *moros de Rey*, atravesando sus dos piernas lo dejaron malamente herido en un combate á la falda de monte Negron. Conducido, primero á Ceuta y á Málaga despues, tuvo que sufrir la amputacion de ambas piernas para poder salvar la pelleja. Lo único que consiguió despues de perder los remos, como él decia, fue que le concedieran el empleo de alférez con la categoría de retirado como inválido y los noventa céntimos del sueldo que disfrutaban los de activo servicio. Su porvenir de amor y de felicidad, se trocó por un presente de botica; es decir, tuvo que irse á su pueblo á ayudar á sus hermanos mayores á confeccionar píldoras y jaropes en

el laboratorio de su padre. Escusado parece decir que, doña Brígida, á trueque de que su hija fuera casada, consentia en que el *héroe de Africa*, como ella llamaba á Marte, fuera el esposo de Adelina, pero D. Mamerto se negó rotundamente á tan descabellado pensamiento.

Adelina no sintió mucho aquel contratiempo. Marte la habia llegado á persuadir de que era una *Vénus*, y poseyendo la gracia fascinadora de la diosa de la hermosura, contaba hacer nuevas conquistas de más valía indudablemente que la que se habia malogrado.

XIII.

Amar sin verse.

Adelina tenia una amiga íntima, compañera de colegio, que á pesar de que contaba dos años menos que ella, llevaba ya tres de casada con un jóven muy complaciente. Clotilde, que así se llamaba la amiga, compadecida de la situacion de Adelina, se puso de acuerdo con su marido para proporcionarla un marido.

Raimundo, el esposo de Clotilde, tenia á su vez un amigo muy bueno, de excelente carácter y sentimientos, aunque de cortísimos alcances. Hablóle del proyecto, pintándole las cualidades de la niña, y á esta las del novio, que se llamaba Bautista, y residia en Cartagena. El benditon de Bautista, que se pisaba algo el escapulario, como suele decirse vulgarmente, quiso dar un golpe magistral, y entablados los preliminares por Raimundo y Clotilde cerca de Adelina, aceptado el futuro por esta y por sus papás, que no tuvieron que objetar al recomendado de sus buenos amigos, pendia la terminacion de aquellas negociaciones de un cambio mútuo de retratos, que Bautista demoraba porque queria retratarse con barbas, pues decia le favorecian mucho, y sus bar-

bas crecían muy poco á poco. Adelina, que amaba ya á su futuro con ese amor romancesco al que ella era tan propensa, se cansaba de esperar su retrato, y lo mismo los papás, mientras Bautista se embadurnaba la cara todas las noches con grasa de avestruz para que le creciera á prisa la barba.

Así pasaron algunos meses. Adelina enfermó de impaciencia y de amor; Bautista gozaba mentalmente con la grata impresion que iba á causar á su futura, y el cambio de retratos no se efectuaba nunca. Lo delicado del asunto obligó á Clotilde y á Raimundo á desentenderse de él, y D. Mamerto, atufado por lo que él llamaba impolítica de su futuro yerno, le puso una carta más picante que si fuera pimienta pura, dándole calabazas en nombre de su hija, en el de su mujer y en el suyo propio. Bautista, estupefacto, leyó el exabrupto epistolar del que tenía que ser su suegro, acudió á tomar consejo á su amigo Raimundo porque le dolía perder un buen dote, y el esposo de Clotilde le envió á paseo á él y á su barba, que habia sido la causa de todo.

Adelina, que se contaba ya casada, se lamentó de aquel desenlace, porque amaba á su desconocido futuro, como se ama por las heroínas de las novelas de Alfonso Karr, y lloró el contratiempo que habia producido un exceso de ridícula vanidad. Verdaderamente que Bautista era el único marido á propósito para Adelina.

XIV.

Estadística y amor.

Las contrariedades de la vida no tienen el suficiente poder para esterminar ese anhelo que es el perpétuo compañero de la criatura en su peregrinacion terrenal. Se sufre un desengaño, se apura una decepcion, se desva-

necen las más gratas ilusiones, y nuevas esperanzas renacen en el corazón humano; porque la esperanza es, como decía muy bien un célebre escritor, una luz que brilla en un horizonte sin término.

Esa luz deslumbró una vez más á la pobre Adelina, que había visto con harta pena suya frustrarse todos sus proyectos de amor y conyugal ventura.

Doña Brígida, incansable en sus trabajos, que bien podrían llamarse de zapa, para que su hija saliese de la prosaica clase de señorita, removia cielo y tierra, como suele decirse, para que Adelina consiguiese marido. A ese fin, á más de hacer la propaganda de las bellas cualidades que adornaban á su hija, de tender redes por do quiera, empleando como cebo la no despreciable dote que se le había asignado, no perdía tiempo ni ocasión de pescar un yerno. Este pareció cuando menos se le esperaba.

Doña Brígida y su hija se hallaban de visita un día en casa de una amiga de la primera llamada doña Camila, cuando se presentó de repente un nuevo personaje que arrancó un suspiro á Adelina é hizo asomar una sonrisa de satisfacción á los labios de la esposa de don Mamerto.

—Conque tú no conocías á mi sobrino Gregorio, decía doña Camila á su amiga.

—No, hija, no tenía el gusto de conocer á este caballero.

—Pues vamos, me alegro, ya no lo dirás otra vez.

—Y yo también me alegro, replicaba doña Brígida, porque así tendré el honor de ofrecerle mi casa y amistad para...

—Mil gracias, señora, interrumpió Gregorio saludando, pero sin quitar ojo á Adelina, que veía con placer había flechado al sobrino de doña Camila.

—Has de saber, querida, dijo esta, que mi sobrino es

todo un jóven de prendas, oficial quinto de estadística con cinco mil reales de sueldo, y al que me he propuesto casar bien porque es un buen partido.

—¡Ah! sí, dijo doña Brígida poniéndose colorada como un pimiento, sin poder disimular su alegría.

—Tú ignorarás tambien que mi sobrino Gregorio Olivo y Floridablanca es de cuna nobilísima, como vástago de la ilustre familia de Olivo y descendiente por línea colateral del egregio ministro y eminente hombre de Estado conde de Floridablanca, y que si al matrimonio no aportará un gran caudal porque su casa ha sufrido pérdidas de gran consideracion, llevará en cambio una ejecutoria limpia y brillante por todos sus cuatro costados, que dará gran lustre en la sociedad aristocrática á la que sea su esposa.

—Pues querida, de mí sé decirte, repuso doña Brígida, que si bien mi hija no puede enorgullecerse por una nobleza tan antigua y distinguida, su esmeradísima educacion, su brillante talento y sus doce mil duros de dote, la hacen digna de un príncipe.

—No te diré yo que no, contestó doña Camila, y si Gregorio no estuviere tan entregado á sus trabajos estadísticos, porque has de saber que mi sobrino es el primer empleado del ramo en conocimientos, quizá, quizá le recomendaria por esposa á tu Adelina.

—Por ti quedará, Camila, se apresuró á decir doña Brígida.

—En fin, ellos lo han de hacer tambien.

Mientras las dos amigas sostenian el anterior diálogo, Gregorio y Adelina habian entablado tambien su conversacion particular.

—¿No ha amado V. nunca? dijo ella á vuelta de muchas indirectas.

—Una vez amé, contestó él, y desde entonces que tengo muerto el corazon.

- Correspondieron mal á su pasion.
—Ingratamente.
—¡Qué perfidia!
—No lo sabe V. aun.
—Tendria gusto en conocer esa historia, pues sus penas me interesan ya como si fueran las de un hermano.
—¡Qué buen corazon tiene V.! Si todas fueran así, no habria ningun hombre que hablara mal de las mujeres.
—¿Pero mereceré la distincion de que V. me confie sus penas?
—Gran consuelo será para mí, pero temo abusar.
—Nada de eso.

En esto doña Brígida se habia levantado ya y se despedia de su amiga.

- Cuento con lo dicho, decia la primera.
—Por mí, aceptado en principio, contestaba la otra.
—Gregorio, añadió dirijiéndose á su sobrino, creo que no tendré necesidad de recordarte que tu galanteria te obliga á acompañar á estas señoras, á quienes quiero mucho. Viven en Gracia, y aunque es temprano, siempre es mejor que las señoras lleven acompañante. Las acompañarás hasta su casa.

Despidiéronse al fin, y doña Brígida y Adelina se apresuraron á llevar á puerto seguro á su nueva presa. Con exagerada amabilidad madre é hija remolcaron al oficial de estadística hasta la Rambla, subieron á un ómnibus de la Central y partieron con él á Gracia. Una vez allí, como era hora de comer y para evitar al acompañante la molestia de volverse sin descansar, le obligaron á subir y acompañarles á la mesa. De modo que aquello marchaba rápidamente, al parecer, á una solucion satisfactoria. Así al menos podia desprenderse de las miraditas tiernas que Gregorio dirijia á la hija de doña Brígida, porque lo de los doce mil duros de dote habia despertado

su inclinacion al matrimonio, á pesar de su pasion por la estadística.

D. Mamerto recibió al nuevo candidato con bastante amabilidad, y merced á los encomios que de él hizo su esposa, quedó admitido sin más discusion como el más ventajoso de los futuros yernos que habia tenido.

Adelina desplegó su prodigioso talento, y Gregorio cantó de plano; es decir, hizo su declaracion en regla; pronunció la más bella de las frases para las que padecen hidrofobia matrimonial; dijo:

—Quiero casarme, pero protesto que el amor conyugal no me hará renegar de la estadística. Seguiré mi carrera de empleado en el ramo, porque la estadística es el brillante porvenir de la juventud del siglo de las luces.

—No solamente apruebo eso, dijo Adelina, que transijia con todo á tal de lograr su anhelado objeto, sino que utilizaremos la influencia de mi hermano Claudio, que está en Madrid en el ministerio de Estado, para que tenga V. uno ó más ascensos.

Gregorio echó sus cuentas. Doce mil duros de dote y un cuñado con influencias para ascenderle, le convenian por muchos conceptos. Aceptó á título solo de amor, rechazando las mezquinas miras del interés, y sacrificándose solo por su gran pasion por la estadística, en la que se creía una notabilidad.

Cuando se despidió Gregorio aquella noche para volver á Barcelona, tenia concedida *in pectore* la mano de la incasable Adelina por los autores de aquella perfeccion, D. Mamerto y doña Brígida.

XV.

Desengaños.

Dos meses trascurrieron. Los amores de Adelina marchaban viento en popa. Gregorio compartía el tiempo entre la estadística y el amor, ó sea entre su oficina y la casa de D. Mamerto, en la que era un verdadero parásito.

Doña Brigida y su hija arreglaban el programa de la futura boda, para cuya realizacion se esperaba solo que Gregorio fuese ascendido á oficial cuarto con seis mil, cuya negociacion corria en la corte á cargo de Claudio, agregado diplomático (sin sueldo se entiende) al ministerio de Estado.

Los dias sucedianse á los dias. Gregorio habia contado por centésima vez á Adelina la historia de sus decepciones amorosas, y ella le habia protestado en el tono más mimoso que supo emplear, no hacer nunca con él lo que Lucía la suiza, que habia sido la protagonista de cierto amor platónico-mitológico que tuvo el empleado de estadística en Mallorca algunos años antes.

Pero á la vuelta de las aventuras de amor de Gregorio con Lucía y con una zamorana muy coqueta, de la que contaba mil glorias, Adelina sentía ó demostraba sentir unos celos horribles por el pasado del que ella consideraba ya su tierno y sensible esposo.

—Qué vá á ser de mí, le decia, si llegas algun dia á amar á otra. Me moriré, sí, me moriré de dolor.

—No temas, eso no puede suceder; yo no puedo amar más que á ti. Pero tu hermano no escribe.

—¡Ah! me lo juras que solo á mí me amarás siempre?

—Sí, te lo juro.... Pero cuándo vendrá el ascenso.

—¡Ay! cuán feliz me hacen tus palabras.

—Sí. Pero...

—Pronto te daré el dulce nombre de esposo. ¿No lo deseas tú también?

—Sí, hija. Pero considera que así con la simple categoría que hoy tengo, no podemos casarnos, aunque solo sea por...

—¡Ah! el amor no necesita mundanales pompas.

—Sí, pero la sociedad reclama ciertas cosas.

—Ya...

—Y tu hermano no debe descuidarse en sacar pronto una nueva credencial para mí, porque solo nos falta eso para ser felices.

—Sí; pues pronto lo tendrás. El ministro le dijo á un amigo de mi hermano que es diputado, que lo tendría presente, y cualquier día vendrá eso que tú esperas y que yo no comprendo por qué hemos de aguardar más tiempo. ¿No es lo mismo despues que antes? Yo ya tengo mis ropas concluidas, y si esperamos más tiempo pasará la moda de mis vestidos y tendré que hacerlos reformar.

—Bien, Adelina, yo lo deseo tanto como tú, pero no es posible que yo sea tu esposo sin que antes tenga seis mil reales. Ya sabes que también es esa la opinión de mi tía Camila.

—Bueno, esperaremos, dijo Adelina, y suspiró porque la tardanza en ir al altar la hacia sufrir un suplicio como el de Tántalo.

Pasaron días, semanas, meses. La credencial no venia. Gregorio desconfiaba ya de conseguirla. Adelina estaba desesperada y renegaba de la poca actividad de su hermano.

Llegó la primavera. Gregorio fue á su país á arreglar sus intereses antes de casarse, y á ver si aquellas aguas le mejoraban una disenteria crónica que hacia muchos años padecia. Llevaba dos meses de licencia. Habia

elecciones, y el oficial de estadística trabajó mucho y con éxito á favor de un candidato ministerial, el que consiguió el triunfo, á pesar de ser la mayoría de los electores parciales del candidato de oposicion, á cuyo favor emittieron la mayor parte sus sufragios, fenómeno muy frecuente en nuestro país, donde una aritmética particular demuestra que *uno* es más que *cuatro*... Pero, en fin, pasemos adelante, porque esto tiene que ver poco con nuestra historia.

Los grandes servicios del oficial de estadística, con licencia temporal en su pueblo, fueron premiados por el diputado electo con una credencial de seis mil reales; y lo más raro fue que el apasionado por la estadística se salió de aquel ramo para empezar á prestar servicios en el de comunicaciones, pues fue nombrado administrador de correos de ***. De esa manera logró el descendiente de Floridablanca tener los deseados seis mil reales de sueldo, y conseguido su principal objeto, formó un nuevo plan de vida. Tomó una ama de llaves que lo había sido ya antes de un cura, y que á pesar de ser casada abandonó á su marido por ir á servir al señor administrador de correos, y montó su casa y oficina para uso y gusto de su ama de llaves, gobierno, estadística, etcétera, etc. Mientras tanto, Adelina, como Calipso, no podía consolarse de la partida de su nuevo Ulises, y como la enamorada Dido tenía que apurar el desengaño de verse abandonada por su ingrato Eneas.

Decididamente el sino que presidió el nacimiento de Adelina, era contrario á la enfermedad, monomanía ó hidrofobia matrimonial de que se sentía atacada la hija de D. Mamerto y de doña Brigida. ¡Cuán inescrutables son los destinos de la mujer que quiere á todo trance lo que quería Adelina! ¡Cuántos sinsabores no sufre la que solo vé en la realizacion del problema la vana satisfaccion que reporta el llamarse mujer casada! Así es como se ven

tantos y tantos infortunios conyugales que empezaron con alegres y placenteras manifestaciones de la más cumplida y verdadera felicidad. ¡Ah! la historia de la mujer casada, así como si dijéramos por carambola, encierra muchas lágrimas y muchos dolores. En el exterior se vé una cosa, y en las interioridades domésticas se vé todo lo contrario. Muchas veces, lo que á primera vista parece bello, es monstruoso, es deforme, si se examina con detencion. Pero... basta ya de filosofia, y prosigamos.

XVI.

El galguito inglés.

La mujer no sabe vivir sin amar. Cuando los engaños ó las traiciones, la edad y las costumbres la alejan del hombre, suele concentrar su cariño en los animales. Así es como vemos perros que son el ídolo de sus dueñas; gatos más mimados que un niño; canarios que forman las delicias de una familia; cotorras que saben rezar el trisajio y preguntarse si son casadas, y otra porcion de animalitos, póstumo consuelo de la que le consagra un corazon gastado. Los que en esa colonia están en mayoría son los perritos. Pocas jamonas ó viudas que no han podido pasar á segundas nupcias se encontrarán, que no tengan su correspondiente perrito americano, galguito, carlin ó chino. El perrito es el artículo indispensable en toda familia donde haya verdadera calma chicha en los vientos matrimoniales. Obsérvenlo mis lectores: de cada diez jamonas hay nueve que tienen su último amor consagrado á la raza canina, que, dicho sea en verdad, suele corresponder con mayor ternura á los halagos y caricias de sus ex-jóvenes dueñas, que nunca correspondieron los más entusiastas y amartelados de sus adoradores.

Durante el período álgido de sus últimos amores, Ade-

lina habia cobrado odio á los animales. Dos tortolitas, que antes de pretender ser la esposa de un gran estadístico formaban su encanto, hubieran muerto de hambre y sed en su jaula, si doña Brigida, más previsora, no las hubiese servido una mañana en el almuerzo á su futuro yerno, condimentadas con una salsa de su invencion. La voracidad del empleado de estadística dió honrosa sepultura en su estómago al objeto más querido de Adelina, antes que él se presentara en escena. Pero la inestabilidad de las dichas humanas hace que la criatura retrograde de la senda del progreso, por la que pretendia marchar siempre. Adelina vió á su ingrato Gregorio separarse del buen camino; huir de la honrosa y digna pendiente que conduce al santo matrimonio, para abismarse en el cenagal de los amores venales y altamente vituperables. Adelina lloró aquel nuevo desengaño, lanzó su anatema al ex-empleado de estadística, y entregó su dolorido y acongojado corazón á un galguito inglés.

Céfiro era muy bonito, muy cariñoso, muy inteligente; por eso Adelina le colmaba de caricias y le prodigaba los nombres más tiernos y apasionados.

—Idolo mio, le decia, amor mio, ven á mis brazos, ven á recibir el calor de mi seno; tú solo eres digno de mi amor.

Y *Céfiro* correspondia á tantas pruebas de amor, volviendo los besos que su ama le daba con grandes lametones á su cara ó á cualquier otra parte que para el objeto se le ofreciera. Adelina se entregaba á los más grandes trasportes de amor con su galguito. Se lo acostaba en su cama, comia en la mesa con ella y la mayor parte del dia lo tenia sobre sus rodillas. Doña Brigida decia:

—Pero Adelina, ¿cómo es posible que te entregues al amor de un perro, cuando podrias hacer la felicidad de un hombre?

—Los hombres, mamá, los hombres valen menos que los perros, contestaba Adelina. Ninguno de ellos seria capaz de corresponder á mi amor como lo hace mi *Céfiro*.

Y cojia el perrito, lo besuqueaba, lo estrechaba contra su corazon y le daba los nombres más cariñosos.

—Vamos, hija, repetia doña Brigida, vamos á la reunion de la gobernadora. Déjate el perro; ¿hase visto *perolito* semejante?

Doña Brígida queria ser culta en su lenguaje, y habiéndole parecido que prurito era una palabra mal sonante, de autoridad propia la habia convertido en *perolito*; que segun ella, significaba algo cuando la otra era una *intransaccion* retórica y nunca una *figura metafórica*. La esposa de D. Mamerto decia que ella leia y releia á Hermosilla, y que por lo tanto sabia más retórica que sus hijos, que la habian estudiado en la Universidad.

Pero Adelina no atendia á las retóricas de su mamá y tenia su voluntad, su pensamiento y su corazon todo entregado al lamedor de *Céfiro*.

Doña Brígida trabajaba casi siempre en vano por vencerla. A duras penas podia arrastrarla á las sociedades que antes frecuentaba con tanto gusto. A ellas concurría Adelina acompañada de su galguito, ó si por desgracia tenia que dejárselo en casa, no sabia hablar de otra cosa que de las monerías de su perro. La dueña de *Céfiro* confesaba que transijia con el *can-can* solo por el nombre, que repetia el de la raza noble y generosa por escelerencia. Despues de tantos amores, despues de tantas ternezas, Adelina habia concluido por renunciar á sus proyectos matrimoniales. El amor y las caricias de *Céfiro* le bastaban. ¡Y aun se nos querrá elojiar la consecuencia femenina!

XVII.

El presente de Adelina.

—Todo, todo se ha perdido, todo, decía doña Brigida mesándose los cabellos. El último y mejor partido para nuestra hija se ha evaporado como se evapora el agua de colonia de mi lavabo, porque la doncella es una torpe y deja el frasco destapado casi siempre. ¡Ah! Mamerto, qué desgraciada soy; yo voy á morirme de pesar.

—Pero Brigida, por Dios, no te apures tanto, que...

—¡Que no me apure! cuando veo perder una ocasion tan buena, y además contemplo á mi hija colocada en el blanco de los más crueles tiros que la envidia, sí, la envidia únicamente le dirijen. ¡Qué desgracia despues de tantas glorias!

Y doña Brigida lloraba como una Magdalena.

—Calma, Brigida, calma y no llores, decía el bueno de D. Mamerto; pues si bien lo examinas, has de ver que la única causante de todo es la loca de Adelina. ¿Hase visto descaro semejante, sostener delante del baron de la Paloma, que iba á declararse su pretendiente, que su perro vale más que todos los hombres?

—¡Desdichada, no sabe el mal que se hace ni el dolor que á su madre le ha ocasionado con su insensata conducta!

—Ya ves tú misma que una ofensa semejante inferida á todo un sexo, ha de promover un complot del cual no puede salir muy bien parada Adelina. ¿Qué extraño es que la llamen la *señorita del perro*, si declarando su passion por ese animal ella misma se echa el sambenito encima?

—¡Ay! Mamerto, no me lo recuerdes; eso me va á causar la muerte.

—Por poco te apuras.

—¿Te parece poco el verse uno en caricatura, el que nuestra hija y su maldito perro vayan por ahí en aleyunas como me han dicho? ¡Ay, yo me voy á morir!

Efectivamente: la sensible doña Brigida tomó tan á pechos que la ridiculez de su hija llegara á ser ya tan pública, que una fuerte calentura cerebral la postró en el lecho, y en pocos dias la puso en disposicion de hacer el último viaje.

Adelina lloró mucho la muerte de su madre. D. Mamerto la tomó con gran filosofía. El diplomático se mandó hacer un hermoso lazo de crespon negro para colocarle en la empuñadura de su espada; y esos fueron todos los resultados por aquella sensible pérdida.

La que inocentemente habia sido causa de que la sociedad perdiera á una de sus más respetables damas, continuó entregada al delirante amor que á su perrito profesaba, en tales términos que declaró no queria ocuparse de otra cosa que de cuidar á su idolatrado *Céfiro*, cada dia más mono y para su ama más cariñoso.

Don Mamerto, para poner en su casa algun orden, en vista de que su hija no queria entender en nada del gobierno doméstico, tuvo que tomar una ama de llaves. Escojióla de una edad regular, es decir, de unos treinta y cinco á cuarenta; guapota, curiosa y amable, que estuviera siempre en disposicion de coserle los botones del pantalon si se le caian llevándolo puesto, como con frecuencia le sucedia; y á ella le entregó las riendas del gobierno de su casa.

Aun no habia trascurrido medio año, y ya el viudo D. Mamerto, que antes hablaba mucho de su esposa, no hacia otra cosa que elojiar las relevantes cualidades de su ama de gobierno, con la que de dia en dia iba adquiriendo mayor intimidad, hasta el extremo de que la gente llamara la atencion de Adelina acerca del inusitado lujo que iba desplegando la que al decir de todos se pre-

sentaba como la probable candidata del viudo D. Mamerto, asáz inclinado á segundas nupcias.

Todo esto de nada sirvió á Adelina. No dejó por ello su método de vida. Su perro y solamente su perro fijaba toda su atencion; de manera que mientras don Mamerto pasaba el tiempo dando asiduas instrucciones á su ama de llaves para el mejor gobierno de la casa; Adelina vivia entregada en cuerpo y alma á una pasion que los antiguos calificaron de sodomítica, y yo llamo tonta é insípida en su grado más superlativo. ¿Qué es querer á un animal con tanto delirio que llegue uno á olvidarse de todo? Rebajarse al nivel del que es objeto de un cariño tan insólito. Tal es el presente de Adelina.

XVIII.

Esperanzas en conserva.

Dijo perfectamente, y es una gran verdad, el que definió la esperanza como una luz que brilla en un horizonte sin término. A vuelta de desengaños, de decepciones y de amargas cuitas que, todos, quién más, quién menos, tenemos que apurar en la vida, un átomo de esperanza hace vivir resignado al que más declama contra su infortunio.

Nuestra protagonista Adelina, á pesar de vivir *emperrada*, y perdóneseme la frase, tenia períodos lúcidos, es decir, momentos en que el sentido comun recobraba su imperio, y en ellos, recordando sin duda que años antes habia bebido las aguas de Helicon, hacia depositarias de sus íntimos pensamientos á las blancas hojas de un álbum.

Por una casualidad aquel álbum vino á mis manos, y entretenido en su lectura pasé algunas horas, sacando por conclusion que á pesar de lo mal que trata Adelina

en él á los hombres, aun alimenta la esperanza de que algun desesperado la lleve á la vicaría. ¡Es fuerte cosa que la mujer ha de decir siempre lo contrario de lo que siente! La lectura del diario de Adelina me convenció más de que las hijas de Eva son y serán en todo tiempo verdaderos problemas sociales, que para resolverlos se necesitará estudio asiduo y corazon frio como si se tratara de un problema de matemáticas. Adelina, que hablaba mal de los hombres en todas partes, que hasta en sus mismos momentos de íntima expansion, subyugada por el despecho de sus contratiempos amorosos, deslizaba en el papel la hiel de su corazon amargado por tantas contrariedades, venia á respirar al fin el embalsamado aire de la esperanza.

No puedo resistir la tentacion de extraer unas cuantas páginas de su diario.

«El hombre y el perro! ¡Ah! ¡qué diferencia tan grande existe entre esos dos seres! El primero, creado para dominarlo todo, no sabe ni siquiera apoderarse del corazon de la mujer, no sabe, porque... no sabe amar; no sabe corresponder á los sentimientos que inspira, porque el hombre es más débil aun que la mujer y todo en él causa impresiones que mutuamente se van borrando y dejan solo la casi imperceptible huella de un recuerdo medio borrado en el fondo de su memoria. En cambio el perro, ese animal todo inteligencia, todo lealtad, todo adhesion; ese animal que ama porque en su corazon sin duda cabe solo la ternura por el que se llama su dueño; que sufre castigos resignado y lamiendo humildemente la mano que contra él se levanta; que no abandona nunca ni en la prosperidad ni en la desgracia al que le da el pan de su mesa, que á veces le ven sucumbir de dolor sobre la fria tumba del que fue su dueño, al que llora con lastimeros abullidos; ¡ah! el perro es la antítesis del hombre.

Raza cruel y descreída, vampiros que absorbeis hasta el último átomo de la sensibilidad de la mujer para destruir fibra tras fibra su corazón apasionado; en la otra vida, sin duda alguna, os ha de condenar al suplicio de Tántalo la justicia divina, ya que en el mundo haceis apurar tan amargos sinsabores á la que ha sido hecha de vuestra carne y para compañera vuestra. ¡Ah, los hombres, los hombres! ¿Por qué no tenían que ser como los perros? Pero no, ingratos, desleales y traidores; vuestras frases de miel, vuestras miradas de amor valen menos que la caricia más tonta de un perro... Odio, pues, al hombre, odio eterno; amor y ternura á los perros que saben comprendernos...»

Y más adelante decía:

«Un hombre se ha fijado en mí. Me sigue á todas partes, me mira y despues alza los ojos para mirar al cielo. ¿Si me querrá dar á entender con eso que me ama con una pasión tan pura como el firmamento en una noche estrellada? ¿Si fuera cierto y encontrara en él lo que tanto desea mi corazón! Me parece que voy poniendo en el desconocido algo del amor que profeso á *Céfiro*. ¿Quién será? Y él no es del todo feo, aunque cojea y es un poco bisojo. Si al fin se declarará, pero no pasa de mirarme mucho y suspirar como si tuviera el pecho oprimido por una gran pena. Pero, eso que no habla, no dice nada, no intenta nada... Será tal vez tímido. Reniego de los hombres tímidos... Nada, nada, por más que con mis miradas le aliento, y le he dado á entender que no me es indiferente, permanece en la misma actitud... ¡Qué calma, señor, qué calma!... Y yo no puedo dudar que me ama, su conducta, su insistencia en seguirme me dan derecho á creerlo. A paseo, á la iglesia, á todas partes me sigue... ¿Pero por qué no ha de hablar?»

* * *

«Al fin, he sabido quién es. Es espósito y sordo-mudo de nacimiento. ¡Qué fatalidad! Pero aun así y todo es el marido que me conviene. ¡Si al menos tuviera una posición y un nombre! Ni eso tiene. Vive de una corta pensión que le pasa la conferencia de San Vicente de Paul... Esperemos, quién sabe...»

Adelina esperó en valde. El sordo-mudo pasó para ella como habian pasado los otros; dejándole un desengaño más y aumentando su odio á los hombres y su aversion al matrimonio, al que llamaba la tumba de las doradas ilusiones. Sin embargo de eso, la flor de la esperanza despedia aun para su existencia ese perfume que vivifica los corazones que las decepciones han marchitado. Así continúa viviendo.


XIX.

El autor se despide de sus lectores.

Aquí termina mi historia. Es la reproduccion de muchas escenas que he visto representar en nuestra sociedad. He procurado fotografiarlas con toda la verdad que me ha sido posible. Aunque tomadas rápidamente, casi al vuelo, mi máquina las presenta revestidas de sus propios colores. Que hoy existen bastantes mujeres como Adelina, que hay padres como D. Mamerto, y que á cada paso tropezamos con mamás como doña Brigida, son cosas que no necesitaré probarlas. Mis lectores conocerán quizá á más de uno de los tipos que he presentado. Cuanto de ridiculo tiene nuestra sociedad, apelando al sistema de Hanheman, debe combatirse con el *similia similibus*. El ridiculo se cura ridiculizándole. ¿Dónde iriamos á parar si diéramos por bueno lo malo? Concedamos aplauso á lo que le merezca, y censuremos duramente aquello que se salga de los limites de lo decoroso y lo digno. Así tal vez

consigamos estirpar el mal, y entonces habremos dado un paso más á la perfeccion, que es el bello ideal de toda sociedad.

En cuanto á vosotras, discretas y lindisimas lectoras mías, *(porque á todas os atribuyo ambas perfecciones); despues de daros las más espresivas gracias por el tiempo que habeis empleado leyendo mi historia, ó cuento, porque me es igual la calificación que le querais dar, declaro que al escribirla aspiré solo á proporcionaros un agradable pasatiempo. Si lo he conseguido, satisfecho quedará mi deseo.



En consecuencia de lo anterior, se debe considerar que el presente es un
 documento que ha sido producido en virtud de la ley de acceso a la
 información pública, y que por lo tanto, no se debe considerar que
 contiene información privilegiada o confidencial.

En consecuencia, se debe considerar que el presente es un documento
 que ha sido producido en virtud de la ley de acceso a la información
 pública, y que por lo tanto, no se debe considerar que contiene
 información privilegiada o confidencial.

En consecuencia, se debe considerar que el presente es un documento
 que ha sido producido en virtud de la ley de acceso a la información
 pública, y que por lo tanto, no se debe considerar que contiene
 información privilegiada o confidencial.

LA MUJER DE CUARENTA AÑOS.

BOCETO.

I.

El bello sexo tiene ridiculeces altamente risibles. La más principal de ellas es la de querer ser jóvenes siempre, por más que el tiempo, con su inexorable mano, marque sus efectos destructores con una arruga en la fina tez ó una cana en el blondo ó negro cabello.

Hay una época en la vida de la mujer que se presta admirablemente á la crítica más desembozada, porque sus esfuerzos á querer ser lo que no es, la ponen á tiro de la sátira de los hombres. Los cuarenta años, cifra fatal, suministra los más amplios detalles para el que estudie las costumbres de la cara mitad del hombre en el siglo de los adelantos.

Mi caracter observador me ha proporcionado abundantísimos materiales para trazar un cuadro de costumbres de nuestros días, y aunque someramente perfilado voy á esponerlo á la sensatéz de mis lectores.

Elena era de pequeña estatura, de facciones algo marcadas, de ojos negros, nariz bastante desarrollada y cuya punta terminaba con una especie de planisterio adornada por una línea que la dividia en dos mitades iguales; su boca era más bien grande que pequeña; sus dientes no tenían la suficiente belleza para que los comparemos á una sarta de perlas, y en cuanto á su cuello,

no le faltaba gran cosa para poderlo equiparar por lo largo al de una cigüeña. El conjunto de la persona de Elena no tenia nada de particular, era más bien fea que bonita; pues su figura amuñecada, su andar de pato, la exajeracion con que vestia, su conversacion trivial, sus coquetterias sin gracia ni talento alguno, la ponian en evidencia siempre que deseaba producir efecto.

Tenia sobre todo esto una circunstancia que la llenaba de mal humor é impaciencia cuando la recordaba. Frisaba casi en los cuarenta años, y una mujer del mérito que ella queria poseer, si es soltera como ella, suele estar atacada de hidrofobia matrimonial, y así, presa de esa enfermedad, no pueden echar carnes, cuando generalmente se observa todo lo contrario en mujeres de esa edad, que llevan diez, doce ó más años de matrimonio. Elena, dicho se está, era flaca, pero la modista suplía las faltas de la naturaleza.

Tras muchos conatos infructuosos, despues de haber tendido sus redes á algunas aves de paso y á ciertos pájaros de estacion que ella deseaba cazar; despues de ver á sus tres hermanas menores convertidas de la noche á la mañana, de señoritas como eran, en respetables señoras, Elena se consumía de impaciencia, porque con todas sus artimañas de coqueta desesperada, no podia encontrar á un idem que quisiera cargar con sus cuarenta años.

La pobre Elena, llena de singularidades que no llegaban á componer un plural de solo dos personas, por más que ella hacia, veia trascurrir el tiempo sin que se presentara el París tan deseado.

Pero como no hay pollino que sin albarda se quede, siquiera sea vieja y remendada, y dispéusenos lo pobre del símil, en gracia de que no se nos ocurre otro mejor, Elena encontró la suya en un pobre diablo, rico si, pero más bruto que el mismo que lo inventó.

Braulio, así se llamaba el futuro de Elena, á pesar de no tener nada de lo de Salomon, se resistió como un héroe antes de ir al altar, y hubo que emplear mil estratagemas para que mordiera el anzuelo, y al fin el infeliz se dió á partido y fue á la vicaría con los cuarenta años de Elena muy emperejilados y encubiertos para mejor disimularlos, para que el cenceño de Braulio, (porque Braulio era cenceño), fijándose demasiado en la que iba á ser su consorte, no le jugara una mala partida, si acaso le entraba en mientes reflexionar sobre el garrafal disparate que iba á cometer.

Por fin Elena logró salir de la prosaica clase de soltera.

—¿Pero y los cuarenta años? se preguntaba ella.

Elena que habia sido coqueta cuando soltera para pescar marido, despues de casada lo fue mucho más para disimular sus años, y así se respondió ella misma á la pregunta.

Elena en teatros, paseos, bailes y reuniones estaba muy melosa con los hombres, muy espresiva, y queria que la llamasen polla, que la dijeran chicoleos, que la adularan. Ella misma provocaba las galanterias de ciertos hombres, ella misma se insinuaba muchas veces, todo, por supuesto, con el honesto fin de disimular sus cuarenta años. Los rayos del sol que se pone, no hieren la vista de nadie; del mismo modo la mujer que está en el otoño de su vida no puede brillar ya por su lozanía ni hermosura; debe contentarse con que se la cite por su talento ó por el buen juicio de sus actos.

Aunque Elena habia dado, al año ó poco más, un retoño á su buen Braulio, soñaba siempre embarazos, porque de esa manera queria probar que no tenia cuarenta años, y en su crasa ignorancia no sabia que la mujer vieja como ciertos árboles centenarios dan frutos prematuros, efecto de los esfuerzos de la última sávia que lucha

con la caducidad de la vida. Y eso mismo le sucedía á Elena, que habia podido atrapar un marido al que llevaba una docena de años de ventaja, circunstancia que siendo á la inversa es lo naturalmente admitido. Pero Elena queria á toda costa desprenderse de algunos de sus años, aunque fuera solo en apariencia, y para eso no perdonaba medio. Habia conseguido una gran victoria en encontrar un Braulio que la hiciera señora; queria procurarse un fautor de celebridades que la preconizara como una divina polla por su hermosura, talento y elegancia; tres cosas que disimulan algun tanto los años de las mujeres.

II.

Doña Ceferina era una viuda muy corrida, que sabia tanto como el sábio Lepe, el de *La varita de virtudes*, de Larra; tenia mucho mundo, mucho trato y muchas trampas, á pesar de ser viuda de un intendente, clase que durará hasta la consumacion de los siglos, aunque el gobierno suprima las clases pasivas.

Elena era muy amiga de doña Ceferina, que la llevaba de elogios poniendo su elegancia, su gusto y su talento en los cuernos de la luna, si bien la viuda del intendente, que tenia más conchas que un galápago, se llevaba una mira en sus adulaciones; pues como Elena tenia coche, para disfrutar el obligado andante de elogios llevaba siempre en él á la astuta de doña Ceferina. Lo mismito pasa hoy con los ministros que gobiernan nuestra España; distinguen y dan el mejor trozo del turrón presupuestivo, al que les adula más y con más asiduidad. Y despues dicen: *premio* al talento, al mérito, á la virtud, al patriotismo; y son recompensas que se dan á otros tantos como doña Ceferina.

Mas como todas las cosas tienen dos lados, Elena era más que murmurada, despellejada, por la viuda, que se

desquitaba diciendo la verdad de lo que era la esposa de Braulio, siempre que tenia ocasion para ello.

—¡Jesus! que tonta es Elena decia un dia doña Ceferina á unas amigas suyas. Se casó de cuarenta años y quiere hoy tener treinta. Quiere tener buena figura, y es un armazon de huesos. Quiere tener talento y no sabe ni siquiera leer bien. Quiere ser elegante y parece toda ella una feria. Quiere tener buen pelo, y sus peinados son un compuesto de trenzas y de postizos. Reniego de las mujeres que no se conocen. Desengañense ustedes, el cernicalo de su marido es verdaderamente ciego cuando fué á cargar con un mueble viejo y tan averiado por el tiempo y por..... pero lo mejor es callar, porque luego dicen que es envidia, murmuracion. Vean ustedes ¿qué tengo que envidiar, yo que me casé á los diez y ocho años, á una mujer que se ha casado precisamente á la edad que yo enviudé? ¡Por que tiene coche! Pues tambien tengo yo tratamiento de escelencia y mi marido no era un don Braulio Quintin Calabaza, que Dios sabe de que familia será, si no todo un caballero de cuatro grandes cruces y de una llave de oro. Ya ven ustedes, hoy, á la verdad se le llama murmuracion, y á los elogios de sociedad verdades y justicia.

Cuando doña Ceferina estaba con Elena le decia.

—Querida, que elegante estás; que bien te sienta ese vestido, que peinado llevas de tanto gusto; que buen color tienes. Vamos eres la perla del salon; si fuera hombre tendria celos de tu marido.

Elena se quedaba mas hueca que un pavo. Doña Ceferina en su casa.

—Elena es muy infeliz. Cree que nadie conoce que vá rellena de algodón y que se pinta con mas carmin que puede gastar un pintor.

¡Pobre tonta! Tu gusto es churigueresco, como lo

prueban tus trajes, tus peinados y la cargazon de pintura y de polvo con que revocas tu cara que sin eso tendria arrugas. ¡Y vive persuadida de que nadie lo conoce! Pero, al fin y al cabo, á mi que me importa que ella sea el hazme reir de los mismos que cree en su obtusa inteligencia que están perdidos de amor por ella? Me pasea en su coche y eso gano con cantarle alabanzas.

III.

Cárlos, estudiante sopista, hijo de un foliculario, como diría si fuese académico, llegó á ser abogado, pero abogado sin pleitos, es decir, muerto de hambre, porque la toga sin pedimentos no es comestible. Cárlos quiso ser hombre de moda, y sentó plaza de gorron; se propuso vivir sobre el país, conoció á la cuarentona Elena, que quiso pescarle, pero como el niño buscaba á la vez una buena viña, y Elena no tenia nada que vendimiar, se hizo de pencas, y ni redes, ni anzuelo, ni liga, ni reclamo sirvieron para pescar al abogado anfibio. Cuando Elena fué la señora de Calabaza, que era rico, Cárlos volvió á arrimarse á la cuarentona. Entonces habia en lontananza algo y ese algo iba á buscar el ex-sopista.

—¿Qué te propones, mirando tanto á la señora de Calabaza? le preguntaba á Cárlos un dia un amigo.

—¿Y, no lo presumes?

—No. Porque si tu hubieras querido en otro tiempo.....

—¡Ah! pues, si recuerdas eso, tambien sabrás que puedo ser su amante cuando quiera ó comprometerla de tal modo que parte de las rentas de su marido pasen á mi bolsillo.

—¿Cuentas conseguirlo?

—Ya lo creo, chico, es negocio hecho. Hemos de celebrar en casa de Lardy con una comida de á media onza el cubierto, los primeros mil reales que la saque. Desde ahora quedas convidado, lo mismo que tu Coraly. Y apropósito de tu amiga, ¿cuándo truenas con ella?

—Cuando le saques á tu conquista de cuarenta años, nada mas que cuarenta mil reales, y me los des como indemnizacion.

—Si, pues antes de un mes los tendrás en tu poder.

—¡Palabra!

—Palabra. Ya sabes que un Tenorio como yo no ofrece nunca nada en vano.

—Pues no lo olvides, porque me hace mucha falta ese dinero, y así tu *vieja* nos será útil á los dos.

Y semejante par de fatuos asiéndose del brazo se dirigieron al casino.

¿Qué juicio tenia formado la cuarentona de su amartelado adorador, que echaba cuentas con el dinero de Braulio?

IV.

Mientras tanto Elena discurría así:

—Cárlos, tiene partido con las mujeres, (pero olvidaba la clase de mujeres que le atendian,) además frecuenta el casino, va á la Castellana todos los dias, á los teatros y concurre á algunas de las reuniones que yo asisto. ¡Podrá servirme para crearme una celebridad, para que se diga en todos los círculos de buen tono: «Qué elegante es Elena, qué talento tiene, qué maneras tan distinguidas, qué gusto! ¡Ah y cuánto daría yo para que en todas partes me citaran como un modelo! Sí, sí, yo lo conseguiré; Cárlos me mira mu-

cho, yo le atraeré con mis coqueterías, yo le impondré mi voluntad sin que me comprometa á darle otra cosa que esperanzas. ¡Cuando apesar de mis cuarenta años he logrado un marido, que por lo tonto, ni hecho de encargo, ¿no he de poder servirme de ese trasto de Cárlos?

Cuando Elena llegaba á este punto de su monólogo, entró su doncella y le dijo:

—Señorita, el señor D. Julian Cañizares espera á V. en la sala.

—Bien, ya voy. Arreglame un poco el pelo, pásame la tohalla de Venus por la cara, creo que estoy algo pálida.

—Es figuracion de V. señorita. El sol no brilla mas que su cara.

Y tenia razon. La cara de Elena llevaba habitualmente dos dedos de barniz que la hacian impermeable.

Elena arregló su vestido, y se dirigió á la sala. El que esperaba en ella era un poeta.

Julian Cañizares era un jóven de verdadero talento, pero al que solo faltaban dos grados para ser un misántropo. Por una de esas singulares estravagancias que se observan en los que están atacados de esa enfermedad. Julian se habia enamorado locamente de Elena. Ella lo conocia y coqueteaba con él como con todos los demás. El poeta, prudente, discreto, caballero, procuró dominar su pasion y no pudiéndolo conseguir se la demostró mil veces valiéndose de medios ingeniosos que hubieran inspirado simpatías y recíproca confianza á otra mujer que no fuera la cuarentona Elena. Ultimamente deshauciado de una manera evidente, se obró en él una reaccion, abrió los ojos á la realidad y comprendió bien, quien era la mujer por quien habia suspirado en prosa y en verso,

y se propuso demostrarla que no se puede engañar impunemente á la sociedad, usurpando una plaza y un título que no le pertenecía por ningun concepto. Con ese fin habia ido á su casa aquel dia.

—A los pies de V. Elena, dijo levantándose y saludándola apenas entró en la sala.

—Sea V. muy bien venido á esta su casa.

—Gracias. Pero no me dirá V. lo mismo dentro de poco.

—¿Y eso?

—Va V. á ponerse furiosa con la mision que traigo.

—Diga V.

—Un amigo mio, muy amigo, estaba enamorado; perdidamente enamorado de una amiga, muy amiga de V. y esta que es además de vieja, coqueta y egoísta, no debe en manera alguna comprender lo que vale el amor del hombre que para su mal se fijó en ella. Como esa señora es una de esas mujeres que con cerca de medio siglo de fecha, son una pura mentira desde los pies á la cabeza, sus pretensiones ridículas y necias son, usurpar el puesto que en la sociedad corresponde á las mujeres de verdadero mérito; mi amigo, que no es tonto, penetra sus planes y para espiar la falta gravísima de haberla amado, aunque su amor fué hijo de una alucinacion, se propone ponerla en ridículo en todas ocasiones valiéndose de las armas que se usan en nuestra sociedad. Y como indudablemente su amiga de V. tiene la presuncion de creer que nadie la comprende, para evitarla una bochornosa derrota, vengo, con una mision diplomática, que podremos llamar *ultimatum*, si á V. le place, para que sepa su amiga, que su conducta de coqueta vulgar, adocenada, es considerada como *casus belli*, por el que un dia fué su adorador, y que hoy se declara su más irreconciliable enemigo, para probarla que

con los hombres que algo valen y en algo se estiman, no se juega como con un chisgarravis de esos que pululan por todas partes; reasumiendo diré, ó que su amiga de V. se atenga á ser vieja entre las viejas y no quiera pasar por jóven en todas partes, ni ostentar encantos que no tiene, ni cualidades que no posee, ó que se prepare á sufrir una guerra sin tregua ni descanso, en la que no lo dude, será vencida; tendrá que declarar al fin que su sitio no es, ni ha sido nunca entre las bellasjóvenes, ornato de nuestras sociedades, y menos entre las jamonas que aun atraen golosos, porque valen lo que su amiga de V. no vale ni ha valido nunca. Conque tenga V. la bondad de comunicárselo á su amiga, y acepte desde luego la seguridad de mi reconocimiento y un millon de gracias. Beso á V. los piés.

Y se levantó, cojió el sombrero, hizo un saludo y salió.

¿Qué pasó entonces por Elena? Lo que á toda muger de cuarenta años, con sus circunstancias, y sus pretensiones, le sucederia si se pusiera en igual caso.

¿Se corrigió? No puedo decirlo. Otro día quiza lo diga, si me encuentro de humor para trazar un boceto como este, que un buen pintor podrá elevarlo á la categoría de cuadro.

V.

Balzac, ese escritor que entre risa y llanto tantas verdades ha dicho, escribió un libro filosófico sobre las mugeres de treinta años; si hubiera escrito de las cuarentonas, no hubiera tenido bastante con un libro, hubiera publicado dos ó tres docenas; asi como yo no me contentaria con unas cuantas euartillas, si no me propusiera continuar este trabajo, contando la histo-

ria de otras muchas cuarentonas, ó ampliando la de nuestra Elena, que como la célebre de Troya, legará á la posteridad un Páris de nuevo género, y algunas otras cosillas mas.

UN MATRIMONIO CLÁSICO.

SEGUNDA PARTE

DE

LA MUJER DE CUARENTA AÑOS.

I.

La luna de miel.

Elena resolvió al fin el gran problema. Con no pocas angustias, y, recurriendo á los grandes golpes de su coquetería desesperada, logró salir de la prosaica clase de *señorita*, cuando se llevan cuarenta primaveras sobre la espalda. Elena cazó marido, porque deseaba ardientemente ser casada, aunque no fuera mas que por el que diran de las gentes. Al cabo y al fin, una casada de cuarenta años no está tan en berlina como una soltera que cuenta esa edad.

Celebróse la boda con toda la solemnidad de una mujer vieja que quiere lucirse y aparecer joven. Elena cuyo mérito era harto problemático, hubiera querido que las cien trompetas de la fama pregonaran su ma-

trimonio apesar de que por lo tardío y escepcional no la proporcionaba gran lauro. Elena era tan vanidosa como coqueta, y no se contentó con exhibir á todo el mundo el *trousseau* que su marido le habia regalado, sino que quiso celebrar las bodas con gran pompa. Un obispo *in partibus* dió la bendicion á los esposos, y á los quince dias circulaban un millar de esquelas elegantemente litografiadas, participando que la señorita doña Elena Marcoval habia contraido matrimonio con el Sr. D. Braulio Quintin Calabaza. En el periódico *Universal de noticias, Eco imparcial de la opinion y de la prensa, vulgo Correspondencia de España*, ó llámese gorro de dormir de los politicos trasnochadores, apareció un suelto que decia así:

«La bella señorita, (eso de bella es obligado, porque á nuestra protagonista no le cuadraba tal calificativo), doña Elena Marcoval ha contraido matrimonio con el rico propietario de Pontevedra D. Braulio Quintin Calabaza. Los recién casados van á salir en breve para la capital del vecino imperio, á pasar los primeros meses de su union disfrutando de los placeres con que brinda Paris á los que le visitaban con el bolsillo bien repleto. Deseamos al nuevo matrimonio todo género de felicidades.»

Este suelto le costó cuatro duros á Braulio, que se los gastó para complacer á su vieja mitad, que nunca veía su vanidad bastante satisfecha.

Así empezaba aquel matrimonio.

—Mira Braulio, le decia Elena, cuando acabó de leer el párrafo consabido, es preciso que nos marchemos á Paris. Hemos contraido un compromiso con el público, con nuestros amigos y con cuantas personas nos conocen, y no podemos quedarnos en Madrid.

—¿Aun quíeres que me gaste mas dinero? Contestó él, asustado. ¿Conque no son bastante los cinco ó

seis mil duros que me cuesta el casamiento, que quieres gaste otro tanto en viajes? A saber yo eso, no hubiera hecho poner ese suelto en *La Correspondencia*, que por lo visto sabrás ya de memoria, tantas son las veces que lo has leído.

—Pues es preciso.

—No veo esa precision.

—Pues yo sí.

—Aun cuando fuera eso no me encuentro en disposicion de nuevos gastos. Este año apenas habrá cosecha de castañas, y ya sabes que yo sin eso no puedo echar las cuentas muy largas.

—¡Jesus que hombre!

—Y, bien, ¿que?

—¿Que?... Que deberias saber los usos y costumbres de la buena sociedad.

—Lo que me importa saber es el estado de mi peculio, porque mañana seré padre y debo mirar por mi hijo.

Elena hizo como que se ruborizaba. A Braulio se le cayó la baba.

—Vamos, prosiguió ella, una vez que tu no conoces las costumbres de buen tono, debes dejarte gobernar por mí que no te haré hacer ningun papel ridículo. Es cosa convenida lo del viaje.

—¿Pero Elena?

—Nada, nada, querido mio, es indispensable que sepa todo el mundo que nos marchamos de Madrid.

—Pero muger considera que para ir á Paris se necesita gastar mucho dinero.

—¿Y quien te ha dicho á ti que yo tenga preension de ir á Paris? Con tal de salir de Madrid cubrimos el espediente.

—¿De modo que podremos ir á Galicia si te es igual?

—¡A Galicia! No me parece muy pintoresco ese pais, ni tampoco es de gran tono ir á tu pueblo á ver los castaños.

—Pues, entonces: ¿donde quieres ir?

—A los baños de Trillo. Mis nervios lo reclaman.

—¡Ola, ola! ¿con que tambien padeces tu de los nervios? No me dijistes nada de eso cuando eras soltera.

—Mi posicion de entonces no me lo permitia.

—¿Y te permite ahora obligar á tu marido á que por suplemento del presupuesto de boda se gaste ocho ó diez mil reales mas?

—Es de buen tono el viajar de recién casados.

—Si, pero es tambien de hombres de dinero y yo no lo tengo para eso.

—Tu eres rico, tienes ocho mil duros de renta y no estas escaso de dinero. Te repito que es cosa decidida lo del viaje.

Braulio no insistió mas. Su cara mitad le habia contagiado algo la ridicula vanidad de que estaba hinchada, y por parecer bien, y obrar como las gentes de tono se resignaba á todo incluso á gastar el dinero, y eso que era un gallego muy cuco y muy retacaño.

Pero cuando se encontraba á sus solas no podia menos de reflexionar su situacion.

—¿Para que me habré yo casado? Se preguntaba á si mismo. Cargar primero con una mujer, que segun la partida de bautismo, testimonio que no puedo recusar me lleva mas de una docena de años; que no tiene mas dote que su persona y esa nerviosa, como ella misma ha confesado, que no tiene de quien heredar; que todo su capital son dos docenas ó tres de vestidos algo viejos como ella, que tendré que reponer yo á medida que se inutilicen; que no tiene mas alhajas que las que yo le he comprado. Total: cero

ingresos, sesenta ó setenta mil reales mas cada año fuera del bolsillo; todo por tener una mujer menos que desear. ¡Bonito negocio he hecho! Vamos soy muy bruto, ó mi mujer tiene mas talento que yo, y me ha envuelto completamente. Dicen que la luna de miel es el paraíso de los matrimonios posteriores á Adán y Eva, y para mí es un río de plata y oro que mi cara mitad me hace gastar lindamente. Vamos, he hecho un disparate mayúsculo casándome. La señorita Marcoval seria muy noble, muy elegante y tambien muy vieja, pero no pasaba de ser la hija de un consejero de Estado que no tiene mas breva que el presupuesto. Confieso que el que me llamaran yerno de un consejero de Estado, me facinó tanto como los pobres encantos de Elena, pero á haber sabido que su pasivo era cero, mas cero, apesar de que mi suegro cuenta á todos que tiene cortijos en Estremadura, no seria el hijo de mi padre el que hubiera cargado con una mujer nerviosa y vieja... Yo deseo tener un hijo, ¿pero lo tendré? Es Elena ya tan madurita..... Recuerdo que cuando hablé de mi futura paternidad se ha ruborizado mi esposa..... Vamos, vamos, de fijo hay novedades. Si es así no le negaré nada. Es preciso que yo la interroge y si efectivamente está en estado interesante la llevaré á los baños de Trillo y á Paris si quiere tambien. Todo, todo, antes que se malogre mi heredero. ¡Pero Señor, que luna de miel tan cara!

Y Braulio, medio contento, medio apenado fué en busca de su mujer para que le sacara pronto de dudas.

II.

Por el fruto de bendición.

Encontró á Elena estasiada contemplando un figurin, y tal era su preocupacion que no se apercibió de la proximidad de su marido. Este la dió una palmadita en el hombro.

—¡Ola! eres tu, dijo ella. Mira que bonito traje, que *pouff* mas elegante, que bien me sentaria á mi uno igual.

—Aun mas vestidos. ¿No tienes bastantes ya?

—Si, pero me falta uno escocés. ¡Verdad que me lo comprarás!

—Antes quiero que me digas una cosa.

—¿Pero me comprarás el vestido escocés?

—Regularmente, si me dices la verdad á lo que te pregunte.

—Puedes empezar.

—Como le entraré, pensaba el.

—Que querrá saber, se preguntaba ella.

—Vamos salga el sol por Antequera, dijo para si Braulio.

—Si yo pudiera utilizar la curiosidad de mi marido, se decia Elena.

Braulio despues de cinco minutos de meditar la forma del interrogatorio, dijo de repente y con un júbilo inesplicable.

—Elena, tu estás en estado interesante.

—¡Ay! dijo ella procurando ruborizarse y cubriéndose la cara con sus manos delgadas y huesosas.

—Si, tu estás en estado interesante. A mi nada se me escapa.

Elena empezó á hacer pucheros.

—¿Pero, y ahora á que viene eso?

—Me ha sorprendido hijo, me ha sorprendido tu salida.

—Yo creo que.....

—Que hay otros medios mas finos y decentes para adquirir ciertas certidumbres, le interrumpió ella.

—Es que yo quiero convencerme, salir de dudas, por que si efectivamente es así.....

—Te disgustaria quizá?

—Al contrario, seria mi mayor placer, como que me he casado para tener hijos.

—Pues bien, amigo mio, soy madre, dijo Elena en tono sentimental, y procuró ponerse colorada, lo que no pudo conseguir por mas que pasó el pañuelo por la cara.

—¡Ah! ya decia yo, dijo Braulio satisfecho de su sagacidad.

—Soy madre, prosiguió ella, aunque siento que nuestro hijo no llegará á bien, pues los disgustos é incomodidades que tu me proporcionas contrariando mis justos deseos, me tienen muy nerviosa.

—Sí, pues, á Trillo. Ya puedes hacer el equipaje. Mañana partiremos.

—¿Y me comprarás el vestido escocés?

—Si.

—¿Y un *pannier*?

—Tambien, aunque no se lo que es eso.

—No importa, yo si.

—Y un manguito?

—Si.

—Y una *boa*?

—Tambien.

—Y nos abonaremos al Real cuando volvamos?

—Desde luego.

—Estoy satisfecha de ti, amigo mio.

—Yo no del todo de mi. No estaré tranquilo hasta que hayas tomado las aguas de Trillo y los nervios te se pongan bien. Quisiera estar ya allí.

—No tardaremos mucho, voy á arreglar el equipaje. Tu mientras tanto puedes vestirte y saldremos á comprar el vestido escocès, el *pannier* y todo lo demás que me hace falta.

Y Elena se fué muy contenta. Mientras se emperegilaba para salir, pensaba.

—Que marido mas..... tengo. Y soltó una alegre carcajada. Fácil me será tener siempre lo que quiera, y eso haciéndole ver que hago su voluntad, y acato sus disposiciones.

Braulio se decia.

—Con que al fin soy padre..... ¡Que placer! Tener uno una reproduccion de su estampa. Verdad es que los principios nada mas me van á salir caros. Pero que remedio, yo no puedo contrariar á mi mujer, si quiera sea por el fruto de bendicion. No debo esponer la existencia de mi vástago. ¡Hijo mio! dijo enternecido, cuanto dinero vas á costarle á tu papà.

Y una docena de suspiros se exhalaron de su pecho oprimido por la idea de que tenia que gastar dinero.

III.

Por el bien parecer.

Elena vió cumplidos sus deseos. Aquel mismo dia quedó comprado el vestido escocès el *pannier* y otra porcion de cosas mas, y entre ellas todas las que se necesitan para confeccionar un sombrero de moda de esos infinitisimales, como los medicamentos homeopáticos. Elena; presumiendo entenderlo todo, pretendia confeccionárselo ella misma, lo que ponía muy

contento á su marido, pues el capricho de su mujer le ahorraba cinco ó seis duros de manos de una modista.

Arreglado el equipaje compuesto de dos grandes mundos, como si fueran á hacer un viaje al rededor del globo, Braulio y su interesante consorte parieron para Trillo, haciendo antes circular un centenar de tarjetas entre sus amigos, en las que se anunciaba su partida para Paris.

Llegados á los baños, é instalados en su alojamiento, empezó Elena á sacar vestidos y mas vestidos, de los dos mundos que exclusivamente iban llenos de ropa suya. Braulio contemplaba esta operacion con una cara muy fosca.

—Y pensar que me ha costado once duros el exceso de peso para que tu trajeras á los baños tus galas y trajes de novia, dijo al fin.

—Amigo mio, es preciso. Si no los luzco ahora, euándo podré lueirlos. Además, que debemos festejar con anticipacion á nuestro hijo.

Y se promovió una discusion entre el matrimonio, en la que Braulio tuvo que convenir, muy á su pesar, en todo lo que su vieja mitad queria; pues ella conociéndole el flaco no hacia mas que quejarse de que se alteraban sus nérvios para que el aspirante á papá cediera á todo.

No contribuyó poco á terminar el altercado, la llegada del médico director de los baños que fué á visitar á los nuevos bañistas.

Enterado del estado de Elena, y convencido de que los nérvios de la cuarentona, eran poco más ó menos lo que suelen ser los de otras maulas, es decir, un recurso diplomático, la propinó mucho ejercicio, distracciones, buenos alimentos y dos ó tres baños.

Elena no se olvidó de preguntar al doctor si el baile

podría perjudicarla, y el galeno que era muy listo, comprendiendo la pregunta á donde iba encaminada, contestó que precisamente era una cosa que recomendaba mucho á todas las que eran tan nerviosas como ella.

La esposa de Braulio se alegró infinito de la contestacion del doctor, al que calificó de médico sapientísimo, porque entraba en sus planes bailar, si habia quien la invitaba á ello.

Sabido es que las sociedades de los establecimientos de baños, aunque á veces compuestas de elementos heterógeneos, se entregan á todos los placeres que brindan las diversiones que los mismos bañistas se proporcionan.

La música, el canto, el baile y el juego, son los principales recursos que apuran los bañistas de ambos sexos. Las mujeres jóvenes están por el canto ó la música, las pollitas por el baile, las jamonas por las tres cosas y tambien por el juego. Los pollos, por todo, con tal de que tengan una pollita á quien piar y que les mire con buenos ojos; los gallos van únicamente á lo positivo, como se ha dado en llamarse hoy, á la sensata costumbre de no hacer el oso. Y así de esa manera, hora en bailes, hora en conciertos, se pasa agradablemente la temporada.

La llegada de nuevos bañistas es para las sociedades temporeras un acontecimiento que dá mayor animacion al cuadro. Todos y cada uno en particular, esperan algo de aquella agregacion. La madre que ha ido con dos ó tres hijas casaderas, espera que entre los recién llegados habrá alguno que prendado de los encantos de cualquiera de sus hijas, la hará el amor con el honesto fin de llevarla al altar.

La viuda *inconsolable* que llora á su difunto esposo, confía que se vá á presentar el hombre que la ha de

hacer olvidar su cónyuge. El cazador de gangas, que en los baños se encuentra en el día lo mismo que en todas partes, cuenta con que se presente un buen partido, es decir, una muger, fea ó bonita, eso poco importa, que posea algunos millones, por lo cual está dispuesto á poner término á su vida de celibe recalcitrante. La casada amable, desea se le proporcione algun amigo, antiguo ó nuevo, con quien departir poéticamente mientras su marido habla con el doctor de su ictericia ó de las palpitaciones.

El jugador de profesion, plaga que tambien concurre á los baños, aguarda algun prójimo incauto á quien desbalijar, caballerosamente se entiende, ó algun neófito á quien iniciar en los grandes secretos de la profesion, haciéndole pagar caro el aprendizaje, si es que vá con el bolsillo bien repleto. Cada uno de los que componen las sociedades de los establecimientos de baños, cuenta sacar algun partido de que se aumente la coleccion con uno ó mas individuos. Por regla general, eso es lo que pasa en los establecimientos de baños, hoy que se concurre á ellos mas por moda que por salud ó pasatiempo.

En los de Trillo, apenas se tuvo noticia de la llegada de dos nuevos bañistas, una comision nombrada por el centro general fué á darles la bien venida. Formaba parte de ella Carlos Silvante, el abogado sin pleitos que en otro tiempo fué el mono que mas se distinguió con sus monerías para que Elena le contara entre el número de sus adoradores. Este por casualidad, no vayan á creer nuestros lectores otra cosa, habia ido á Trillo á pasar un mes entre personas que no le conocian y á las que era fácil honrarse con tal ó cual primada de *buen tono*.

Presentóse la comision, presidida por Gregorio Robles, que se llamaba á si mismo el primer republi-

cano del universo, y Braulio y su consorte la recibieron de una manera distinta. Ella, sonriendo á las frases que Robles y su amigo Carlos le dirigieron. El, procurando aparecer grave y formal.

—Invitamos á ustedes á que nos honren concurriendo á nuestras reuniones, dijo Robles.

—Gracias, aceptamos, contestó Elena.

Y despues de los cumplimientos de ordenanza se retiró la comision, no sin que Carlos y Elena cambiaran algunas miradas algo significativas.

La esposa de Braulio hizo sus aprestos, preparó sus trajes, y desde aquel dia empezó á lucir sus vestidos de novia y sus joyas, cosa que si bien arguye mal gusto, hincha la vanidad de las que han llegado á un estado y posicion que no esperaban.

Empezaron los bailes, los conciertos, y Elena quiso animarlos con su presencia y buenas maneras. Pero como allí habia mujeres que valian mas que ella, su incorporacion á la sociedad de bañistas produjo muy poco efecto, y á ella le dió motivo para muchas rabietas, pues todas, absolutamente todas, bailaban y recibian obsequios particulares menos Elena, á pesar de que empleaba toda la influencia de su coquetería hábil aunque ya gastada. Braulio, por lo general, se iba á darse tono hablando de política con un viejo senador y un aprendiz de diplomático que formaban parte de la sociedad.

Hasta el mismo Carlos parecia se habia propuesto contribuir á las rabietas de Elena. Ningun dia, ni ninguna noche, cuando los bañistas se reunian en el salon ó en los jardines del establecimiento hacia otra cosa que saludarla con bastante contentamiento de Braulio, que por efecto de sus habladurías, no le veia con muy buenos ojos. Elena, llena de despecho, le abordó un dia que lo encontró solo.

—Parece, dijo, que los buenos amigos son muy volubles.

—No sé porque dice V. eso, contestó él.

—Demasiado que lo sabe V.

—Le aseguro á V. que no comprendo.

—Pues yo se lo explicaré. A las antiguas amigas no ha tenido V. tiempo para invitarlas á bailar ni siquiera una polka. O es que las exigencias de alguna pollita desabrida y nécia se lo impiden á V.

—Señora, yo creía que su marido de V.....

—¡Mi marido! No tiene V. que nombrarle, demasiado sabe V. que vé lo que yo quiero que vea.

—¡Ah! yo me figuraba..... Pero prometo á V. que esta noche sin falta polkaremos.

—Eso me reconciliará con V. Me voy. Hasta la noche; cuento con su palabra.

—Adios Elena.

Y se estrecharon la mano como dos buenos amigos.

Llegó la noche. Elena se presentó hecha un brazo de mar, como suele decirse. Llevaba un vestido de raso verde que contrastaba con el estuco que servia de restaurativo á su cara, curtida por los años y por el abuso de los afeites. Ostentaba un escote que era todo un amazon de huesos, y para atenuar sin duda lo poco tentador de su cuello y espalda, llevaba muchos collares, muchos diamantes y el indispensable guardapelo, cadena de reloj y otras baratijas.

—Mira, Gregorio, decia Carlos al primer republicano del universo, es preciso que me entretengas al marido porque la mujer está empeñada en danzar y no tendré mas remedio que bailarla.

—Pero hombre, y tienes estómago para estar cerca de esa mujer. Si es lo peor que hay este año en Trillo. Yo creía que tu casadita era otra cosa, cuando tanto me la ponderabas.

—Es que tu olvidas una cosa, que si bien ella no es capaz de matar de amor á nadie, su marido al menos es rico y por la peana..... ya tu me entiendes.

—Si es así callo.

—Pues calla y sírveme, que yo también lo he hecho por ti cuando has necesitado que entretuviera á doña Paca para hablar tu con su hija.

—Corriente, no se hable más. Queda á mi cargo el marido. Componte tu con la mujer, y buen provecho.

Robles se acercó á Braulio.

—Amigo mío, ha leído V. el magnífico artículo de fondo de *La Iberia* de hoy.

—No señor, ¿dónde está?

—En el gabinete de lectura. Vengase V. conmigo, y me dirá su opinión sobre él, á ver si vamos acordados.

—Soy con V. al momento.

Braulio se acercó á su mujer que estaba resplandeciente de tanto relumbrón como llevaba.

—Mira, voy á leer un periódico, la dijo, vuelvo en seguida.

—Ves donde gustes.

Y miró á Carlos que no lejos de ella estaba hablando con dos pollitas.

Apenas salió Braulio, se acercó Carlos á Elena y después de hablarla dos ó tres palabras la ofreció el brazo, que ella aceptó sin hacerse de rogar.

El Sr. de Verdolaga, consumado músico, estaba sentado al piano haciendo escalas.

—Una polka Sr. de Verdolaga, le dijo Carlos; las señoras lo piden.

El pianista fué complaciente y empezó á tocar.

Seis ú ocho parejas se lanzaron á bailar y entre ellas Elena que rebosaba satisfacción polkando con Carlos y arrastrando la cola de su vestido de raso verde.

Todos se admiraron de que Elena que hasta entonces aun no habia bailado, porque decia que su estado interesante no se lo permitia, bailara aquella noche cuando precisamente no se encontraba su marido presente.

—Que loca, decia una señora, está en cinta y bailar, ¡y la polka nada menos!

—Que matrimonio, decia otra, llevan cinco meses de casados y el marido deja á su mujer para que esta pueda bailar con ese titere gorrón.

—Es que su marido se lo habia prohibido.

—No lo crea V. El marido es un buen Juan.

—Me parece que V. se equivoca. Su mirada torva y su aspecto es de tener mal génio.

—Es gallego.

—No diga V. ya mas.

—Pues su mujer puede ser casi madre suya.

—Ya lo creo, como que me dijo en Madrid mi amiga doña Ceferina, la viuda del intendente, que tambien es amiga de la familia de Elena, que esta tenia cuarenta años.

—¡Jesus, que horror! ¡Cuarenta años y mi Irene que cree que soy ya una vieja porque tengo treinta. Vamos el Sr. Calabaza es á mas de tonto, ciego.

—Ya se vé que si. Le faltan ojos, porque de otra manera no habia de consentir lo que está pasando.

Esta y otras conversaciones semejantes sostenian las que no bailaban, mientras Elena la tenia muy animada con su pareja sin cesar de bailar.

Estaban aun á lo mejor de la polka, cuando entró Braulio cogido del brazo con Robles.

—Elena, lo que estás haciendo no me parece muy conforme, dijo él, medio amostazado.

—Amigo mio, ¿por que? Contestó ella muy risueña.

—Porque tu estado no te lo permite.

—Pero el buen parecer se lo ordena, dijo Robles, terciando en la conservacion, y V. dispense que no le dé á usted la razon, añadió dirijiéndose á Braulio, porque ahora la tiene la señora.

—Eso mismo pensaba yo Sr. de Robles. Van á creer que mi marido es celoso si no bailo, cuando él sabe muy bien que no me perjudica, todo lo contrario.

Braulio, confundido, si no convencido por la frase *el buen parecer*, pasó porque su mujer volviese á bailar unos lanceros con Robles, que arreglando el cuadro la invitó con la anuencia marital para mejor cubrir el espediente. Así pudo pavonearse Elena una vez mas entre las pollitas con las que no podia competir.

IV.

Otra aventura de baños.

—Digote, amigo Clemente, que la escena de la otra noche fué divertida. Todos comprendimos el *busilis* menos D. Braulio que mareado por el torrente de elocuencia de Robles, estuvo entregado en cuerpo y alma á la política por mas de una hora, mientras Elena aprovechando la ocasion polkaba íntimamente con su íntimo Carlos.

—Y te has olvidado una cosa, Diego, que si no es valiéndose de esas tretas no logra Elena bailar ni una sola vez, aunque esté en Trillo todo un siglo, porque es muy natural que una mujer de tantas pretensiones y que tan poco vale, puesta al lado de pollitas encantadoras por su donosura y su gracia, esté oscurecida siempre. Y si Elena no tuviera una inteligencia tan obtusa, comprenderia que una mujer de cuarenta años y que además no ha tenido nunca nada de bonita, no puede luchar ni aun figurar entre las jóve-

nes, que poseen atractivos que ella no ha poseído nunca. Yo por mi parte puedo decirte que tengo declarada guerra á esas estantiguas que salen de su terreno.

—Pero debes comprender que si no fuera por casos como el de Elena y otros y otros, la sociedad tendria poco de ridículo y la crítica moriria de inanición. ¿Cómo nos reiríamos nosotros ahora de una vetusta Elena, si no tuviéramos gratis los espectáculos que continuamente nos ofrece? Y apropósito de bailes. Ignoras tal vez un episodio de ese género en el que puso Elena de relieve su tonteritis de tal modo que la comprendieron todos menos su marido.

—Nada sé.

—Pues voy á contártelo. Recien casada la señora doña Elena, fué invitado su marido á las fiestas ó fèria de no se que pueblo, en el cual parece ser posee algunos bienes.

—Seria en Galicia, interrumpió Diego.

—En Galicia ó en otra parte, no puedo decirte ahora á punto fijo donde fué, pero sí que Elena concurrió á esas fiestas muy compuesta y empergilada, y como á fèria iba, llevaba encima de ella otra fèria compuesta de collares, alfileres de pecho, cadenas, pulseras, sortijas y todos los demás relumbrones que acostumbra ponerse para disimular mejor sus años.

—Tienes razon que para eso no es de pobre ingenio. Calcula que el brillo de las joyas deslumbra y que por lo mismo es menos fácil fijarse en su tez marchita y apergaminada, en sus ojos llorones, en su cabello teñido y en sus dientes postizos, porque esa mujer, chico, está ya tan averiada que sin el auxilio del arte no seria mas que una ruina viviente.

—Te suplico que no me interrumpas si quieres que te acabe de contar el episodio.

—Puedes continuar. Guardaré mis comentarios para cuando concluyas.

—Pues prosigo, y cuento con lo dicho. Como ella había calculado, su presencia en el pueblo, donde no estaban acostumbrados á ver aquellos esplendores, fué un verdadero acontecimiento que satisfizo sobradamente la vanidad de Elena con los aplausos y ovación que mereció de aquellas gentes ignorantes y sencillas. A todas partes fueron invitados, y en todas se presentaba Elena hecha un brazo de mar, como vulgarmente se dice. Concurrieron á un baile que se dió con motivo de las fiestas, y como en los pueblos hay aquel estímulo de querer ser persona de importancia, todos se disputaron el bailar con Elena, y aunque el marido se oponía con razones no muy convincentes, como las que el usa, la emperregilada señora bailó que se las peló, pues empezando por favorecer á uno, tuvo que favorecer á todos para que no hubiera cuestiones entre ellos. Calculó la cara que pondría D. Braulio al ver á su mujer pasar de los brazos de unos á los de otros y bailar sin descansar todo lo que duró la fiesta. Y eso que solo lo hacían para obsequiarles, aunque al marido maldito el que le hicieron. Llevaba escasamente dos meses de matrimonio, y no podía pasar porque le sobaran á su mujer, aunque fuera en son de obsequio, todos aquellos dandy de lugar. Por su parte, Elena, quedó sumamente satisfecha, y á las reconvencciones que la dirigió su marido solo opuso su frase sacramental de que—el buen parecer le obligó á bailar con todos los que la invitaron. D. Braulio que no está muy al corriente de las fórmulas de buena sociedad, y que en ese particular se deja gobernar por su mujer, aunque refunfuñando, y sacando la lengua como lo hace por costumbre, calló y no dijo una palabra mas. Como puedes presumir, la escena del baile tras-

cendió pronto. Algunas personas que lo presenciaron y que conocían al matrimonio, se encargaron de propalarla entre todos sus conocidos. Pero hago punto porque veo que se aproxima Robles hacia nosotros, y este creo que es ó debe ser muy amigo de Braulio y su consorte.

Efectivamente, el primer republicano del universo se acercó á Clemente y Diego que eran dos amigos inseparables, y bañistas á la sazón en los de Trillo.

—Ola, señores, que se hace por aquí.

—Hablabamos de una amiga de V., se aventuró á decir Diego.

Clemente hizo un gesto de desagrado.

—A que adivino, dijo Robles, que estaban ustedes hablando de Elena y de su escena de la otra noche?

—Justamente, á qué negarlo, contestó Diego.

—¿Y que piensan ustedes de esa señora? Continuó Robles.

—Lo que V. poco mas ó menos, respondió Diego que se habia concedido la palabra á sí mismo.

—Y cómo saben ustedes lo que yo pienso, prosigió el republicano.

—Como le suponemos á V. persona de buen criterio, damos por sentado que su juicio sobre esa señora será como el nuestro.

—Mil gracias.

—La escena de la otra noche, continuó Diego, es lo bastante para formar concepto, de quien por otra parte no es difícil conocerla.

—Pues pueden ustedes confirmar su opinion, si yo les cuento otra aventura recientemente ocurrida á ese matrimonio célebre ya, á pesar de su corta fecha.

—Nos alegraremos de saberlo, repuso Diego, y puede usted empezar á contarla saboreando este habano y acompañándonos á dar un paseo por el parque.

Y Diego sacó su petaca y ofreció un cigarro á Robles.

—Con mucho gusto, dijo este tomándolo. Vamos pues.

Encendió el cigarro en el que fumaba Diego y salió con ellos del salon del establecimiento, donde habia pasado el anterior diálogo.

—Figúrense ustedes, dijo cuando estuvieron fuera y á alguna distancia del edificio, figúrense ustedes, que Carlos fué en otro tiempo el pollo preferido de Elena, y como esta no llevaba ni un céntimo de dote al que la tomara por mujer, sucedió lo que tenia que suceder, que Carlos que no tiene rentas ni beneficio alguno, dió diplomáticas calabazas á Elena. Y, como las mujeres quieren siempre á aquel que mas las desprecia, Elena ama á su fugitivo París hasta el extremo de consagrarle ¿que dirán ustedes?

—¿Qué hombre, qué?

—Las sisas que hace en el peculio de su marido.

—¿Eso es de veras? preguntó Diego.

—Como ustedes lo oyen.

—Pero Diego, interrumpió Clemente, no vas á dejar al señor, dijo señalando á Robles, que nos cuente cosas tan interesantes, y que sabe él referir con mucho gracejo.

—Mil gracias, caballero, contestó Robles hinchado como un pavo real. Voy á continuar. Decia que Carlos disfruta de las sisas que Elena hace en el peculio de su marido, y en corroboracion de mi dicho voy á contar á ustedes la última aventura de esa interesante pareja de enamorados tortolos.

—Hombre, á mi se me figura que el marido no la quiere mucho, dijo Diego siguiendo su costumbre de interrumpir.

—Ni mucho ni poco, porque no la quiere, contestó

Robles. Se casó con ella, porque el Sr. Calabaza es una idem, y como tal tiene mucha vanidad, á bien que los gallegos por su proximidad á Portugal participan en mucho de la hinchazon característica de los *fidalgos á pardo rey*. Como decia, el Sr. de Calabaza que habia sido el hazme reir de algunas pollas, tropezó con la hija de un consejero, soltera de cuarenta años, y vió cumplidos sus deseos de emparentar con un alto funcionario. Pidió su mano, y cegada la familia de Elena por las fabulosas riquezas que decian poseia Calabaza, se la concedieron, con lo que se vieron realizados los deseos del hacendado gallego.

—Pero observo Sr. Robles que nos separamos del asunto principal, dijo Clemente.

—Tiene V. razon, y voy á contarle sin mas digresiones. Cárlos vino á Trillo con solo cincuenta escudos, por que sus capitales son pocos, y pensaba además dar un par de golpes en la banca ó en el bis-bis que le duplicaran esa suma. Pero sucedió todo lo contrario. A los tres dias de estar Elena en Trillo, Cárlos tuvo que confesarle que su último escudo lo habia empleado en mandar hacer á un jardinero, el ramo de flores que ella lució la noche del baile en que yo tuve que entretener al marido para que Cárlos pudiera polkar con la mujer. Pero han de saber ustedes, que el ramo, en cuestion, no le costó á Cárlos ni un céntimo, pues al comunicarme sus deseos y el apuro en que se encontraba por no tener dinero, ni siquiera para ese gasto, le ofrecí sacarle de él. No queria tampoco castigar mi bolsillo para que se luciera otro, é hice lo siguiente. Encargué al *maitre d'hôtel* un ramo de flores y dije que lo pusieran en la cuenta del Sr. de Calabaza. Así la mujer habrá lucido un ramo que le cuesta el dinero al marido cuando ella cree es obsequio de su amante.

—Amigo Robles, V. se separa de la cuestion, dijo Clemente, á quien empezaban á cansar las digresiones del republicano como habian fastidiado las interrupciones de Diego.

—Cierto. Decia que, Cárlos tuvo que comunicar á Elena el triste estado de su hacienda. Ella compadecida de la situacion de su interesante París, le ofreció socorrerle con una cantidad que tenia recojida hacia tiempo; para hacerle entrega de lo cual le dió una cita para el dia siguiente á la puesta del sol, en el último pabellon del parque. Escuso decir á ustedes si Cárlos seria puntual. Una hora antes que Febo fuera á alumbrar el otro horizonte, ya estaba Cárlos paseando por las inmediaciones del sitio convenido. Pero tuvieron los amantes la mala suerte de que doña Caralampia y su hija Irene que paseaban tambien por el parque, notaron la impaciencia de Cárlos. Sospechando algo corrieron á avisar á doña Rosa, á la baronesa, al Sr. de Verdolaga y otros bañistas que cautelosamente rodearon el sitio donde suponian que iba á celebrarse la entrevista. Los bañistas fueron circunvalando el pabellon donde creian estaban los dos amantes, y efectivamente, sorprendieron á Cárlos arrodillado á los pies de Elena, jurándole eterno amor, porque ella estaba celosa de si hacia ó dejaba de hacer el oso á la hija de doña Caralampia. Segun me han contado testigos presenciales, no es posible puedan formarse ustedes una idea del cuadro. Elena, vaporosamente vestida, ó mas bien, emperregilada como una vieja, lo que es á pesar de su obstinacion en ocultarlo, de pié, y en actitud de una Semiramis, reconviniendo las ingratitudes de su amante, este arrodillado académicamente á sus pies, besando una de sus flacas manos, y jurándole eterno amor, mientras que con la otra tomaba un bolsillo con dinero que con mucha proso-

popeya le enseñaba la magnánima protectora de un tronado amante. Tal era el cuadro que tuvieron ante su vista los afortunados bañistas á quienes pudo avisar doña Caralampia. La escena Dios sabe cuanto se hubiera prolongado, si un imprudente estornudo del Sr. Verdolaga no hubiese avisado á los amantes de que habia gente cerca. Apresuráronse los enamorados tortolos á escurrirse del mejor modo posible, pero no lo pudieron verificar sin ver ni ser vistos por la cuadrilla que habia reunido doña Caralampia, que saludó á los fugitivos con una carcajada general y algunas pullas algo picantes. De resultas de eso, Carlos partió aquella misma noche á Madrid, diciéndome que un asunto urgente le llamaba á la córte, y Elena se encerró en su aposento, sin querer darse mas á luz y contestando á las preguntas de su marido que se encuentra muy mala, y que teme abortar si permanece un dia mas en Trillo, por lo que el futuro papá no queriendo ver defraudadas sus esperanzas, ha preparado el regreso para mañana sin falta. Esta es la aventura tal cual ha ocurrido.

—Pues sabe V. que es chistosa, dijo Diego.

—Ya lo creo. Algo daría Elena por poder evitar el que se divulgue.

—¿Y el marido? preguntó Diego.

—Nada sabe, ó si lo sabe aparenta no saberlo.

—Si se marchan van ha quedar los baños privados de su principal diversion, añadió Clemente.

—Pues hoy deben partir segun noticias, contestó Robles.

—Pues nosotros nos volvemos tambien á Madrid si se marcha el matrimonio, dijo Diego.

—Y yo con ustedes, porque de fijo se van.

—Y en Madrid continuaremos disfrutando de los grandes espectáculos que ese feliz matrimonio por-

porciona á sus conocidos. Pero calle; ¿no es esa la voz de Calabaza?

—El mismo, dijo Robles, y por el acento extranjero de su contrincante, deduzco que la disputa es con el *maitre hôtel* tal vez porque le ha presentado la cuenta. Si á ustedes les parece podríamos aproximarnos á esa pareja.

Los tres paseantes se aproximaron al sitio donde Braulio con un papel en la mano disputaba con el mayordomo del establecimiento que acababa de presentarle su cuenta.

—Esto es un robo, decía Calabaza pálido de ira. ¿Ocho dias mil cien reales?

—Hui, cabayero?

—«Habitación y alimentos, leía Braulio, 480 rs.— diez y seis baños 160—landó para pasear los señores mañana y tarde 240—derechos del facultativo 40—servicios extraordinarios y flores 80—luz y correo 100—total 1.100 rs.»

—Esa es la cuenta señor.

—Pues yo no la pago. ¿Les parece á ustedes, dijo Braulio dirijiéndose á Clemente y Diego, qué modo de robar?

—Cabayero, eso no lo bar, dijo el mayordomo, aquí pagan todos lo mismo, además una dama necesitaba todos los dias un garzon por ir á llevarle y traerle recados, y otras muchas cosas que no lee posto en cuenta. Si vu ne pagá no consentiré saque son ba-gege.

—La fortuna que tiene V., dijo Braulio amostazado, es que mi papá en vez de ser ministro del tribunal supremo es consejero de Estado, que si no, ya le diria lo que es robar.

—Parfaitement, pero vostre escelence pagará.

—Vengase conmigo y le daré ese dinero, dijo Brau-

lio medio corrido al observar la burlona sonrisa que asomaba á los lábios de Diego y Clemente.

Y se fué sin despedirse ni saludar siquiera.

—Ahí tienen ustedes un complemento de la civilidad del Sr. Calabaza, dijo Robles.

Diego y Clemente soltaron una carcajada y se fueron á sus habitaciones.

Aquella misma noche regresaron á Madrid Elena y su marido, despues de haber proporcionado á la crítica balnearia suficiente pasto; él, con sus ridiculeces y su grosería, y ella con sus amorosos devaneos.

Al dia siguiente partieron tambien Diego y Clemente, que habiendo ofrecido un asiento en su coche á Robles, lo aceptó gustosísimo y regresó con ellos á Madrid.

V.

El regreso.—Una escena conyugal.—Las relaciones del matrimonio Calabaza.

Elena regresó á Madrid totalmente contrariada. La última entrevista que con Carlos habia tenido, á mas de ser sorprendidos infraganti por la curiosidad de algunos bañistas, le costaba cincuenta escudos que el enamorado se habia apresurado á trasladar rápidamente en el momento de la sorpresa, de la mano de Elena á un bolsillo de su chaleco. Esto no era lo que queria la señora de Calabaza, que solo se proponia socorrer la necesidad de su amante partiendo con él el producto de las sisas de su marido, y de ninguna manera darle toda la cantidad. Pero ya hemos dicho que Carlos tenia mucho de industrial, porque industriales son y de *primísimo cartello* los que saben vivir á espensas del prógimo, y el amante de Elena no

pasaba de otras rentas ni emolumentos que de las muchísimas primadas que regalaba á todo el que podía.

Elena sintió lo ocurrido doblemente, por la pérdida de los doce duros y medio que ella destinaba á comprarse unas cuantas baratijas, y por el escándalo que indudablemente habrían producido sus descubiertas relaciones entre la sociedad de bañistas, muchos de ellos personas conocidas de su familia. Así que, regresó á Madrid de muy mal humor, y como su consorte no lo tenía mejor, por los mil cien reales que le costó su estancia en los baños, eran frecuentes entre ellos altercados como los siguientes:

—Eres insufrible, decía ella.

—¿Por qué? ¿Por que no quiero tirar el dinero?

—Eso no es contestacion, eso es sacudir las orejas.

—¿Con que me llamas?....

—No mereces otro dictado.

—Pues te repito que no habrá palco.

—Lo cual no dejará de ser otra cosa que una galleda de las que tú acostumbras.

—No estoy para gastarme cinco mil reales en teatro solo.

—Pero sí para comprometer á doña Ceferina y á Eudogia Saumillan que por tu falta de formalidad se van á quedar sin turno.

—Que se queden.

—Salida digna de un hombre que no tiene trato de gentes.

—Primero son mis intereses que la sociedad.

—Argumento propio de un hombre que se llama Calabaza.

—Vaya, chica, ya me vas fastidiando.

—Y tú me has fastidiado á mi ya.

—Pues aguantarse.

—Tu finura me encanta.

—Y tus dengues me encocoran.

—¡Qué hombre, señor, qué hombre!

—Un hombre que mando en tí.

—¡Sí! y cuando me ves enferma, nerviosa y abocada á tener un aborto, me das cada disgusto capaz de matar á cualquiera que esté bueno y sano.

Y Elena empezó á hacer pucheros y á finjir una convulsion, mas esta escena, que sabe Dios cómo hubiera terminado, fué interrumpida por la doncella de Elena que anunció una visita.

Elena se serenó, fué al espejo se dió una mano de tohalla y otra de polvos y salió á la visita.

—Adios querida, dijo doña Ceferina, nuestra antigua conocida, que era la que esperaba, ¿cómo estás?

—Fatal.

—¿Y eso?

—Estoy muy nerviosa.

—¿Qué, no te ha probado el viaje?

—No, y eso que hemos estado en Trillo, pues me puse tan mala de los nervios, que tuvimos que renunciar á nuestro proyectado viaje á Paris.

La doncella anunció la visita de la señora de Sanmillan.

Era esta una mujer muy hermosa y elegante, á la que Elena profesaba un ódio mortal, porque valia mucho mas que ella en todos conceptos, y aunque casada ya hacia mas de diez años, contaba escasamente unos veintiseis á veintisiete de edad. Eso no obstante, Elena se levantó y salió á recibirla con los brazos abiertos, la abrazó y besó con mucho cariño.

—¡Querida Eudogia! Dijo estrechándola en sus brazos.

—Amada Elena, ¿como estás? contestó la de Sanmillan que era muy sincera y cariñosa, y creia en el afecto de su amiga.

—Fatal, hija, fatal.

—¿Que te pasa, pues?

—Estos nervios que no me dejan vivir.

Eudogia saludó á Doña Ceferina y tomó asiento al lado de Elena.

Prosiguieron la conversacion entre aquellas tres mujeres de tan distinto carácter. Eudogia, ingenua y leal, no conocia bien ni el maquiavelismo de la viuda del intendente, ni la hipocresia de la casada de cuarenta años.

Hablóse de todo, murmurando un poco tambien, particularmente de Doña Ceferina y Elena.

Aquel era dia de visitas, tras la señora de Sanmillan, que pronto se retiró, vino la familia de Parraverde, compuesta de padre, madre, una hija casada, acompañada de dos niños hijos de su marido, otra hija soltera con el obligado novio, que era un ente, mediquillo sin enfermos. Luego llegó la baronesa de San Mamerto, y tras de esta, la brigadiera Pastrana, y tras esta, un consejero de Estado compañero del papá de Elena, y tras este un farmacéutico de palacio, y luego un canónigo, y luego, y luego... En fin tanto y tantos eran los amigos del matrimonio Calabaza, que á Elena le faltaba tiempo para hacer visitas, y al marido se le presentaban frecuentes ocasiones para fumar á costa de alguno de los que él llamaba *sus amigos*. Con eso vivian en sus glorias, aunque fuera Elena objeto de muchas críticas entre sus mismas relaciones, por el sempiterno afan de querer parecer jóven y bonita, siendo vieja y fea. Braulio metia la pata en todas partes, y no habia en Madrid chico ni viejo que no conociera al propietario de Pontevedra, y no supiera que era un grandísimo animal á quien faltaba poco para rebuznar.

De ese modo pasaba su vida el matrimonio Cala-

baza, y así llegó la hora en que Elena colmó las esperanzas de su marido, dándole un robusto infante que prometía ser una segunda edición del padre, corregida y aumentada. Algunos que se preciaban de fisonomistas aseguraban que el chiquillo tenía cierto parecido á Carlos, pero esto no pasaban de ser maliciosas hablillas dimanadas sin duda de la escena ocurrida en los baños de Trillo, que todos sabían, menos la parte agraviada, ó sea el editor responsable, que se encontraba sumamente satisfecho con la semejanza que decía tenía su vástago, cuya paternidad se atribuía con toda la buena fé propia de un gallego.

Elena, hizo publicar por la *competente*, ó sea el repertorio de filfas nacionales y extranjeras llamado *La Correspondencia*, la nueva de su alumbramiento. Así creía modificar la opinión de los que la tuvieran por mujer entrada ya en años, pero como estos no se disfrazan ni aun con los sublimes productos de la química moderna, los cuarenta de Elena eran una cosa evidente para todo el que tenía ojos en la cara.

VI.

La platea del teatro Real.

Consiguió al fin Elena lo que tanto deseaba, el abono en el Real. Dividiéronse una platea el matrimonio clásico, la señora de Sanmillan y su marido, y doña Ceferina con su sobrina Rosalia, que con la de Sanmillan eran las que daban mal de ojo á la envidiosa y pretenciosa Elena. Esta empezó á sacar á relucir sus trapos, restos del ajuar de novia de su madre, que por ser una señora poco aficionada á bureos lo había conservado todo casi intacto. Ya era un vestido viejo de chiné, pero que de noche y con luz artificial, desde le-

jos, podía pasar por estar en buen uso, ya un vestido de crespon amarillo, color que habia tomado mas por su antigüedad que por su verdadero ser, ya una falda blanca, vieja y averiada, cubierta su vejez por otra segunda falda de otro color, ya, en fin, un traje llamativo y churigueresco compuesto de muchos colorines que colocaban á la que los llevaba al mismo nivel de esas mujeres que los parisienses llaman de *demi-monde*. Tales eran los productos del tocador de Elena en su exhibicion teatral, ensayos y aplicaciones encajinadas al único objeto de disimular sus cuarenta años. En cambio la señora de Sanmillan, verdadero tipo de la elegancia y del buen gusto, atraia con la pollita Rosalia todas las miradas del público. Vestia la primera trajes arreglados á los últimos figurines, y sin llevar tanto relumbron como Elena, lucia muy buenas joyas, en lo que no podia competir la señora de Calabaza, si bien se vengaba haciendo mucha ostentacion y hablando mucho de su carruaje, porque la otra, de distinto modo de pensar, procuraba antes que lo superfluo lo útil y necesario. La pollita Rosalia, bella con sus pocos años, su sencillez y su bondadoso carácter, era para Elena una verdadera estorsion, porque las miradas, los obsequios y las atenciones se las llevaban en primer término la de Sanmillan y Rosalia, quedando algun ceremonioso saludo para la vanidosa hija del consejero.

Por su parte, Braulio, habia hecho presa del señor Sanmillan, que siendo una persona de muy buen trato se veia explotado por el gallego siempre que este podia, lo que era con bastante frecuencia. Ordinariamente, Braulio, tomaba café casi todas las noches con Sanmillan, pagando este, por supuesto, y fumaba de la petaca del pagano con mas frecuencia que de la suya, y cuando ocurría fumar de su tabaco, jamás

ofrecía ni á Sanmillan ni á nadie, ni siquiera un cigarrillo de papel por pura atencion. El matrimonio clásico era un acabado modelo, ella de falsedad y de envidia, él de mezquindad y grosería. No daba nunca el brazo á ninguna señora, ni siquiera á la suya; saludaba con una especie de gruñido; sacaba la lengua con mucha frecuencia y la paseaba triunfante, como un gato cuando se relame, por sus gruesos labios; usaba posturas poco finas estando al lado de señoras, tales como tener una pierna sobre otra; y al subir al carruaje, sin consentir que nadie ofreciera su apoyo á Elena, ni ofrecérselo él, subía el primero. En su modo de vestir era como en su trato, ordinario, poco arreglado y chavacano. Había aprendido media docena de frases del consejero su suegro, y las repetía con frecuencia, vinieran ó no á pelo. Con esas cualidades la platea de Elena era un verdadero campo donde la crítica podía sacar buen provecho analizando la semblanza física y moral del clásico matrimonio. Mas no se concretaba ahí todo. Carlos, parasito de moda, había logrado que su amada le pagara un abono de entrada, merced á lo cual iba todas las noches, y, con el descaro peculiar de los que viven sin vergüenza, se sentaba en el primer sillón que veía desocupado, que estuviere mas próximo á la platea que su Elena ocupaba.

Por mas que fueran misteriosas y disimuladas las señas y miradas que Carlos y Elena se hacían, no dejaron de apercibirse muchos que tenían conocimiento de la escena de Trillo. Gastáronse algunas pullas al marido, mas enterada Elena, quiso desorientar sus observaciones haciendo servir á otro de pantalla. Escojió para el efecto á Sanmillan, mas este que tenía bastante mundo y hacia tiempo que conocía á Elena, adivinó desde luego su proyecto y riyendose de sus

coqueterías, é incentivos, se propuso darla una lección que bien merecida tenia. La de Sanmillan veia el juego de Elena, y le habia costado mucho convenirse de la maldad que encerraba el alma de la cuarentona. Segura del amor de su esposo, contemplaba tranquila las asechanzas que incesantemente presentaba la esposa de Braulio, contra el marido de la que ella llamaba su querida Eudogia. Doña Ceferina, leia y escribia, como vulgarmente se dice, y en cuanto á Rosalia pasaba las noches correspondiendo á las apasionadas miradas de un jóven alférez de húsares, que se sentaba bajo la platea, donde ocurrió la escena que vamos á contar.

VII.

La prodigalidad de Braulio.—Un avance.—Elena se bate en retirada.—Segunda prueba de la finura de un Gallego.—Elena proyecta vengarse.

Elena continuaba estando fatal, si se habian de dar crédito á sus propias palabras, que eran cuando se le preguntaba por su salud, las consabidas de:—Estoy fatal.

—Esto trascendió hasta cierto círculo, y pronto no se la conoció por otro nombre que por el de *doña Fatal*.

En verdad que no iba descaminado al confesar que estaba fatal, pues tal aparecia á los ojos de todos los que la miraban. Flaca, ojerosa, con una afeccion herpética en la cara y nariz, que ya dijimos en la primera parte era parecida á la de un perro pacho; Elena por mas que queria disimular sus años y el consiguiente sequito de achaques que la vejez trae consigo, no podia lograrlo; pues su cutis curtido, orlado de

una erupción cutánea, ó como llaman los médicos un *herpes farináceo*: su cabello que á pesar del tinte con que queria ocultar las canas, denunciaba una cabeza atacada de una calvicie incipiente, y toda su persona con el indelable sello del tiempo destructor, formaba un ridiculo contraste con la belleza fresca y lozana de la de Sanmillan y los juveniles atractivos de Rosalia.

Ocurrió que se dió una funcion de beneficencia en el Real, cosa hoy muy admitida. Como era natural, esa funcion era fuera de abono, y tenian que tomarse entradas ó billetes especiales. Sucede generalmente que esas funciones suelen ser mas favorecidas, ya porque los artistas se esmeren mas en su trabajo, ya por un sentimiento benéfico encarnado en los corazones de todas las personas, ya por una muestra de ostentacion ó vanidad, hija de la debilidad de una naturaleza imperfecta como la humana.

Braulio y su cara mitad concurren á esa funcion; pero él sin duda creyó que entraria de *beneficencia tambien*, no tomó entradas en el despacho. Los porteros le atajaron el paso pidiéndole los billetes, y como conocian su mezquindad hasta donde llegaba, se negaron rotundamente á dejarle entrar, ni á él ni á su señora, sin presentar los billetes ó entradas. Braulio, el hombre que sostuvo en Trillo un altercado cuando hubo de pagar su cuenta, promovió una escena poco edificante, por negarse á cumplir lo que todos habian acatado. Llamó ladron al empresario, pillos á los porteros, estafadores á la compañía, y conculcadores del derecho á todos. Y eso que solo se trataba de gastarse la miserable suma de *un escudo*. Eleha tuvo que sufrir el chubasco que sobre su marido cayó, pues lo mejor que le llamaron fué gallego. ¡Que vergüenza! Un hombre que se llamaba semi-mi-

llonario, dar un espectáculo semejante á las puertas de un teatro tan concurrido como el Real, todo por un escudo para los pobres. El hijo político del consejero de Estado, se vió puesto en caricatura muy pronto, participando de esa rechifla, su vieja consorte, que en los críticos momentos en que su marido vociferaba con los porteros, comprendiendo lo ridículo del caso, para atraerse las simpatías de los que presenciaban la escena, tomó el partido de derramar algunas lágrimas, lo que hizo para asegurar un resultado absolutorio de la parte de ridícula que á ella le correspondiera, cuando entró en la platea, donde ya se hallaban sus compañeras, iba todavía compungida y llorosa. Así trataba ella de borrar las faltas, que públicamente evidenciaban á su mezquino esposo.

—Sanmillan, que ya hemos dicho era una persona fina, comprendió lo que habia ocurrido, que luego supo por relacion de testigos presenciales. Trató de distraer á Elena y esta creyendo ocasion propicia para hacerle morder el anzuelo, dió un avance, aunque sin éxito.

—Dígale V. á esa persona, decia Sanmillan, que se equivoca. Yo no soy tan impresionable como el poeta Julian Cañizares, ni tengo su mal gusto, ni puedo prestarme á representar el ridículo papel de un pantalla. Aconséjele V. que busque por otro lado, pues los que tienen una alhaja de oro de mucho valor, no la cambian por otra de dublé y vieja.

—Es que V. ha comprendido mal, amigo, contestó Elena palida, balbuciente y desconcertada, no se trataba ahora de una injusta postergacion. Le referia á V. únicamente una de las confidencias íntimas de una amiga, por desgracia muy sensible, que se ha fijado en las bellas prendas que adornan á ese amigo de usted.

—Aun siendo así y todo, repuso Sanmillan, no modifico ni en una palabra la declaracion que acabo de hacer á V. Si existen mujeres tan livianas que buscan la impunidad de sus deslices poniéndose al amparo de los que son verdaderamente caballeros, que sus cobardes cómplices las salven de todo peligro, si acaso alguna vez llegan á correrlo. Por mi parte, y por la de mi amigo, puedo decir á V. que solo me inspiran desprecio las mujeres que proceden así. Nada me resta ya que decir.

Elena no contestó, pero se mordió los labios con cólera. Veia frustrados sus planes y reconociéndose impotente para luchar con Sanmillan, resolvió vengarse en su esposa, de la manera que las mujeres envidiosas suelen hacerlo.

Trascurrieron algunos dias, ó mas bien algunas noches sin que Elena volviera á comunicar á Sanmillan ni á nadie las intimas confidencias de su sensible amiga. Una noche quiso Elena subir al café á tomar un refresco, doña Ceferina se agregó, y Braulio tuvo que ser el caballero acompañante de las dos damas. Eudogia y Rosalia, á su vez, fueron con Sanmillan, que no consintió por ningun estilo que las otras disfrutaran de una cosa y ellas no, Braulio que se despachó á su gusto comiéndose unos merengues, escurrió el bulto sin pagar, dejándose á Elena y á Doña Ceferina con un palmo de narices tomándose un sorbete, que tuvo que pagar doña Ceferina incluso los merengues que habia tomado Braulio, que con su escapatoria dió una nueva prueba de su finura gallega.

Elena mortificada continuamente en su vanidad, porque ni siquiera podia ser satélite de Eudogia y Rosalia, que brillaban como dos planetas de hermosura y elegancia, se propuso vengarse. Para eso contaba con el auxilio de Carlos, como este contaba para

otras muchas cosas con el bolsillo de Elena. Pero la cuarentona no tenia presente que Sanmillan adivinaba sus planes, que no podria realizar porque él se lo es-torbaria.

VIII.

El carnaval.—Doble broma.—Sus consecuencias.

Eran los dias de carnaval. El Prado estaba sumamente concurrido; una larga fila de coches se prolongaban hasta la Castellana; en ellos lucian sus encantos mil bellezas, y numerosos grupos de máscaras á pié y á caballo, rodeaban las carretelas y landós que formaban en mayoría á los demás carruajes.

En un lujoso landó se veia á la bella Eudogia Sanmillan acompañada de otras amigas. Su marido iba en otro carruaje con varios compañeros suyos. Un máscara pobremente vestido, uno de esos máscaras cursis, que tanto abundan, se acercó á Eudogia y empezó á darla broma. Como no podia atacarla por otro lado, la ridiculizó por sus elegantes trajes y por los no menos elegantes tocados que en el teatro lucia. Se veia perfectamente de donde partia el tiro, y hasta se adibinaba quien era el máscara cursi. Las amigas de Eudogia, oyeron como esta contestó con voz muy reposada al estúpido máscara que criticaba lo que él no entendia.

—Mira, ve y dile á la persona que te envia, que por mas que encubra su envidia se le conocerá siempre, y eso no le favorece nada. Que si el modo con que yo me visto, no fuera elegante y de gusto, no lo copiaria ella en todo y por todo como lo hace. Y en fin, preciso es que la convezas de que si yo llamo la atencion por mi modo de vestir, ella lo llama por el ridículo

que siempre tiene al lado, y por otras cosas, que aunque de cerca no me tocan, me avergüenzo solo de recordarlas. En cuanto á ti, todo el mundo sabe tu modo de vivir á espensas de los tontos y de las viejas pretenciosas. Si sabes lo que la educacion impone al hombre que quiere llamarse caballero, déjame en paz y no me fastidies con tus bromas tan estúpidas como tú.

Y Eudogia le volvió la espalda y se puso á hablar con sus amigas que la felicitaron por la acertada contestacion que habia dado al máscara cursi, que corrido al ver descubierto su plan se retiró precipitadamente. La venganza de Elena habia fracasado.

En cambio no lejos de aquel sitio ocurría otra escena.

Elena se hallaba en su carretela acompañándola una amiga suya. Ambas vestían elegantemente, aunque Elena, como de costumbre, iba sobrecargada de lazos y adornos y su cara parecía la de un mozo de tahona; tal era la profusion de polvos que llevaba para disimular la desconchadura de su epidermis, ó sea el humor herpético que hacia de su cara una costra de pieles.

Al vidrio, estaba sentada una robusta pasiega, roja como una sajona, que daba el pecho á un niño, y para reparar sin duda las pérdidas que en aquel momento le ocasionaba la lactancia, sostenía una encarnizada lucha con un blanco panecillo que vorazmente iba engullendo.

Un máscara, un chino, se aproximó á la carretela. Le seguía otro que vestía de druida.

El Chino.—¡Ola! Elena, como estás?

Elena.—Ya lo ves, esperando que me digas algo.

El Chino.—No te has de poner muy contenta de lo que voy á decirte, pero á fuer de cortés, aunque

diz que los hijos del Celeste Imperio no entendemos mucho de eso de políticas, he querido antes preguntar por tu salud, es decir, por tu embarazo, porque como es poco comun que una mujer de cuarenta años pára, tu que quieres rebajarte un poco la edad, vas publicando por todas partes que estás en estado interesante, y con eso y con restaurar con bastante arte tu marchito semblante, te crees ya una niña de quince años, y yo que acostumbrado á mirar al sol frente á frente me ha quedado miope, he descubierto tus habilidosos manejos, y no puedo menos de decirte que tienes el pleito perdido si te propones ocultar tus años, porque, eso, Elena, no puede ocultarse nunca aunque se inventen tapujos y se falsifiquen caras. De modo, que tú que has dado á tu marido, el insigne Sr. de Calabaza, una estereotípica edicion de su estampa gallega, y te preparas á darle otra corregida y aumentada, eres ni mas ni menos que una mujer de cuarenta años, y como tienes la ridícula pretension de querer ser aun una polla, te mortifica en gran manera que te llamen vieja, porque en tu interior no puedes desconocer la justicia que te hacen los que así te consideran.

Elena.—(Roja de cólera, aunque afectando buen humor.) Ja, ja, ja, ja. ¡Que terrible censor eres! Hablame de otra cosa.

El Chino.—Conozco que no te debe haber gustado lo que te he dicho. Ya lo presumia yo. Dispuesto á complacerte voy á hablarte de otra cosa. Te hablaré de tu marido, eso debe interesarte mucho.—Podrias aconsejarle que no fuera siempre con la lengua fuera como un perro, que mintiera menos, que fuera menos cobarde, menos gorrón, que dejara completamente de ser mezquino, que fuera mas atento con las señoras y mas urbano con los hombres; en fin, podrias ci-

vilizarlo un poco y así lograrías que te pusiera menos en ridículo y que él estuviera menos en berlina.

Elena.—¿Y me haces á mi responsable de que mi marido sea así?

El Chino.—Si, tu lo eres, porque cuando la mujer quiere dicen que domestica hasta los tigres.

Elena.—Mira tampoco me hace ninguna gracia eso que me dices.

El Chino.—Te hablaré de otra cosa. ¿Que piensas de tu compañera de teatro, de Eudogia?

Elena.—Que es bastante orgullosa.

El Chino.—Siendo franco é imparcial debo confesarte que vale mucho mas que tu, y que la conciencia de su propio mérito la hace que esté un poco orgullosa de él. Con su orgullo y todo, tiene menos puntos vulnerables que tu que tienes mas vanidad que ella.

Elena.—Estás terrible, chino.

El Chino.—El decir la verdad produce ataques de nervios, y veo que tu estás próxima á tener uno, de tal modo se apodera de tí la cólera. Puedes llamar á tu marido, que él te asistirá. ¡Es tan complaciente y tan galante!

Elena.—¿Qué tu no me asistirías? dijo con tono mimoso.

El Chino.—¿Yo? No soy Carlos, ni me alquiló para las viejas.

Y el chino soltó una carcajada y desapareció dando piruetas que hacian sonar los cascabeles de su traje. El druida se aproximó á Elena que bufaba de rabia.

El Druida.—¡Pobre Elena! á lo que conducen las pretensiones ridiculas, le dijo con acento plañidero.

Elena.—¿Tambien tu, viejo fantasma?

El Druida.—Tambien yo cuarentona Elena. Yo soy para tí el fantasma del remordimiento. Acuérdate de

tu pasado y arrepíentete, que la hora de la espiciacion ha sonado ya.

Y se alejó.

Elena no pudo resistir tanta y tanta verdad como aquella tarde habia tenido que oír. Se sintió mala y se hizo conducir á su casa. La rabia comprimida durante algunas horas la ocasionó una noche de fiebre y de agitacion. Pensaba en las consecuencias de aquellas bromas y se sentía peor.

No se equivocó al temerlas. Como de personas conocidas, pronto trascendieron las bromas que se les habian dado á Eudogia y á Elena. Todos alabaron la entereza de la primera, y se rieron de la bilis que para disimular su enojo, tuvo que tragar la cuarentona.

El resultado fué que Eudogia continuó yendo á todas partes, mientras Elena, corrida, abochornada, no se atrevia á presentarse en público. Estuvo una porcion de dias sin ir al teatro ni á la Castellana, y en su casa no recibia á nadie ni aun á los amigos mas íntimos de la familia. La rabia la habia descompuesto por completo, y estaba horrible, como una furia. Así lo contó uno que pudo lograr verla por una casualidad, en los quince dias ó en el mes que permaneció encerrada en su aposento. La crítica mordaz se cebaba entretanto en ella, y hasta su reputacion era pisoteada por los mas locuaces y decidores.

IX.

Una soirée.—El certámen poético.

Brillantes estaban los salones de los señores de Montesclaros, la noche en que Elena se exhibió de nuevo á la sociedad escogida, de la que ella creia ser

uno de los principales ornamentos, cuando solo era un objeto mas de los muchos que sirven de pasto á la crítica. Tan exiguo era su talento, y tan desmedidas su vanidad y sus pretensiones de buen tono y elegancia, que no se habia convencido aun que ni joyas, ni ricos trajes de seda, ni tener unregonero pagado para que proclamara las postumas glorias de una coqueta, habian bastado á crearla esa atmósfera que rodea á las mujeres hermosas y de verdadero mérito. Elena obstinada siempre en su afan de figurar, atropellaba por todo, y eso mismo la acababa de poner en ridículo. Sus amores clandestinos con el industrial Carlos, habian trascendido, y en todas partes no se hablaba de otra cosa que del amante que, merced á algunas monedas de oro, escamoteadas de la gabeta del marido habia podido lograr Elena. Esto ya era algo, pero no lo que ella se proponia.

La noche á que nos referimos, los señores de Montescclaros daban un baile de trajes á sus amigos. Elena, aunque en estado interesante, quiso asistir á él. Llevaba su histórico vestido de raso verde, uno de los de su *trousseau* de novia, que á su escualida y flaca figura sentaba lo mismo que si hubiera ido envuelta en uno de los ropajes de las brujas de *Macbet*. Lucía un escote de huesos, y para neutralizar sin duda este mal efecto llevaba mucho relumbrón en cuello, brazos y pecho. Cojida del brazo de su marido, que vestido de casaca, parecia ni mas ni menos que un gallego con frac, penetró en los salones poblados de hermosísimas mujeres vistiendo mitológicos trajes, de la edad media y de épocas menos remotas. Su entrada no causó el efecto que ella esperaba. Los caballeros continuaron obsequiando á sus respectivas parejas, y Elena tuvo que atravesar por entre cien beldades, sin atraerse ni siquiera una mirada de curiosidad. Hasta

su obligado amante Carlos, embebido en la conversacion que sostenia con una pollita, ni se fijó siquiera en que Elena se encontraba allí.

Discurrían por los salones cogidos del brazo nuestros antiguos conocidos Clemente y Diego, cuando tropezaron con el primer republicano del Universo, con Robles, que conservando de ellos gratos recuerdos se acercó enseguida á saludarles.

—¡Ola! caballeros, dijo tendiéndoles la mano. ¿Cómo de salud?

—Perfectamente, contestó Diego, á V. no se lo preguntamos porque vemos está tan famoso como siempre.

—Protesto ante esa frase, dijo Robles, queriendo tomar cierto tono de gravedad.

—¿Qué significa eso, Sr. de Robles? Dijo Clemente en el mismo tono.

—Ja, ja, ja. Diantre qué susceptibles son ustedes. Nunca lo hubiera creído.

—Me ha llamado la atención lo estemporáneo de su tono.

—Suponia que habrían comprendido ustedes la intención, pues no porque ese nécio de Carlos me llame amigo, he de ser *famoso*, ¿lo entienden ustedes? como él.

—¿Qué suspicáz es V.! Dijo Diego.

—No pensábamos en tal persona, añadió Clemente.

—¿Qué, está aquí?

—Por supuesto. ¿No lo han visto ustedes?

—No. Y estará también su flaca Elena.

—Ya se ve. La sogá va siempre tras el caldero. Ja, ja, ja, ja.

—Ha quebrantado ya su voluntaria clausura, de resultas del bromazo que le dieron en el Prado?

—Sí señor, pero lo ha hecho para correr otro bromazo esta noche. Miren ustedes.

Los dos amigos miraron en la dirección que Robles les señaló, y vieron á Elena sentada en un rincón, sola y abandonada de todos sin tener con quien conversar como no fuera con dos viejas que estaban á su lado, y que por seguir la costumbre echaban allí su sueñecito como si estuvieran en la Iglesia.

—Mira Clemente, qué vieja está Elena, parece hayan pasado por ella veinte años.

—Es que esta noche habrá hecho el tocador con poca luz, dijo Robles, y no habrá atinado á pintarse, barnizarse y empolvarse, como lo hace otras veces.

—¡Cómo! ¿Todo eso hace?

—Y mucho mas aun.

—¿Es posible?

—Ya lo creo. Despoje V. á Elena del algodón que lleva en pechos y caderas, quítele los tres ó cuatro añadidos con que cubre su cráneo, y el tinte con que hace desaparecer sus canas, lávele V. bien la cara para que desaparezca el estuco con que revoca su deteriorada epidérmis, y tendrá usted de la señora de Calabaza, una ruina viviente.

—¡Jesus, Jesus! Robles, cómo es V.! Nada se le escapa.

—Nada, ni aun la pedantería del marido, que en aquel corrillo que ustedes ven allí, está hablando de su periódico y tomando notas en un libro de memorias para dar cuenta en él de la reunion de esta noche. ¿Y todo por qué? Porque frecuenta una redaccion merced á haber hecho amistad con el gacetillero, el que le ha contagiado sus pretensiones de periodista. Aproximémonos y verán ustedes.

Los dos amigos acompañados de Robles se acercaron al corro en que se encontraba Braulio.

—Por orden señores, decía este, á todos les llegará

su turno. La señorita de A... vestal, decía en alta voz apuntando con un lápiz sus observaciones en un libro de memorias. La de B... circasiana. La de C... ninfa. La de D... ¿De que vá la de D... señores?

—De nube, contestó uno.

—Ese traje no le conocía el Sr. Calabaza, dijo una voz vibrante y argentina.

—¡Ola! ya tenemos aquí al poeta Julian Cañizares, dijo Diego á Clemente.

—¡Quien! ¿el que estuvo enamorado de Elena? Preguntó Robles enseguida.

—Es míope y no veía claro, contestó Diego.

—Eso es lo único que puede escusarle.

—Es poeta, y por lo tanto impresionable, y me consta que ha amado de veras, añadió Clemente.

—Hay gustos que merecen.... Ya saben ustedes lo demás. ¿Es amigo de ustedes el Sr. Cañizares?

—Mucho, contestó Diego; ha sido nuestro compañero de colegio.

Mientras ocurría el anterior diálogo, Cañizares despues de guasear á Braulio que se habia improvisado escritor aquella noche, le puso completamente en ridículo diciéndole.

—No olvide V. á su señora.

—Ya está puesta, contestó cándidamente Braulio, la primera.

Una carcajada general fué la contestacion que tuvo el yerno del consejero.

El amable dueño de la casa para amenizar la soirée se acercó al grupo y propuso un certámen poético, ya que de letras se trataba. Como en el baile habia varios poetas y escritores, se nombró una comision de damas para que designaran quién habia de ser el que improvise aquella noche.

Julian Cañizares, simpático, amable y bien quisto

de todos por su carácter franco y leal, fué designado por unanimidad para que desempeñara la comision de improvisar unos versos.

—A V. mi querido Sr. Cañizares, dijo el Sr. de Montesclaros, á V. han elegido las bellas damas de la comision. Sufra V. resignado la pena que le van á imponer, y sirvase V. seguirme á mi despacho, donde en treinta minutos de tiempo podrá hacer V. la composicion que quiera y sobre el asunto que mas le plazca.

—Mejor eleccion hubieran podido tener, contestó Cañizares, pero no quiero hacerme de rogar ya que me han honrado confiándome un trabajo superior á mis fuerzas.

—Venga V., venga V. amigo, dijo el Sr. Montesclaros llevándosele, el tiempo vuela.

Y le condujo á su despacho que estaba alumbrado con una elegante lámpara colocada sobre una lujosa *boureau* atestado de libros y papeles.

—Aquí tiene V. libros, aunque no de literatura, papeles, cuentas y tal vez algo que poniéndolo en orden le haga concebir algun pensamiento poético que le saque de su compromiso, que por otra parte creo que V. no necesitará gran trabajo para hacer unos buenos versos.

—Gracias mil, Sr. Montesclaros, V. me honra mas de lo que merezco. Desde luego no anuncie V. nada bueno, pues está noche, y en este momento precisamente nada poético se me ocurre y saldrá lo que saldrá.

—Siempre modesto, dijo el Sr. Montesclaros, estrechando afectuosamente la mano á Cañizares. Vamos, picarillo, vamos, escriba V. algo que levante polvareda, algo satirico, algo cáustico aunque sea contra mí.

—¿Contra V.? ¡Qué disparate! ¿Acaso puede exigirse mas de un tan espléndido y amable anfitrión?

—Vaya, le dejo á V. con su inspiracion y con la idea que le he sugerido. Aprovéchela V. y hasta luego.

Y dicho esto salió cerrando la puerta tras sí.

Julian se encontró solo, y entonces fué cuando perdió su serenidad y su aplomo. Habia en su corazon un sentimiento que llenaba su vida de amargura, y un recuerdo en su memoria que hacia brotar sangre de la mal cerrada herida que amargaba su existencia.

Julian tiró su sombrero en un sillón, se quitó los guantes, dejóse caer en un diván, y sepultando su cabeza entre sus manos quedó sumido en triste meditacion. Diríase que sostenia una lucha interior, pues de cuando en cuando un sacudimiento nervioso le hacia exhalar un profundo suspiro, y alguna lágrima vergonzante se escapaba de sus negros ojos y se perdia entre sus dedos. Así pasó un cuarto de hora. De repente se levantó y dijo yendo hácia la mesa.

—Pues, bien, ella lo ha querido, sea.

Y cogiendo una pluma y un pedazo de papel escribió con febril precipitacion.

Mientras tanto el Sr. de Montesclaros iba anunciando á sus convidados que el poeta Julian Cañizares estaba cumpliendo la obligacion que la comision de damas le habia impuesto.

No habia trascurrido aun el tiempo señalado cuando se vió aparecer al poeta con un papel en la mano.

Pronto circuló esta nueva, y la concurrencia escitada por la curiosidad se agrupaba en torno de Cañizares y del dueño de la casa, que habia salido á recibirle con los brazos abiertos.

El Sr. de Montesclaros reclamó silencio, y el poeta habló en estos términos:

—Señoras: obedeciendo la orden que me habeis

dictado acabo de componer un romance cuyo pensamiento no es exclusivamente mio, pues me ha sido comunicado en parte por el complaciente dueño de la casa, que se desvive en procurar á sus convidados todo linage de distracciones, aunque para ello tenga que apelar á quien como yo tan poco vale. En la perplejidad de cantar vuestra belleza, porque vuestros encantos deslumbran mis ojos, y la dulce fascinacion que en mí egerceis me causa una agradable abstraccion, he tenido que acoger el pensamiento del Sr. de Montescclaros, que creo el mas autorizado intérprete de vuestros deseos. Así, pues, prestad atencion y juzgad mi obra.

Un silencio sepulcral siguió al breve exordio que Cañizares creyó deber hacer antes de dar lectura á su composicion.

Enseguida, con firme y natural entonacion, leyó lo siguiente:

A UNA COQUETA VIEJA.

ROMANCE.

Registrando papelotes
y poniendo en orden cuentas,
tropezé con un librejo,
librejo sin cruz ni fecha.
Su contenido era claro,
franco, cortés, sin falencia,
y para muestra del mismo
copié una página entera.

En renglones desiguales,
verso libre por mas señas,
reproduzco el contenido
de una historia muy añeja.
Nada invento, es natural
y fidedigno el poeta,
y aunque el retrato es ridículo
al asonante se presta.
Y volviendo al consabido,
sin dar mas rasgos ni señas,
con estas ú otras palabras,
decia de esta manera:

Diz que era una vieja-niña,
ó sea una niña-vieja,
mas presumida que sábia
y menos sábia que necia.
Cara tal era la suya
que mas que cara era muestra,
purgatorio de bolsillo,
fachada de casa en venta;
pleonasma sin gramática,
ortografía mal puesta,
con mas puntos y mas comas
que cajista y que calceta.
Mentira que no convence
mas que á ciegos y babcas,
que por ser toda un embuste
ya no hay nadie que la crea.
Embeleco de buen tonó
cual desentonada orquesta,
veleta que gira al viento
aunque el orin no la deja.

Artimaña de bonitas
y consuelo de las feas,
buscadora de conquistas
que la digan:—dulce prenda,
eres mas bella que el sol,
como la lechuga fresca,
melosa como el jamon,
brillante como una perla.
Y *soto voce* prosigan,
relacion sin consueta
de las prendas gratuitas
que endilgan á una coqueta!
—¡Oh! muger que eres modelo
de huesos y de entretelas,
de cosméticos y polvos,
de jabones y de esencias!
¿Para qué ocultar los años
si caminas para abuela,
y es tu cutis pergamino
mucho mas que rosa ó seda?
Déjate de tonterías,
toma tu rosario y reza,
que la que cuarenta pisa
no le está bien ser coqueta.

Esto leí en una historia,
en una historia muy vieja,
apesar de eso no tanto
como la vieja coqueta.

Una salva dé nutridos aplausos respondió á la lectura que Cañizares acababa de hacer.

El primer sentimiento habia sido de aprobacion. Nuestra sociedad vive de la sátira y para la sátira.

El segundo sentimiento fué de curiosidad. Aquellas que estaban muy lejos de haber servido de modelo al poeta para representar la caricatura de una coqueta estemporánea, empezaron á pasar revista á las jamosnas que se encontraban en el baile. Como inspirados todos por un mismo pensamiento, adivinaron pronto que la vieja-coqueta en cuestion, no era otra que la señora doña Elena Marcoval digna esposa del gallego mas gallego que ha pisado las calles de Madrid. Muy pronto ese nombre corrió de boca en boca, siendo objeto la interesada de mas de una chanzoneta algo picante.

El baile cobró mayor animacion con ese incidente, y Elena tuvo que sufrir los disparos que á quema ropa le hacian los hombres y las frases de burlona compasion de las mugeres.

El industrial Carlos se escabulló á la chita y callando, por no representar el papel de paladin de su vieja amada. En cuanto á Braulio, lo que acababa de pasar era para él un enigma. Menos él, todos comprendieron que Elena habia sido el blanco que Cañizares escogió para enviarle el afilado dardo de la sátira.

Elena estuvo en ridiculo, pero completo. Para demostrar superioridad aguantó el oleaje de los comentarios y de las criticas, pero al fin, harta de tragar bilis, se levantó, cogió á su marido del brazo y despidiéndose ceremoniosamente de los señores de la casa, salió del baile roja de cólera y de verguenza.

Cuando llegó á su casa estalló la tempestad. Suprimimos detalles.

Ruda fué la leccion, pero Elena es como el partido progresista de España ni se arrepiente ni se enmienda.

Algun dia continuaremos comunicando á los lectores nuevos episodios de su vida social. Por hoy hacemos punto aquí.

X.

Et sic de Ceteris.

Sin particularizar, lectores míos, en mas de una y en mas de cien ocasiones habreis tenido la suerte de ser espectadores de escenas como las que he tratado de bosquejaros, tomadas del natural, y cuyos actores me han sido bastante conocidos, lo que quiere decir que he tenido tiempo sobrado para estudiarlos á mi sabor.

De mis observaciones he sacado las tres conclusiones siguientes:

1.^a La muger es el animal mas bello de la creacion como decia muy bien Quevedo, pero tambien es el mas incomprensible y el menos racional del género bipedo. Ama y aborrece sin saber por qué, y con frecuencia desprecia al hombre que la ama de veras, y acoge al que juega con sus sentimientos. Eso es lo mas comun.

2.^a Nuestra sociedad ofrece entre muchas enseñanzas, muchísimas ridiculeces. En guardando la buena forma todo es aceptable. Así se ven alternando, el tahir con el hombre de honor, la despreciable cortesana con la muger de virtud sólida y de rígidos principios. ¿No hay quien suelte una carcajada cuando se llama á ese comercio de mentiras alta sociedad?

3.^a El hombre, apesar de sus instintos de independencia viene sumiso á presentar el cuello al yugo

de la esclavitud mas ignominiosa que se conoce. Me refiero al predominio que muchas despreciables coquetas egercen sobre los hombres que, en mas de una ocasion habrán dado si se quiere pruebas de talento. Para evitar esos extremos, se deberia tener presente que la verdadera filosofia es la independenciam del espíritu humano.



ÍNDICE.

	<u>PÁGINAS.</u>
PRÓLOGO.	
UNA PRUEBA DE TALENTO.	
I.	1
II.	2
III.	3
IV.	4
V.	6
¡CORAZON FRIO!	
I.	8
II.	9
III.	10
IV.	11
V.	12
VI.	13
VII.	16
LO QUE VALE UN JURAMENTO.	
I.	17
II.	19
III.	21
IV.	23
UN ESCRUPULO.	
I.	24
II.	26

III.	27
IV.	27

AMOR Y... MATEMÁTICAS.

I.	<i>Un tipo.</i>	29
II.	<i>Piraterías de vecindad.</i>	30
III.	<i>Una en el clavo etc. etc.</i>	33
IV.	<i>Corolario.</i>	34

LA PIEDRA FILOSOFAL.

I.	36
II.	<i>Solucion de un problema.</i>	39
III.	42
HISTORIA DE UNA ROSA..		44

LAS PERSONAS DECENTES.

I.	59
II.	60
III.	62

COSAS DEL DIA.

I.	<i>En un taller.</i>	66
II.	<i>En el teatro.</i>	70
III.	<i>Entre amigos.</i>	71
IV.	<i>En un café.</i>	73
V.	<i>Corolario.</i>	74

MEMORIAS DE UN ESCEPTICO.

I.	78
II.	79

XVI.	<i>El galguito inglés.</i>	152
XVII.	<i>El presente de Adelina.</i>	155
XVIII.	<i>Esperanzas en conserva.</i>	157
XIX.	<i>El autor se despide de sus lectores.</i>	160

LA MUJER DE CUARENTA AÑOS.

I.		163
II.		166
III.		168
IV.		169
V.		172

UN MATRIMONIO CLÁSICO.

I.	<i>La luna de miel.</i>	175
II.	<i>Por el fruto de bendición.</i>	180
III.	<i>Por el buen parecer.</i>	182
IV.	<i>Otra aventura de baños.</i>	190
V.	<i>El regreso. — Una escena conyugal. — Las relaciones del matrimonio catábaza</i>	199
VI.	<i>La platea del teatro. Real.</i>	203
VII.	<i>La prodigalidad de Braulio. — Un avance. — Elena se bate en retirada. — Segunda prueba de la fiatura de un gallego. — Elena proyecta vengarse.</i>	206
VIII.	<i>El carnaval. — Doble broma. — Sus consecuencias.</i>	210
IX.	<i>Una Soirée. — El certámen poético.</i>	214
X.	<i>Et sic de cæteris.</i>	225






B. P. L.



FABREGUES



HISTORIAS

DEL DIA

